

21  
20

EL EJERCICIO DEL PENSAMIENTO  
CRITICO EN LOS ADOLESCENTES  
A PARTIR DE LA LECTURA DE  
LITERATURA FANTASTICA



U N A M

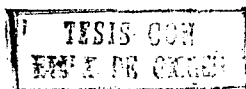
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

COLEGIO DE PEDAGOGIA

TESINA QUE PARA OBTENER EL TITULO DE LICENCIADA  
EN PEDAGOGIA PRESENTA: AIDA ARACELI JIMENEZ OROZCO

ASESORA: PROFRA. MA. ISABEL BELAUSTEGUIGOITIA RIUZ

*Paginas discontinuas*



México, D.F., agosto de 1992.



## **UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso**

### **DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

# I N D I C E

## Introducción

### 1. El pensamiento crítico

- 1.1 ¿A qué llamamos pensamiento crítico? ..... 1
- 1.2 Educación tradicional y pensamiento crítico ..... 5
- 1.3 Educación y actitud idónea para formar sujetos  
críticos ..... 8

### 2. La adolescencia

- 2.1 ¿Cuáles son los cambios que caracterizan a  
este período? .....14

### 3. Teoría de la lectura

- 3.1 ¿Qué se entiende por lectura? .....26
- 3.2 Recomendaciones a los educadores para que  
puedan hacer de la lectura una actividad gozosa .....31

### 4. La literatura fantástica: un género que puede

propiciar en los adolescentes el desarrollo del  
pensamiento crítico.

- 4.1 Antecedentes que permiten hacer este planteamiento ...36
- 4.2 Características de la literatura fantástica .....38
- 4.3 Justificación de la antología y recomendaciones en torno  
a ella .....45

**5. Antología:**

**Borges, Jorge Luis**

- Las ruinas circulares
- El Sur

**Cortázar, Julio**

- Axolotl
- La caricia más profunda
- Continuidad de los parques
- La noche boca arriba

**Fuentes, Carlos**

- Chac mool

**Llana, Ma. Elena**

- Nosotras

**Murena, H.A.**

- El gato

**Noyes, Alfred**

- El tren de media noche

**Bibliografía**

## I N T R O D U C C I O N

El objetivo principal de este trabajo es la elaboración de una antología, que sirva como material de lectura para adolescentes mayores de dieciséis años, que concentre textos literarios del campo de la literatura fantástica, con la finalidad de propiciar el ejercicio del pensamiento crítico en los muchachos mediante estas lecturas. La antología podrá ser utilizada por cualquier persona interesada en el tema.

Para ello, primero hay un desarrollo teórico acerca de lo que se entiende por pensamiento crítico, de los rasgos del período adolescente, de los beneficios que la lectura proporciona y por último del concepto de literatura fantástica y las razones por las que planteo que puede propiciar en los adolescentes el desarrollo del pensamiento crítico.

De esta manera, el tema del pensamiento crítico constituye el punto de partida de la tesina, razón por la cual se analiza en el primer capítulo. Además de definirlo y ubicarlo dentro del último período del desarrollo cognitivo de los seres humanos, el de las operaciones formales (que empieza aproximadamente alrededor de los doce años y alcanza su plena madurez a los dieciséis), contiene algunas reflexiones sobre la manera en que la educación tradicional contemporánea ha obstaculizado su desarrollo, así como el tipo de educación que se necesita para formar sujetos críticos y cuál debe ser la actitud idónea del maestro para lograr este objetivo.

El segundo capítulo parte del período de las operaciones

formales, que posibilita el ejercicio del pensamiento crítico durante la adolescencia. Se profundiza en los cambios que suceden en el plano mental, se enfatiza el desarrollo de la imaginación y se explican las transformaciones que operan en el aspecto psíquico, así como las repercusiones en el comportamiento de los adolescentes. Por último, se señala la influencia que ejercen las sociedades actuales sobre el desarrollo de estos procesos, y se enfatiza el hecho de que los jóvenes están sujetos a una fuerte manipulación por parte de los medios masivos de información, lo que hace pensar que la mayoría las sociedades actuales, lejos de alentarlos a hacerse adultos críticos, los prefiere, durante largo tiempo, como niños pasivos y conformistas(1).

En el entendido de que los adolescentes, y los sujetos en general, tienen pocas oportunidades de desarrollar su pensamiento crítico, se propone la lectura como una de las actividades que puede propiciar esta capacidad. Así, en el tercer capítulo, de una manera muy sencilla, se expone lo que se entiende por lectura y se señalan algunas de las razones por las cuales esta maravillosa actividad es regularmente experimentada por niños, adolescentes y adultos como una auténtica tortura(2). También se apunta como solución a este problema propiciar que la lectura se realice por el simple placer de disfrutarla y no como un medio para alcanzar un fin. Finalmente, se hacen algunas

---

1. Vid. Infra., p.24-26

2. Vid. Infra., p.28-29

recomendaciones a los educadores que trabajan con aspectos de lectura, para que puedan hacer de la lectura una actividad gozosa.

Podemos decir que en el último capítulo convergen los tres anteriores, y se recomienda la lectura de literatura fantástica para propiciar en los adolescentes el desarrollo del pensamiento crítico. Primero se justifica el por qué de esta propuesta, destacando por un lado el hecho de que existe un importante desarrollo de la imaginación en los jóvenes durante la adolescencia, lo que puede hacer que la literatura fantástica les resulte atractiva; y por otro lado, que este género es profundamente crítico y puede tener la virtud especial de sembrar una semilla de duda en los muchachos acerca de la certeza de que haya una sola interpretación de la realidad. Luego se señalan cuáles son las características más importantes de la literatura fantástica -y aquí hay que aclarar que de ninguna manera pretende ser un análisis literario exhaustivo del tema, sino más bien un apunte que permita entender a cualquier persona cuáles son los rasgos que distinguen a este género. Omito las conclusiones, dado que este capítulo contempla tal propósito. Por último, se hacen comentarios en relación a cuál fue el criterio para seleccionar los textos que constituyen la antología y se presentan los diez cuentos que la conforman.

## 1. EL PENSAMIENTO CRITICO

### 1.1 ¿A qué llamamos pensamiento crítico?

Entendemos por pensamiento crítico la capacidad de los sujetos para incorporar, analizar, desarmar y reelaborar contenidos, discursos, reflexiones y experiencias, en un esfuerzo por conformar su criterio propio. En este sentido, el pensamiento crítico es aquel que duda de las certezas; es decir, de lo que es presentado como único y absolutamente verdadero y que no teme desafiar la autoridad para encontrar respuestas distintas a las que se le imponen.

Desde una perspectiva piagetana, esto sólo es posible debido a la aparición del período de operaciones formales durante la adolescencia, último estadio en el desarrollo cognitivo de los seres humanos(3).

Esta etapa, que aparece alrededor de los doce años y alcanza su plena madurez aproximadamente a los dieciséis, permite que el pensamiento adquiera la capacidad de invertir el sentido entre lo

---

3. Entiéndase como desarrollo cognitivo el proceso de construcción del conocimiento. Los estadios que anteceden al de las operaciones formales son: el sensomotriz, que comprende del nacimiento al año y medio de edad; el preconceptual, del año y medio a los cuatro años; el intuitivo, de los cuatro a los siete años; y el de operaciones concretas, de los siete a los once o doce años. Esta delimitación del tiempo que dura cada período es tan sólo una guía útil para tener ciertos parámetros que nos permitan ubicar el desarrollo mental de los individuos. Sin embargo, dado que éste se encuentra inevitablemente influenciado por diversos aspectos (el emocional, entre uno de los más importantes), en la mayoría de los casos se desarrolla desigualmente y no con la precisión aquí esbozada.



real y lo posible, al tornarse hipotético-deductivo. Hipotético porque tiene la aptitud de formular suposiciones independientemente de su posibilidad de existencia real y deductivo porque infiere consecuencias de estas suposiciones. El sujeto ya no necesita objetos manipulables para acceder a la información, sino que es capaz de traducir ésta en proposiciones verbales, lo que permite llevar a cabo todas las "combinaciones posibles del pensamiento"(4), tales como disyunciones, implicaciones, exclusiones, etc. Lo más importante es que propicia la búsqueda constante de nuevas combinaciones, lo que genera nuevas hipótesis o suposiciones, de las que a su vez se desprenden deducciones, que vuelven a generar nuevas combinaciones y así continuamente.

En otras palabras, estamos hablando de que el cambio que opera en el pensamiento durante el período de las operaciones formales permite que la mente ejecute operaciones de mayor complejidad que las de etapas anteriores. Esta nueva capacidad mental permite a los sujetos buscar, encontrar relaciones ocultas "y brindar nuevas aproximaciones a viejas interpretaciones así como recrear, reconstruir, desarmar y criticar la realidad"(5) -todo ello con el afán de buscar nuevas maneras de explicar o

---

4. Inhelder, Barbel y Jean Piaget. De la lógica del niño a la lógica del adolescente. Buenos Aires, Paidós, 1972. p. 214

5. Glazman, Raquel et al. Propuesta de lineamientos generales para el currículum complementario. Tercera etapa. (Proyecto). México, ILCE, mayo 1986. p. 20-21

interpretar la realidad que viven. En suma, podemos decir que los cambios operados durante esta etapa permiten a los sujetos ejercitar plenamente el pensamiento crítico.

Ahora bien, a pesar de que potencialmente cualquier ser humano tiene la capacidad de ejercitar el pensamiento crítico, en realidad no todos pueden acceder a él. La diferencia estriba en las circunstancias en las que el proceso de desarrollo psíquico e intelectual de los sujetos se conforma. Según Piaget, el conocimiento se construye en la interacción con el medio, a través de procesos de asimilación y acomodación(6). "Así, la asimilación constituye el proceso mediante el cual el niño incorpora, se apropia de los 'datos del medio'. La acomodación comprende la generalización de lo incorporado permitiendo al niño intercambiar experiencias en su entorno. Si existe una buena combinación, un equilibrio entre estas dos diferentes maneras de 'hacer', el niño tendrá la oportunidad de contribuir, aportar, no sólo repetir y reproducir"(7). En otras palabras, partiendo de la premisa piagetana de que la actividad del sujeto es lo que le permite obtener conocimiento, hablando de generar un pensamiento crítico, es necesario propiciar el desarrollo de sujetos intelectualmente activos, es decir capaces de comparar, excluir, ordenar, categorizar, reformular, comprobar y formular hipótesis,

---

6. Molina, Alicia (Comp.) Diálogo e interacción en el proceso pedagógico. México, SEP-Caballito, 1985. p.9

reorganizarlas, etc.(8). Para ello se necesita definitivamente que los sujetos crezcan en ambientes familiares y escolares no represivos, en donde les den confianza en sí mismos, los escuchen, se les tome en cuenta para tomar decisiones y se les invite a expresar sus opiniones, pues de lo contrario, si los sujetos se acostumbran a callar y obedecer y no se familiarizan con el diálogo, pocas oportunidades tendrán de desarrollar esta valiosa capacidad.

En este sentido, y para concluir, el mismo Piaget señala que las "operaciones formales se inician mediante la cooperación con los demás"(9), refiriéndose a la necesidad de intercambiar ideas y puntos de vista -es decir de ejercitar el diálogo y la discusión-para que pueda haber un desarrollo del pensamiento crítico de los sujetos.

---

8. Ferreiro, Emilia y Ana Teberosky. Los sistemas de escritura en el desarrollo del niño. 12 ed. México, Siglo XXI, 1988. p. 32-33

9. Beard, Ruth M. Psicología evolutiva de Piaget. Buenos Aires, Kapelusz, 1988. p. 98

## 1.2 Educación tradicional y pensamiento crítico.

Entendemos por educación tradicional aquella práctica educativa contemporánea que parte del supuesto de que el conocimiento no se construye dentro del sujeto, sino que se transmite desde afuera, de un sujeto que lo posee a otro que está vacío de él. Desde esta perspectiva el aprendizaje es concebido como un mero acto de memorización, que se realiza gracias a la eficacia de los métodos de enseñanza, desconociendo por completo que los sujetos aprenden "básicamente a través de sus propias acciones sobre los objetos del mundo"(10).

Pero ¿cuál es el origen de la educación tradicional? Para responder a esta pregunta debemos remontarnos a los orígenes mismos de la invención de la escritura, "el primer alfabetismo verdadero", diría Mihaly Czikszenmihalyi(11) y observar cómo este acontecimiento respondió a necesidades específicas de los comerciantes: contabilizar sus ganancias y sujetar política y económicamente a grandes poblaciones(12). En un principio resultó conveniente para estos grupos poderosos mantener en la ignorancia a las personas que dominaban. Sin embargo, conforme

10. Ferreiro E. y A. Teberosky., Op. Cit. p.29

11. Czikszenmihalyi, Mihaly. "Leer por gusto". En: Universidad Futura. Vol.2, Núm 6-7, Primavera 1991. p.45

12. Cfr. Czikszenmihalyi, M., Op. Cit.

fueron creciendo las sociedades y se fueron haciendo más complejas las relaciones entre sus distintas fuerzas sociales, esto se convirtió en una medida no sólo obsoleta, sino hasta contraproducente, por lo que la posición tuvo que cambiar. Hubo que darle a las masas acceso a la instrucción, pero con una intención muy clara: socializar los valores y conocimientos necesarios para seguir manteniéndolas bajo control.

La escuela, como institución, respondió -y tal parece que sigue respondiendo en la mayoría de los casos- a esta necesidad y uno de sus recursos más exitosos para mantener el orden social es la formación de estudiantes acríticos mediante la imposición de un rígido sistema de normas y valores, en donde cuestionar o dudar se convierte en falta imperdonable. Tengamos muy presente que la formulación de preguntas obliga al desmembramiento de un conjunto de valores cuya máxima finalidad es precisamente evitar que surjan cuestionamientos al orden establecido y protector(13).

En México, durante el período posterior a la Revolución, se adoptaron los postulados de la "pedagogía de la acción", corriente pedagógica desarrollada en Europa y Estados Unidos, cuyo postulado central es que el sujeto intervenga activamente en el proceso educativo. El aprendizaje consiste, según esta teoría, en que el niño acceda al conocimiento a partir de su interacción con el medio ambiente, para lo que se toman en cuenta

sus intereses y capacidades y el docente deja de tener un papel director (con su respectiva connotación represiva), para representar tan sólo un rol de moderador del proceso educativo. Sin embargo, en la versión mexicana de la pedagogía de la acción -debido a los múltiples factores que en ese momento histórico se conjugaron(14)- estos fundamentos se tradujeron en que "el poder visible del dominador tradicional se convirtiera en el poder invisible"(15), pues el maestro en vez de ejercer coherción directa, sugería y perfilaba los objetivos por alcanzar. El resultado fue que siempre siguió existiendo la imposición, pero bajo la forma de una "interiorización de lo externo"(16).

No obstante esta tendencia, jamás faltaron prácticas educativas que se esforzaran por romper con todos los mitos escolares que venera la educación tradicional (mitos como los que reducen a los estudiantes a vasijas vacías) y que le impiden al alumno tener una formación crítica. Desgraciadamente, debemos reconocer que una muy pequeña parte de la población infantil y juvenil tiene acceso a esta educación "alternativa", por llamarla de algún modo, o lo que es lo mismo, sólo una pequeña parte de los niños y jóvenes mexicanos tiene la oportunidad de tener una

---

14. Cfr. Tenti, Emilio. El arte del buen maestro. México, Pax-México, 1988.

15. Ibid., p.261

16. Id.

educación escolar que aliente el desarrollo de su capacidad crítica.

### 1.3 Educación y actitud idónea del docente para formar sujetos críticos

Para propiciar que se desarrolle la capacidad crítica de los sujetos, es indispensable que el acto educativo sea un proceso de comunicación efectiva y afectiva entre el maestro y el alumno, un diálogo en donde no exista un individuo que tiene la verdad y la impone a otro, sino donde hay un interés por el otro, donde hay un encuentro de sujetos que piensan y que buscan encontrarle sentido a alguna cuestión, para lo que necesitan escucharse, respetarse y emitir sus opiniones no con el afán de imponer su pensamiento, sino con la disposición de construirlo y transformarlo juntos.

Se necesita una educación que conciba al aprendizaje como el proceso mediante el cual los sujetos pueden reconocerse como transformadores de su realidad, para desarrollar plenamente su potencial humano en beneficio de la colectividad. Para ello debe dejarse de percibir a los alumnos como receptores pasivos y ocuparse fundamentalmente de revalorarlos como sujetos capaces de crear y recrear.

Se necesita una educación que no consista en dictar datos y cifras, sino en motivar el gusto por la búsqueda del conocimiento en los individuos. Lo primero les traza líneas rectas a los estudiantes, los hace mudos, los hace transcribir cosas sin

significado, los aplasta, los desconoce, los hace pasivos y conformistas; lo segundo les esboza apenas trazos, los invita a cuestionar, fomenta su creatividad, los sacude, los involucra y compromete con esta búsqueda.

Las sociedades actuales necesitan hombres y mujeres críticos capaces de poder hacer, crear y transformar la realidad, es decir, capaces de percibirla como un proceso en constante movimiento y no como algo estático, fijo, incambiable. Por eso necesitamos una educación que no mitifique al maestro como un Dios incuestionable, sino que, por el contrario, lo valore en su justa dimensión humana y lo ubique en una búsqueda común con sus alumnos por "el conocimiento en la vida y la vida en el conocimiento"(17).

En este sentido y en cuanto a la actitud ideal del maestro para formar sujetos críticos, mencionaré tres aspectos que me parecen básicos(18):

- Ser auténtico
- Tener sentido de respeto y confianza por el alumno
- Tener la sensibilidad suficiente para darse cuenta de cómo debe presentársele al alumno el proceso de aprendizaje

En cuanto al primer aspecto, esta actitud se refiere

---

17. Robert Díaz, Mauricio. Antonio Machado y la educación. México, SEP-Caballito, 1985. p.14

18. Rogers, Carl R. "La relación interpersonal en la facilitación del aprendizaje". En: Molina, A., Op. Cit. p.64



fundamentalmente a que el maestro debe abandonar la carca de autoridad rígida que lo lleva a tener un trato distante con sus alumnos, para convertirse en una persona cercana a ellos, expresiva, capaz de entusiasmarse, aburrirse, reirse e incluso enojarse. Esto está profundamente relacionado con la recomendación que Juan de Mairena (personaje que constituía el "yo filosófico" de Antonio Machado) hacía a sus alumnos, en el sentido de "dudar del pensamiento propio" (19). Es decir, los invita a dejar de defender una imagen de poseedores de verdad, para entonces estar en la disposición de enfrentarse a su propio pensar, adoptando a la vez una posición crítica para el pensamiento ajeno, lo cual sienta las condiciones para una relación mucho más cercana y enriquecedora. De esta manera los alumnos dejan de concebir al maestro como un ente inexpresivo y casi por definición represivo, ajeno a ellos, para concebirlo como un sujeto de carne y hueso que ahora se interesa por sus opiniones, de tal manera que se sienten motivados a expresarlas. Con ello se establecen las bases para el diálogo, pilar de todo acto educativo.

Por otra parte, la autenticidad de un maestro también radica en no tener miedo de reconocer los errores de su práctica educativa y tratar de rectificarlos (20). Para ello el requisito indispensable es dudar y cuestionarse tanto sobre su propio

19. Robert Díaz, M., Op. Cit. p.64

20. Cfr. Jiménez Mier y Terán, Fernando. Freinet, una pedagogía del sentido común. México, SEP-Caballito, 1985.

quehacer docente, como sobre los fines mismos de la educación.

Estas reflexiones también le brindarán la oportunidad al maestro de abandonar todos aquellos intentos por racionalizar y formalizar al máximo el proceso educativo y le permitirán revalorar la dimensión más humana de su práctica docente, rescatando la espontaneidad y emotividad en su relación con los alumnos. De esta manera el aprendizaje no sólo tocará los aspectos que tienen que ver con el desarrollo cognoscitivo consciente de los alumnos, sino que irá más allá, satisfaciendo sus necesidades afectivas, propias del desarrollo emocional inconsciente(21).

El segundo aspecto (tener sentido de respeto y confianza por el alumno) invita a respetar la forma de ser, sentir y pensar de los estudiantes, así como a confiar siempre en su potencial de desarrollo. Es decir, invita a los maestros a aceptar al otro individuo como una persona independiente, con derechos propios y a tener plena confianza en que el estudiante tiene todas las facultades necesarias para desarrollarse plenamente. En este sentido Freinet recomendó a los educadores ponerse en el lugar de los estudiantes, tratar de recordar cómo se sentían cuando representaban ese papel en la escuela y señala: "comprended que estos niños son, en general, lo que erais vosotros hace una generación, que vosotros no erais mejores que ellos, que ellos no son peores que vosotros, y que si el medio escolar y social les

---

21. Cfr. Bettelheim, Bruno y Karen Zelan. Aprender a leer. México, Grijalbo-CONACULTA, 1990.

fuera más favorable, podrían hacer más que vosotros, lo que sería un éxito pedagógico y un testimonio de progreso"(22).

El último aspecto, señala que el maestro debe tener la sensibilidad suficiente para darse cuenta de cómo debe presentársele al alumno el proceso de aprendizaje. Se refiere fundamentalmente a la habilidad del maestro para tener siempre en mente que la capacidad de aprendizaje de sus alumnos es producto de su particular proceso de desarrollo mental o cognoscitivo, en relación con sus contextos familiares y socioeconómico-culturales, por lo que hay distintas maneras de involucrarlos en el proceso educativo, en virtud de tomar en cuenta su nivel de desarrollo y en función de esto, sus intereses, necesidades y dificultades. Al referirse Don Miguel de Unamuno a un maestro suyo nos dice: "No eran las cosas que decía las que nos impresionaban, sino su modo de decirlas: el gesto, el tono de su voz, la autoridad, el fin, con que las pronunciaba. Las cosas más vulgares se transformaban en nobilísimas en sus labios"(23).

A manera de comentario final quiero señalar que, dadas las condiciones en que se encuentran trabajando actualmente los docentes en general, es muy difícil (aunque no imposible) que se interesen por modificar siquiera un poco su actitud en la práctica educativa, con el objeto de propiciar en los alumnos el desarrollo del pensamiento crítico, pues ¿qué estímulo tienen

---

22. Jiménez Mier y Terán, F., Op. Cit. p.44

23. Robert Díaz, Mauricio. Unamuno y la educación. México, SEP-Caballito, 1985. p.33

para ello ganando exiguos salarios, teniendo que trabajar dobles jornadas y teniendo grupos de sesenta niños en promedio, entre otras cosas? Ninguno, me atrevo a responder. Y a pesar de que reconozco que mejorar estas condiciones no garantizaría automáticamente que los maestros tuvieran la disposición de formar estudiantes críticos, sí les permitiría, por lo menos, contemplar esta posibilidad como algo factible.

## 2. LA ADOLESCENCIA

### 2.1 ¿Cuáles son los cambios que caracterizan a este período?

La adolescencia es, ante todo, "un período de 'crecimiento especial' que hace posible el paso de la infancia a la edad adulta"(24) y que abarca aproximadamente de los once o doce años a los veinte.

Al mismo tiempo, la adolescencia es también un período de cambio y movimiento, que es difícil limitar a una duración precisa; por ello, más que hablar de fases de la adolescencia, hay que hablar de dos momentos que la caracterizan: el primero se distingue por ser un período de rebelión y ofensiva general contra el medio familiar y la autoridad, mientras que el segundo (que se presenta alrededor de los dieciséis años, más o menos) se caracteriza por ser un período de reflexión, en donde la introspección se intensifica en aras de conformar un pensamiento autónomo que permita la integración del adolescente al mundo en que vive.

Pero, ¿cuáles son las causas de estos cambios en los adolescentes? Por una parte se suceden una serie de cambios fisiológicos que originan rápidas y evidentes transformaciones en el cuerpo, sobre todo de los órganos sexuales. Por otra, en el terreno de la estructura psíquica y mental, suceden muchas

---

24. Castillo, Gerardo. Los adolescentes y sus problemas. 7 ed. México, Editora de Revistas, 1990. p.31

otras cosas que resulta difícil identificar a primera vista y que no por ello dejan de evidenciar profundos y determinantes cambios. Por último, también es muy importante la influencia que ejercen las sociedades actuales sobre el desarrollo de cada uno de estos aspectos.

Pero vayamos por partes. En cuanto a los cambios que operan en el desarrollo psíquico de los seres humanos (es decir, en la afectividad y en las emociones), podemos partir de los supuestos de Freud en el sentido de que aquél se encuentra estrechamente vinculado con el curso de su desarrollo sexual, o dicho de otro modo, con la búsqueda constante de placer sensorial.

Así, Freud distingue cuatro fases del desarrollo sexual: la oral, anal, fálica y genital. Las tres primeras corresponden al primer período de florecimiento de la actividad sexual, que va de los tres a los cinco años, y la cuarta pertenece al segundo y definitivo, activado durante la adolescencia.

El lapso comprendido entre los cinco años y el inicio de la pubertad (once o doce años, aproximadamente), se conoce como el período de latencia, que interrumpe los dos períodos de desarrollo sexual del hombre, produciendo una detención (no cesación) de la excitación sexual, que genera un acopio de energía "utilizada en su mayor parte, para fines distintos de los sexuales"(25). Es este período el que le permite al niño dirigir

---

25. Freud, Sigmund. "Tres ensayos para una teoría sexual".  
En: Obras completas tomo II. Madrid, Biblioteca Nueva, s/f. p.1231

su libido(26) hacia la capacidad de acrecentar el sentimiento de cariño y admiración por las personas que interaccionan con él, a la par de generar una internalización de las reglas sociales que rigen el comportamiento humano de la sociedad en general y de cada sociedad en particular.

Cada fase del desarrollo sexual se distingue por la fuerza con que las pulsiones sexuales se centran en determinadas zonas erógenas(27) y el tipo de placer que se genera, o en otras palabras, por el fin sexual que persigue; lo que a su vez implica una diferenciación del objeto sexual(28) elegido en cada etapa.

Las manifestaciones sexuales infantiles se distinguen por originarse en alguna de las funciones fisiológicas de más importancia vital (como comer y defecar, por ejemplo); por ser autoeróticas, pues no identifica ningún objeto sexual; y por su fin sexual, que se agota en la excitación de la zona erógena. En este sentido, se dice que el tipo de placer que se produce es de carácter preliminar.

Por su parte, las manifestaciones sexuales de la

---

26. Energía que impulsa a actuar para la consecución de un fin sexual.

27. Las zonas erógenas son "parte de la epidermis o de las mucosas en las cuales ciertos estímulos hacen surgir una sensación de placer de una determinada cualidad". En: Freud, S., Op. Cit. p.1201

28. "Objeto sexual: persona de la cual parte la atracción sexual". Cfr. Freud, S., Op. Cit. p.1272

adolescencia se caracterizan por la subordinación de las diferentes pulsiones sexuales(29) y de las parciales excitaciones de las zonas erógenas, a la primacía de la zona genital. Aparece un nuevo fin sexual: la reproducción y con ello la elección de un objeto sexual externo (la pareja). El tipo de placer que se genera es llamado de carácter final.

En suma, desde esta perspectiva, podemos ubicar a la adolescencia como el período en el que se conforma la vida sexual normal de la adultez; esto es, la "Consecución del placer entra al servicio de la función reproductora"(30). Pero ahora veamos cuáles son las implicaciones de este hecho: al resurgir con fuerza las pulsiones sexuales, el adolescente se vuelve a sumergir en "pleno drama edípico, pues aceptar su virilidad o su feminidad significa, en el lenguaje del inconsciente, entrar otra vez en rivalidad con el padre del mismo sexo por el amor del otro. Los sentimientos de culpabilidad y de angustia que había suscitado el conflicto inicial son reactivados. Para escapar de ellos el adolescente empieza en general por rechazar violentamente las imágenes parentales. Rechaza de alguna manera dejarse volver a colocar en el engranaje edípico rompiendo con el

---

29. En la infancia la pulsión sexual es, según Freud, perversa polimórfica (múltiples fines y objetos sexuales). En la adolescencia las distintas pulsiones sexuales se subordinan a la genital, perdiéndose así el carácter perverso polimorfo de la pulsión. Es importante aclarar que el hombre es capaz de comportarse de una manera perversa, al alejarse de la normalidad establecida por la cultura y la ley social.



mundo de los adultos. Estos modelos no serán, por lo demás, definitivamente rechazados, sino que por una elección consciente y deliberada el sujeto, vuelto autónomo, volverá más tarde a ellos"(31).

Por otra parte, al dejar de aceptar sus antiguas identificaciones y negar el niño que ya no es, el adolescente experimenta una gran pérdida de confianza en sí mismo, que lo obliga a buscar certezas sobre su propia identidad. Certezas que le permitan encontrar la seguridad que ha perdido en sí mismo y para lo cual recurre a modelos externos de ser, sentirse y pensar. El grupo de amigos desplaza entonces a la familia; lo que por su parte, resulta muy conflictivo para la mayoría de los padres.

Como puede advertirse, el nuevo despertar sexual de los adolescentes desata un complejo proceso de búsqueda de identidad y autonomía, que tiende a volverse conflictivo, primero porque los jóvenes se sienten apremiados y angustiados al ver amenazado su yo y segundo, porque tienen que enfrentarse a la resistencia de sus padres respecto a concederles la libertad que necesitan con el fin de lograr afirmarse como personas independientes.

Hasta aquí, en cuanto a los cambios a nivel psíquico y sus repercusiones emocionales y afectivas. Pero ¿qué pasa en el plano mental, o de la inteligencia y cómo este aspecto interviene también en el desarrollo de la adolescencia?

---

31. Reymond-Rivier, Berthe. El desarrollo social del niño y del adolescente. Barcelona, Herder, 1982. p.197-198

En el capítulo anterior hablamos sobre la transformación que opera en el pensamiento de los adolescentes, al sobrevenir, alrededor de los once o doce años, el período de las operaciones formales. Afirmamos también que gracias a este cambio en el pensamiento, la mente puede ejecutar operaciones de mayor complejidad que en las etapas anteriores y que esta nueva capacidad mental permite a los sujetos buscar, encontrar relaciones ocultas "y brindar nuevas aproximaciones a viejas interpretaciones así como recrear, reconstruir, desarmar y criticar la realidad"(32). De hecho, estamos hablando de que cuando el período de las operaciones formales alcanza su pleno desarrollo, alrededor de los dieciséis años(33), quedan consolidadas todas las facultades mentales propias de un adulto. Berthe Reymond señala al respecto: "por la inteligencia, el adolescente es igual al adulto, residiendo la única diferencia en su falta de experiencia"(34).

Me parece interesante aquí hacer un paréntesis para establecer una analogía con lo que pasa a nivel psíquico durante la adolescencia, pues mientras dentro de este ámbito se conforma la vida sexual normal de la adultez, a nivel mental parece que también se conforma, podríamos decir, la vida intelectual propia de la edad adulta. Por otro lado quiero hacer notar que el

---

32. Cfr., p.2

33. Cfr., p.1

34. Reymond-Rivier, B., Op. Cit. p.185

segundo momento de la adolescencia, caracterizado como un período de reflexión y relajamiento de las tensiones generadas a partir de la pubertad(35), coincide precisamente con el máximo desarrollo del período de las operaciones formales, lo que ubica en su justa dimensión la importancia de este proceso mental durante el curso de la adolescencia.

Volviendo sobre el punto de las transformaciones que operan en el pensamiento de los adolescentes, podemos decir también que el desarrollo del pensamiento formal no es otra cosa que una nueva capacidad para desligar el pensamiento de lo real y reflexionar al antojo. Es el "despertar de la vida interior, en el sentido de la introspección, del ahondamiento, de la meditación"(36).

En este sentido existe una ruptura con la lógica del niño que sólo ve, por decirlo de una forma, el presente de las cosas, debido al pensamiento concreto que lo caracteriza. Así, como un prodigio, se renueva la imaginación del adolescente y su pensamiento adquiere en mucho este matiz, se torna fantasioso, ávido de hallar nuevas respuestas para él y el mundo. Ocupan incluso tanto tiempo en estas relexiones, que Piaget opina que los adolescentes llevan a cabo su inserción en la sociedad de los adultos precisamente mediante el pensamiento y "podría casi

---

35. Es decir, a partir de las transformaciones del cuerpo y el despertar inicial de la actividad sexual.

36. Reymond-Rivier, B., Op. Cit. p.186-187

decirse que mediante la imaginación, debido a lo mucho que esta forma de pensamiento "hipotético-deductivo" se aleja a veces de lo real"(37).

Aquí cabría preguntarnos, ¿resulta primordial para los adolescentes, alejarse de lo real mediante la imaginación? Y si es así, ¿necesariamente se traduce esto en evasión de la realidad? Podemos decir que sí es una necesidad para los jóvenes, en tanto no se sienten cómodos en la realidad de los adultos por falta de confianza en sí mismos y su campo de acción más inmediato lo constituye la imaginación. Pero en cuanto a si esto se traduce en evasión de la realidad, tenemos dos posibilidades: por un lado, el alejarse de lo real puede obedecer a la necesidad de sobrecompensar sentimientos de inferioridad e inseguridad (propiciados por el resurgimiento de las pulsiones sexuales que les producen un vacío angustiioso, en tanto que son presa de deseos desconocidos hasta ese momento contra los cuales tienen que luchar y a los cuales aprenden a abandonar). Y cuando las cosas son así, la imaginación se convierte en una trampa, pues al agotar su satisfacción en este campo, los adolescentes carecen ya de la fuerza para buscar sus soluciones en la realidad (por ejemplo, la masturbación obsesiva). Pero por el contrario, cuando la imaginación se usa, en el sentido de tomar distancia de lo que causa conflicto y les permite entonces a los jóvenes dirigir su energía y atención a explorar todo su

---

37. Piaget, Jean. Seis estudios de psicología. Barcelona, Barral, 1971. p.91

potencial creativo y crítico, el alejamiento de lo real constituye una fuente inagotable de conocimiento tanto de sí mismos, como del mundo en que viven. Al respecto Freud señala que en el terreno de lo psíquico, la sublimación es un mecanismo que permite desviar las pulsiones sexuales hacia el servicio de la vida espiritual e imaginativa, o hacia actividades sociales, culturales, deportivas y artísticas, lo que le proporciona a los jóvenes la oportunidad de liberar esa energía en una forma creativa.

De esta manera, su vida afectiva se fortalece, en tanto que la fuerza viva del instinto sexual es preservada y no suprimida, lo que daría pie a complejos de culpa que tarde o temprano desembocan en la aparición de síntomas neuróticos(38).

Entonces, en lo que al desarrollo del pensamiento formal se refiere, podemos decir que la capacidad de imaginar es la que permite a los adolescentes llevar a cabo todas las "combinaciones posibles del pensamiento" -como dijimos en el capítulo uno(39). Es el punto de partida para que puedan ejercer el pensamiento crítico, en el sentido de dudar de las que hasta ahora constituían sus certezas; a la vez, les permite emprender la búsqueda de respuestas diferentes de las que les han dado los adultos, todo ello con el fin de conformar su criterio personal.

Ahora bien, hasta ahora hemos trabajado los aspectos

---

38. Reymond-Rivier, B., Op. Cit. p.206

39. Cfr. p.2

internos que originan los principales cambios operados durante la adolescencia: el psíquico y el mental, pero no podemos dejar de referirnos a un último aspecto, digamos externo, que influye decisivamente sobre estos procesos: la sociedad.

Si partimos de que un fenómeno que caracteriza a los adolescentes de todos los tiempos es su lucha por acceder a la condición adulta(40), entonces podemos plantear que casi todas las sociedades contemporáneas, a diferencia de las llamadas "primitivas", no definen parámetros precisos que señalen el paso de la adolescencia a la condición adulta muy por el contrario, prolongan la duración de ésta mucho más allá de la madurez sexual. La razón, al parecer, estriba en que "el progreso científico y la multiplicación de los conocimientos que de él resultan han provocado la prolongación de los estudios y, por lo tanto, la dependencia de los jóvenes con respecto al medio familiar"(41).

Entonces, la desigualdad entre las sociedades "primitivas" y contemporáneas radica en que las primeras se encargan de proporcionarle al adolescente certeza sobre su nueva identidad, mediante ritos muy precisos que implican el reconocimiento de su adultez, fundamentalmente por su recién desarrollada capacidad reproductora. De esta manera, la tensión generada en los

---

40. Reymond-Rivier, B., Op. Cit. p.157

41. Jolibert, Joselette y Robert Gloton. El poder de leer. Barcelona, Gedisa, 1978. p.53

adolescentes por la incertidumbre de sus cambios es sustituida por la seguridad de su nueva condición adulta, socialmente determinada y aceptada.

Por el contrario, en la mayoría de las sociedades contemporáneas los jóvenes no saben a ciencia cierta en qué momento van a acceder a la condición adulta. Su deseo por llegar a tener autonomía social (que es lo que finalmente está en juego) se ve postergado durante varios años, sobreviniendo un fuerte conflicto emocional, pues aparejado a este deseo sienten "incertidumbre y ansiedad de romper los vínculos de dependencia infantil para volverse hacia un porvenir desconocido"(42).

Así, se puede afirmar que, a diferencia de las sociedades "primitivas", casi todas las sociedades contemporáneas han vuelto particularmente prolongada y complicada la inserción de los adolescentes en el mundo adulto. Tampoco se puede pasar por alto que la cultura occidental ha sabido sacar provecho de este fenómeno social que le niega a los jóvenes la posibilidad de asumir su parte de las responsabilidades de los adultos, explotando la gran necesidad de identificación del adolescente, al crearle satisfactores externos que sólo consiguen alejarlos de un conocimiento de sí mismos y del mundo en que viven.

Gerardo Castillo advierte sobre las peligrosas consecuencias que tiene el empleo de los medios de información de masas -"no de comunicación", señala- con fines publicitarios: "la acción publicitaria se convierte en una auténtica manipulación. 'La

manipulación es una influencia indirecta sobre el ser humano, que fomenta acciones de consumo (de productos, de sexo, de novedades), con el fin de conseguir comportamientos humanos pobres, predecibles, con decisiones de escasa calidad, a partir de un bajo nivel de reflexión y de una fuerte carga emocional''(43).

Como vemos, parece que la mayoría de las sociedades actuales, lejos de alentar a los jóvenes a hacerse adultos críticos, los frenan, los doblegan, los limitan a representar un papel de niños que se contentan con seguir el juego que la moda dicte. Será que los adultos responsables y críticos les resultan, por el momento, un tanto inoportunos.

---

43. Castillo, G., Op. Cit. p.70



### 3. TEORIA DE LA LECTURA

#### 3.1 ¿Qué se entiende por lectura?

Hablar de lo que es la lectura no es un asunto sencillo. Este proceso es objeto de estudio de diversas disciplinas, mismas que dan cuenta de él a partir de complejas categorías de análisis. No es el objetivo de este capítulo esclarecer tan complicadas cuestiones, así como tampoco descubrir el hilo negro en la materia, sino simplemente apuntar algunas reflexiones básicas que nos permitan entender de manera muy sencilla por qué es importante leer y cómo esta actividad puede propiciar el desarrollo del pensamiento crítico, tema del que nos venimos ocupando en este trabajo.

Pues bien, una vez aclarada la perspectiva desde la cual vamos a hablar de la lectura, me gustaría señalar que ésta puede ser entendida como el acto de descodificar un sistema simbólico(44) que, en el caso de la lectura escrita (que es la que nos interesa), está constituido por palabras y es compartido por una sociedad.

A diferencia de otros sistemas simbólicos -como los comúnmente llamados 'medios masivos de comunicación', especialmente los visuales, kinéticos o gráficos"(45)- la lectura

---

44. Entiéndase por "descodificar un sistema simbólico", la acción de desentrañar o comprender el significado que encierra un sistema constituido por símbolos que representan ideas.

45. Jitrik, Noé. Lectura y cultura. México, UNAM, 1990. P.17

escrita requiere de una descodificación activa. ¿Por qué decimos esto? Porque mientras la lectura de dichos medios no exige ningún esfuerzo intelectual por parte de los sujetos que la realizan (sólo se limitan a ver las imágenes y darlas por hecho pasivamente), la lectura escrita demanda al lector un ejercicio mental de búsqueda constante del sentido que las palabras de un texto tienen en su conciencia (o inconsciencia). Además, este esfuerzo atento en busca de significado, motiva a las personas a suplir los símbolos por imágenes, estimulando así el desarrollo de la imaginación y la fantasía, es decir, estimulando su capacidad creativa y crítica.

En el primer capítulo dijimos que el desarrollo del pensamiento crítico requiere de la formación de sujetos intelectualmente activos(46), y me parece que la lectura es una actividad que brinda oportunidades extraordinarias para ello, porque los sujetos a la par que se acostumbran a pensar (en la medida en que buscan significados), desarrollan su imaginación y amplían la perspectiva desde la que se ven a sí mismos y al mundo, al asimilar y reelaborar las diversas experiencias que les permiten vivenciar los textos.

Pero, podemos preguntarnos, si la lectura es una actividad tan maravillosa, ¿por qué es experimentada como una tortura por una gran cantidad de niños, adolescentes y adultos? Me parece que la razón estriba en que socialmente se ha vinculado la lectura con la escuela y la mayoría de las prácticas educativas

se inscriben dentro de la educación tradicional que, recordemos, en la actualidad se empeña fundamentalmente en socavar la capacidad creativa y crítica de los alumnos. Partiendo de este marco, la lectura sólo se convierte en un medio que le permitirá a los estudiantes adquirir (no construir) conocimientos "útiles" (casi siempre para el "mañana") y es asociada con el ritual escolar en donde el alumno no sólo no tiene nada que decir, sino que debe contentarse con ser llenado de datos y cuidarse de no contradecir al maestro en lo más mínimo. La lectura se convierte entonces en una actividad sumamente aburrida, un verdadero martirio que hay que acabar lo más pronto posible para, entonces, hacer cosas que sí valgan la pena, cosas donde tal vez haya un poco de acción y emoción. Cuando esto es así, existe una total indiferencia del lector con respecto a la obra que lee; su lectura es tan sólo por requisito y, por paradójico que parezca, este tipo de lectura, lejos de enriquecer al lector, lo oprime y lo sujeta a una pobre concepción tanto de la vida como de sí mismo, de sus capacidades y aspiraciones.

Por el contrario, cuando la lectura se realiza por el simple placer de disfrutarla (no como un medio para llegar a un fin), cuando el lector se interesa por lo que lee, encontrándole significado y sintiendo por lo tanto que él mismo participa en la creación del texto; cuando logra conmovirse e involucrarse en la trama, interiorizándola(47), entonces la lectura se convierte en

---

47. En el sentido de representar el mundo exterior mediante recuerdos, imágenes, lenguaje y símbolos. Cfr. Beard, Ruth., Op. Cit. p.121

una fuente de conocimiento inagotable tanto de sí mismo, como del mundo en el que vive. ¿Por qué? Porque el lector aprende de los personajes en que se ve retratado, de las situaciones que estos viven, que resuelven o complican y porque al mantener una intensa atención sobre el texto, el lector deja de utilizarla para contemplar su autoimagen (mecanismo de sublimación), lo que le permite "trascender los límites del ser"(48) y "cambiar temporalmente los esquemas del mundo acostumbrado"(49). De esta manera experimenta una reconfortante sensación liberadora que le permite dar rienda suelta a su imaginación y creatividad.

Como podemos ver, los sujetos que pueden vivenciar de este modo la lectura, se hallan bajo la influencia de una educación que los motiva a que construyan su conocimiento a través de la acción sobre los objetos (en este caso de los textos).

Y ya que estamos hablando de las implicaciones que tienen dos diferentes concepciones educativas, me gustaría enfatizar otro punto de divergencia: partiendo de que la lectura es una actividad que le demanda al sujeto comprender el sentido que tiene un texto para él, las posiciones tradicionales en educación han reducido el término "comprensión" a un plano meramente inmediato. Esto quiere decir que el énfasis se pone en que los lectores entiendan literalmente, al pie de la letra, los textos y se desconoce que hay otro tipo de comprensión de lectura

---

48. Czikszemihalyi, M., Op. Cit. p.51

49. Ibid., p.48

que va mucho más allá de esta literalidad y es la que Noé Jitrik denomina "diferida". Esta es la que "se produce por misteriosos caminos y procedimientos, implica operaciones no racionales, de acumulación procesal, resulta de una alquimia cuyos resultados no se pueden prever pero que sin duda se manifiestan; comprensión diferida es lo que se comprende, en forma de una modificación, después de que no se ha comprendido nada"(50). "La 'no comprensión' (...) es la base para la comprensión diferida, es el comprender no comprendiendo o, en otras palabras, un proceso de comprensión por depósito y sedimentación cuyas formas no sólo son plurales sino que se manifiestan en un después imprevisible y en relación con otros textos u otros requerimientos"(51).

No cabe duda que es complejo este concepto de comprensión diferida, pero lo que me parece crucial es que revaloriza y rescata la importancia de procesos tan desdeñados por la educación tradicional -no sólo en materia de lectura- como son: la no comprensión y el olvido.

---

50. Jitrik, N., Op. Cit. p.33

51. Ibid., p.60

### 3.2 Recomendaciones a los educadores para que puedan hacer de la lectura una actividad gozosa.

Hemos visto que la lectura promueve la agilidad intelectual y brinda un espacio para la expresión de las emociones. Sin embargo, esto depende de cómo se lleve a cabo. Si se sobrevalora el aspecto utilitario de la lectura y se le impone a los estudiantes como una tarea más, entonces podemos decir que estos llevarán a cabo una lectura pasiva, de la que obtendrán un conocimiento muy superficial, básicamente en el plano de la memoria, del que se olvidarán pocos días después. Por el contrario, si los alumnos encuentran placentera la lectura, ésta se tornará activa y les permitirá llevar a cabo una auténtica construcción de conocimiento, pilar del desarrollo de la capacidad crítica. Por esta razón el objetivo principal de los educadores que trabajan con aspectos de lectura debe ser impulsar a los alumnos a que transformen su lectura pasiva en activa, a través de que la perciban como una actividad fundamentalmente gozosa. Para ello es necesario que la motivación para leer sea lo que Mihaly C. llama "motivación intrínseca", es decir aquella que tiene lugar cuando se hace o se aprende algo porque se encuentra agradable la tarea y no porque ésta sea útil(52).

Este tipo de motivación implica el acto consciente de por qué y para qué haces algo, contra la actitud que se deja llevar por la simple inercia del aprendizaje. Bajo esta perspectiva es

---

52. Czikszentmihalyi, M., Op. Cit. p.42

recomendable que las actividades -en este caso la lectura- se experimenten como retos que se hallen en correlación equilibrada con respecto a la habilidad de los sujetos. Por lo tanto, los educadores deben esforzarse por revertir esa común tendencia de interrumpir el gozo en vez de motivarlo. Para ello quizá les ayude, además de retomar alguna metodología lúdica concreta(53), tener siempre en cuenta los siguientes aspectos:

a) Para Bruno Bettelheim y Karen Zelan(54), la lectura es un proceso activo en el que intervienen tanto el intelecto como la vida inconsciente de los sujetos, y para que la lectura tenga realmente este carácter activo es necesario que el texto tenga significado para el lector, es decir que toque sus puntos sensibles, que lo conmueva, que tenga que ver con él, con sus emociones, sentimientos, conocimientos; en una palabra, con su contexto sociocultural y psíquico específico. Al respecto Paulo Freire, desde una perspectiva más sociológica, asegura que un sujeto realiza la lectura de un texto a partir de la lectura previa de su mundo, es decir a partir de la forma en que dicho sujeto vive, siente e interpreta su mundo inmediato y percibe o ignora contextos más amplios. De ahí que sea importante que los sujetos puedan intervenir personalmente en la lectura, en el sentido de que se sientan partícipes de ella y no como meros

---

53. En el último capítulo de este trabajo se recomiendan algunas.

54. Cfr. Bettelheim, Bruno y Karen Zelan., Op. Cit.

receptáculos. Siendo esto así es necesario que se establezca "un vínculo entre el que habla y el que escucha"(55), para que la lectura sea realmente efectiva.

b) Partiendo entonces de la base de que las palabras que conforman una lectura pueden tener resonancia en nuestro inconsciente, cuando ésta resulta realmente significativa, los errores de lectura no deben considerarse como simple falta de atención por parte de los alumnos, sino que pueden ser expresiones de la significación que estos le están dando al texto, ya sea que los haga sentir miedo, rabia, alegría o que simplemente los aburra(56). Es decir, no hay que darle tanta importancia a la manera en que descifran las palabras, sino al sentido que éstas tienen para los sujetos, pues mientras más preocupado esté el estudiante por acatar las reglas externas, menos podrá experimentar la actividad como gozosa; por lo que si un estudiante comete omisiones, sustituciones, inserciones de palabras u otros errores comunes(57), no es que sea simplemente

---

55. Ibid., p.103

56. Cfr. Bettelheim, B. y K. Zelan., Op. Cit.

57. Debo aclarar que me estoy refiriendo exclusivamente a los errores mecánicos de lectura y no a los de interpretación. La inclusión de estos últimos hubiera aportado elementos teóricos significativos al trabajo en su conjunto. Desgraciadamente me di cuenta de ello demasiado tarde y no me queda más que apuntar que, para abordarlos, es necesario revisar la "teoría de la recepción", corriente que estudia el papel del lector en el proceso de lectura.



tonto o distraído. sino que su lectura particular lo está llevando a realizar dichos cambios. Incluso podemos afirmar que, muchas veces, es mediante los errores de lectura que los sujetos le encuentran significado al texto. En este sentido, el maestro debe evitar corregir bruscamente al estudiante y más bien estar atento a cuáles pueden ser las razones que lo motivan a efectuar tal o cual error y debe interesarse por los posibles sentimientos que en el alumno despierte la lectura. En todo caso, la simple actitud comprensiva y respetuosa del maestro hacia los errores de sus alumnos ayudará a disminuir la inseguridad en éste, lo que constituye el punto de partida para una autocorrección de los mismos y el correspondiente placer por realizar esta actividad.

c) El último punto de estas sugerencias se refiere a lo importante que resulta la selección de textos para motivar la lectura activa de los sujetos. Al respecto hay que recordar que un texto que esté provisto de significado para el lector, puede conmover y cambiar la vida de éste, al remover sus emociones y suscitar respuestas personales(58). Para realizar la mejor selección es indispensable tener en cuenta el contexto y las características del grupo de estudiantes con quienes se trabaja, así como sus intereses particulares y generales. Por ello lo ideal es que cada selección de textos dependa de cada maestro en función del tipo de población con la que trabaja, aunque esto no impide que puedan hacerse sugerencias de lecturas para trabajar

---

58. Cfr. Bettelheim B. y K. Zelan., Op. Cit.

con diferentes grupos con base en sus características genéricas, como es el caso de la antología de literatura fantástica para adolescentes que aquí se presenta.

#### 4. LA LITERATURA FANTASTICA: UN GENERO QUE PUEDE PROPICIAR EN LOS ADOLESCENTES EL DESARROLLO DEL PENSAMIENTO CRITICO.

##### 4.1 Antecedentes que permiten hacer este planteamiento.

Hemos afirmado en el curso de este trabajo que es necesario propiciar el pensamiento crítico en los sujetos para que estos sean capaces de dudar de las certezas que se les imponen desde afuera y buscar nuevas maneras de explicar o interpretar su realidad. También hemos dicho que para que este pensamiento se desarrolle es necesario que los sujetos tengan oportunidad de expresar y poner en práctica su imaginación y creatividad, mediante una educación fundamentada en el diálogo.

Señalamos que el pensamiento crítico puede desarrollarse gracias a la aparición del período de operaciones formales durante la adolescencia, y que durante esta etapa el pensamiento de los jóvenes se torna altamente imaginativo al tratar de encontrar nuevas respuestas para él y el mundo; llevando a cabo prácticamente su inserción en el mundo de los adultos a través de la imaginación, debido -como ya dijimos en el capítulo dos- "a lo mucho que esta forma de pensamiento 'hipotético-deductivo' se aleja a veces de lo real"(59). Dijimos posteriormente que los adolescentes están expuestos a una fuerte manipulación por parte de los medios de información de masas, quienes explotan el proceso de búsqueda de identidad de los jóvenes, propiciado por los cambios psíquicos que les ocurren y deforman los más

---

59. Cfr., p.20-21

elementales valores humanos (como la libertad, el amor, la amistad, etc.) con la finalidad de conseguir beneficios económicos y sociales.

Por último propusimos la lectura como una de las actividades que pueden propiciar el desarrollo del pensamiento crítico en los sujetos, siempre y cuando ésta se realice por el simple placer de disfrutarla.

Llegados a este punto yo me atrevo a proponer que, aprovechando la fuerte inclinación de los jóvenes hacia la fantasía, la lectura de literatura fantástica puede ser una actividad placentera que siembre en ellos una semilla de duda en relación a la certeza de que haya una sola interpretación de la realidad.

Ahora veremos cuáles son las particularidades de la literatura fantástica, para entender por completo este planteamiento.

#### 4.2 Características de la literatura fantástica.

Roger Caillois señala que "todo lo fantástico es una ruptura del orden reconocido, una irrupción de lo inadmisibles en el seno de la inalterable legalidad cotidiana"(60).

Por su parte, Todorov es más específico y nos dice que para definir un género, éste tiene que ser ubicado en relación a los géneros más próximos. Así, lo fantástico, "más que ser un género autónomo, parece situarse en el límite de dos géneros: lo maravilloso y lo extraño"(61).

A pesar de que lo extraño, por otro lado, no es un género bien delimitado, su característica principal es que narra acontecimientos insólitos, casi siempre de terror, pero al final existe una explicación racional de los hechos, lo que implica que las leyes de la realidad quedan intactas. "En lo extraño (...) lo inexplicable es reducido a hechos conocidos, a una experiencia previa y, de esta suerte, al pasado"(62). Ejemplos característicos de este género son los relatos de Edgar Allan Poe.

Lo maravilloso, es aquel género en el que los hechos extraordinarios son justificados mediante nuevas leyes de la

---

60. Puntos y líneas Núm. 6-7. Boletín informativo de la Asociación Mexicana para el Fomento del Libro Infantil y Juvenil A.C. México, Año 3, Vol.7, Primavera de 1989. p.6

61. Todorov, Tzvetan. Introducción a la literatura fantástica. México, Premiá, 1987. p.36

62. Ibid., p.37

naturaleza. "Lo maravilloso corresponde a un fenómeno desconocido, aún no visto, por venir: por consiguiente a un futuro"(63). En nuestra época, la ciencia ficción es un ejemplo.

Pero ¿qué implicaciones tiene el hecho de que la literatura fantástica se ubique en el límite de estos dos géneros? Implica que no brinda una respuesta a los fenómenos que acontecen (como sí lo hacen los otros dos: uno, echando mano de cosas conocidas y otro, inventando nuevas reglas), sino que plantea una situación ambigua, poco clara, en donde los lectores no acaban de entender qué está pasando. En otras palabras, podríamos decir que lejos de brindar al lector seguridad sobre lo narrado, le brinda confusión e incertidumbre. Esta situación resulta doblemente significativa si consideramos que la vacilación que caracteriza a lo fantástico no puede sino situarse en el presente, debido a que lo que se cuestiona, es la perspectiva desde la que ve la vida el lector, en el momento de leer un texto de este género.

Por otra parte dicha incertidumbre propicia en el lector un sentimiento de inquietud, de desconcierto, de duda... sentimiento que se puede manifestar como miedo o inseguridad y que no puede sino emanar del fondo mismo de las emociones. El cuento "Nosotras", de la escritora Ma. Elena Llana, por ejemplo, no puede dejar de producirnos un fuerte escalofrío cuando llegamos a su final. Otra característica de la literatura fantástica es que el texto termina, "pero no el enigma, que queda

sin una explicación segura, cierta"(64).

Volviendo al asunto de la participación emocional del lector en la literatura fantástica, Flora Botton señala que "en la medida en que el texto compromete sus emociones, el lector participa realmente en el cuento, deja de ser pasivo espectador (...) para convertirse, emocionalmente, en actor, en participante"(65) (en otras palabras se convierte en lector activo). Y aclara que reconoce que dicha participación del lector no es exclusiva de la literatura fantástica, pero que le parece que este género la intensifica. Sin embargo, para que un texto fantástico cause un verdadero impacto en el lector -es decir, que conmueva sus emociones- es necesario que éste mantenga una actitud abierta y deje de lado su incredulidad para que así pueda "dejarse tocar" completamente por el texto.

Como podemos ver, la literatura fantástica se caracteriza por perturbar el orden, por dudar, por transgredir las reglas y por dejar un sentimiento de inquietud y extrañeza en el lector, quien ve confrontada su lógica o su manera cotidiana de ver las cosas. Pero ¿por qué es esto posible? Porque "el acontecimiento fantástico se contrapone a la vida cotidiana 'normal'"(66). Es decir, lo fantástico dentro del texto, no se

---

64. Botton Burlá, Flora. Los juegos fantásticos. Estudio de los elementos fantásticos en cuentos de tres narradores hispanoamericanos. México, UNAM, 1983. p.42

65. Ibid., p.47

66. Ibid., p.59

da en mundos extraños, ni les sucede a personas especiales; muy por el contrario, aparece en situaciones comunes y corrientes, sucediéndole a personas de carne y hueso, como cualquiera. Lo primero, muy probablemente recuerda al lector su vida diaria o la de sus amigos o familiares; mientras que lo segundo, le facilita identificarse con el personaje que protagoniza el texto -y digo el y no los personajes, porque en la mayoría de los trabajos de este género y en todos los cuentos de la antología que aquí se presenta, es uno sólo quien enfrenta lo fantástico.

Por su parte Todorov, al hablar de la identificación del lector con el personaje central, señala que ésta no se da a nivel psicológico individual, sino a nivel de "un mecanismo interior al texto, una inscripción estructural"(67). Y, recordemos, la duda a la que remite la literatura fantástica se ubica en el presente, obligando al lector a confrontar su manera ordinaria de ver las cosas. Claro que esto no quiere decir que los sujetos que lean uno o veinte textos fantásticos, van a cambiar radical y conscientemente su visión de la vida, simplemente me refiero a que van a tener un referente muy distinto del que la educación tradicional contemporánea o los medios masivos de información proporcionan. Quizá en el caso de los adolescentes les entre por un oído y les salga por el otro, como se dice por ahí, pero aún así, recordemos la impredecible efectividad de la comprensión diferida.

Por otra parte, la literatura fantástica, al resultar

---

67. Todorov, T., Op. Cit. p.67



difícil de comprender para los adolescentes y causarles incertidumbre, puede funcionar como un "conflicto cognitivo", es decir como un objeto de conocimiento difícil de asimilar, que obligue al lector a realizar un esfuerzo de acomodación tendiente a incorporar lo que resulta inasimilable (68). Lo que a su vez puede convertirse en un reto para los adolescentes, que permita tornar su motivación para leer en una motivación intrínseca, que como ya dijimos en el capítulo anterior es aquella que tiene lugar cuando hacemos o aprendemos algo fundamentalmente porque disfrutamos la experiencia y no porque ésta sea útil(69).

Por último, otro aspecto que me lleva a pensar que la literatura fantástica puede interesar a los adolescentes y brindarles la oportunidad de que ejerciten de alguna manera su capacidad crítica, es el que se refiere a las nuevas capacidades mentales que desarrollan y que los impulsan a explicarse de manera diferente las situaciones que conocen. Y lo más relevante es que esta búsqueda suelen llevarla a cabo mediante la imaginación y la fantasía, lo que quizá constituya la conexión más fuerte con la literatura fantástica.

Ahora bien, hasta aquí hemos hablado sólo de las ventajas que el género de lo fantástico puede brindar a los adolescentes para el ya mencionado ejercicio de su pensamiento crítico, pero también es justo ocuparnos de los aspectos que podrían no

---

68. Ferreiro E. y A. Teberosky., Op. Cit. p.36

69. Cfr., p.32-35

favorecer esta situación. Algunos de los cuentos de la antología aquí presentada los he leído ya con adolescentes en un taller que impartí en la Casa de Cultura de Cholula, Puebla, durante ocho meses, a partir de abril de 1991; por lo que las siguientes observaciones se derivan de mi experiencia durante ese tiempo.

En primer lugar me parece que existe el riesgo de que el grado de dificultad, tanto del vocabulario como de la trama de la historia, sobrepasen las habilidades de los jóvenes que estén poco acostumbrados a leer y a poner toda su atención en el texto. En segundo lugar, el hecho de que algunos cuentos apunten reflexiones un tanto complejas, o lejanas a los intereses de los adolescentes, puede constituir un obstáculo para que estos se sumerjan por completo en la historia. Como en el caso de "Chac mool", de Carlos Fuentes, cuando Filiberto relata en su diario el episodio sobre el café al que asistía con sus amigos cuando eran jóvenes y se refiere con nostalgia a aquella época; o como en las "ruinas circulares", de Jorge Luis Borges, en donde el personaje principal es un aldeano x, que viene de una región indeterminada (o sea que no representa una situación que les resulte muy cercana a la mayoría de los jóvenes). En tercer lugar, cierto ritmo lento de la historia puede resultarles un tanto aburrido, como en el caso de "Axolotl", de Julio Cortázar.

Desde luego, todas estas observaciones de ninguna manera pretenden menospreciar la gran calidad literaria de las obras y de los autores mencionados, únicamente apuntan algunos aspectos de ellas que pueden resultar poco atractivas para los

adolescentes, precisamente por el período que atraviesan; sin embargo considero que algo que disminuye considerablemente estos riesgos, es que un adulto coordine la lectura (ya sea que ésta se realice durante la clase o en casa) y que les ayude a comprender las partes difíciles, con una breve explicación.

#### 4.3 Justificación y recomendaciones en torno a la antología.

La antología que aquí se presenta está constituida por diez cuentos, nueve de ellos de autores latinoamericanos y uno de un escritor inglés.

Por principio quiero mencionar que el criterio para hacer tal selección fue:

1o. Buscar cuentos cortos, con la intención de compensar la dificultad de las lecturas con una corta extensión de los textos (máximo diez páginas).

2o. Pensando por un lado en que el ambiente de los textos les fuera familiar a los adolescentes mexicanos y que, por otro, fueran conociendo a escritores con quienes comparten el mismo idioma y ciertos procesos socio-históricos comunes, dirigí la búsqueda hacia autores latinoamericanos. Incluí cuatro cuentos de Julio Cortázar, dos de Jorge Luis Borges, uno de Carlos Fuentes, uno de H. A. Murena, uno de Ma. Elena Llana y uno de Alfred Noyes. Sinceramente me hubiera gustado incluir a más mujeres, pero dentro de la bibliografía que revisé, el cuento de esta escritora cubana fue el único que me pareció que cumplía cabalmente con las características de la literatura fantástica (por otra parte debo confesar que es de mis favoritos). En cuanto al cuento del poeta inglés, lo incluí porque no estoy defendiendo ninguna postura regionalista y porque además me parece que el contexto al que se refiere este cuento le resulta muy familiar a un lector de lengua española. Por otra parte, me

parece interesante incluirlo para que los muchachos tengan un referente distinto al de las demás lecturas (quizá esto les permita ampliar la perspectiva desde la que realizan su lectura).

Ahora quisiera aclarar que el sentido de presentar esta antología no es el de realizar un análisis de los cuentos con los adolescentes, ni pretendo y mucho menos recomiendo dirigir la reflexión de estos. De lo que se trata es de presentarles una opción de lectura que seguramente desconocen, así como de respetar su intimidad y de darles oportunidad de que libremente interioricen lo que más los haya conmovido o inquietado. En todo caso, si se trata de hacer ameno el trabajo con un grupo de jóvenes, quienes se quedan prácticamente sin habla después de leerlos, entonces sí se puede recurrir a utilizar alguna metodología lúdica, como las estrategias de lectura que propone Montserrat Sarto (ver bibliografía), o como la propuesta de Julián Rodríguez de relacionar los cuentos con algunas canciones y materiales visuales (ver bibliografía), o bien a jugar a escribir historias (ver en la bibliografía artículo sobre Juan Villoro), entre muchas otras cosas. Lo que también recomiendo es alternar la lectura de estos cuentos con otros más sencillos, de aventuras quizá, con la finalidad de no cansar mucho a los muchachos; la idea central es no prolongar demasiado el esfuerzo que realizan por entender los cuentos, de tal manera que se fatiguen o agobien a los tres o cuatro textos. Es preferible, según me di cuenta, ir poco a poco introduciéndolos en estas

lecturas, pero con la seguridad de que se irán familiarizando con ellas y con el ejercicio del pensamiento crítico.

También sugiero que los muchachos con quienes se trabajen estos textos tengan arriba de dieciséis años, pues recordemos que a esta edad es cuando alcanza su plena madurez el período de las operaciones formales (capítulo uno) y por tanto se tiene pleno dominio de la capacidad de abstracción, lo que permitirá a los adolescentes sacar más provecho de los textos que aquí se presentan.

Como último comentario diré que los textos aparecen por el orden alfabético de los autores. El orden que se siga al realizar las lecturas con un grupo, lo determinará el coordinador en relación con su grupo.

Espero que disfruten lo que les espera.

## Las ruinas circulares

And if he left off dreaming about  
you...

*Through the Looking-Glass, VI*

Nadie lo vio desembarcar en la unánime noche, nadie vio la canoa de bambú sumiéndose en el fango sagrado, pero a los pocos días nadie ignoraba que el hombre taciturno venía del Sur y que su patria era una de las infinitas aldeas que están aguas arriba, en el flanco violento de la montaña, donde el idioma zend no está contaminado de griego y donde es infrecuente la lepra. Lo cierto es que el hombre gris besó el fango, repechó la ribera sin apartar (probablemente, sin sentir) las cortaderas que le dilaceraban las carnes y se arrastró, mareado y ensangrentado, hasta el recinto circular que corona un tigre o caballo de piedra, que tuvo alguna vez el color del fuego y ahora el de la ceniza. Ese redondel es un templo

que devoraron los incendios antiguos, que la selva palúdica ha profanado y cuyo dios no recibe honor de los hombres. El forastero se tendió bajo el pedestal. Lo despertó el sol alto. Comprobó sin asombro que las heridas habían cicatrizado; cerró los ojos pálidos y durmió, no por flaqueza de la carne sino por determinación de la voluntad. Sabía que ese templo era el lugar que requería su invencible propósito; sabía que los árboles incessantes no habían logrado estrangular, río abajo, las ruinas de otro templo propicio, también de dioses incendiados y muertos; sabía que su inmediata obligación era el sueño. Hacia la medianoche lo despertó el grito inconsolable de un pájaro. Rastros de pies descalzos, unos higos y un cántaro le advirtieron que los hombres de la región habían espionado con respeto su sueño y solicitaban su amparo o temían su magia. Sintió el frío del miedo y buscó en la muralla dilapidada un nicho sepulcral y se tapó con hojas desconocidas.

El propósito que lo guiaba no era imposible, aunque sí sobrenatural. Quería soñar un hombre; quería soñarlo con integridad minuciosa e imponerle a la realidad. Ese proyecto mágico había agotado el espacio entero de su alma; si alguien le hubiera preguntado su propio nombre o cualquier rasgo de su vida anterior, no habría acertado a responder. Le convenía el templo inhabitado y despedazado, porque era un mínimo de mundo visible; la cercanía de los labradores también, porque éstos se encargaban de subve-

nir a sus necesidades frugales. El arroz y las frutas de su tributo eran pábulo suficiente para su cuerpo, consagrado a la única tarea de dormir y soñar.

Al principio, los sueños eran caóticos; poco después, fueron de naturaleza dialéctica. El forastero se soñaba en el centro de un anfiteatro circular que era de algún modo el templo incendiado: nubes de alumnos taciturnos fatigaban las gradas; las caras de los últimos pendían a muchos siglos de distancia y a una altura estelar, pero eran del todo precisas. El hombre les dictaba lecciones de anatomía, de cosmografía, de magia; los rostros escuchaban con ansiedad y procuraban responder con entendimiento, como si adivinaran la importancia de aquel examen, que redimiría a uno de ellos de su condición de vana apariencia y lo interpolaría en el mundo real. El hombre, en el sueño y en la vigilia, consideraba las respuestas de sus fantasmas, no se dejaba embaucar por los impostores, adivinaba en ciertas perplejidades una inteligencia creciente. Buscaba un alma que mereciera participar en el universo.

A las nueve o diez noches comprendió con alguna amargura que nada podía esperar de aquellos alumnos que aceptaban con pasividad su doctrina y sí de aquellos que arriesgaban, a veces, una contradicción razonable. Los primeros, aunque dignos de amor y de buen afecto, no podían ascender a individuos; los últimos preexistían un poco más. Una tarde (ahora también las tardes eran tributarias del sueño, ahora no velaba sino



un par de horas en el amanecer) licenció para siempre el vasto colegio ilusorio y se quedó con un solo alumno. Era un muchacho taciturno, cetrino, díscolo a veces, de rasgos afilados que repetían los de su soñador. No lo desconcertó por mucho tiempo la brusca eliminación de los condiscípulos; su progreso, al cabo de unas pocas lecciones particulares, pudo maravillar al maestro. Sin embargo, la catástrofe sobrevino. El hombre, un día, emergió del sueño como de un desierto viscoso, miró la vana luz de la tarde que al pronto confundió con la aurora y comprendió que no había soñado. Toda esa noche y todo el día, la intolerable lucidez del insomnio se antió contra él. Quiso explorar la selva, extenuarse; apenas alcanzó entre la cicuta unas rachas de sueño débil, veteadas fugazmente de visiones de tipo rudimental: inservibles. Quiso congregar el colegio y apenas hubo articulado unas breves palabras de exhortación, éste se deformó, se borró. En la casi perpetua vigilia, lágrimas de ira le quemaban los viejos ojos.

Comprendió que el empeño de modelar la materia incoherente y vertiginosa de que se componen los sueños es el más arduo que puede acometer un varón, aunque penetre todos los enigmas del orden superior y del inferior: mucho más arduo que tejer una cuerda de arena o que amonedar el viento sin cara. Comprendió que un fracaso inicial era inevitable. Juró olvidar la enorme alucinación que lo había desviado al principio y buscó otro método de trabajo. Antes de ejer-

citarlo, dedicó un mes a la reposición de las fuerzas que habla malgastado el delirio. Abandonó toda premeditación de soñar y casi acto continuo logró dormir un trecho razonable del día. Las raras veces que soñó durante ese período, no reparó en los sueños. Para reanudar la tarea, esperó que el disco de la luna fuera perfecto. Luego, en la tarde, se purificó en las aguas del río, adoró los dioses planetarios, pronunció las sílabas lícitas de un nombre poderoso y durmió. Casi inmediatamente, soñó con un corazón que latía.

Lo soñó activo, caluroso, secreto, del grandor de un puño cerrado, color granate en la penumbra de un cuerpo humano aún sin cara ni sexo; con minucioso amor lo soñó, durante catorce lúcidas noches. Cada noche, lo percibía con mayor evidencia. No lo tocaba; se limitaba a atestiguarlo, a observarlo, tal vez a corregirlo con la mirada. Lo percibía, lo vivía, desde muchas distancias y muchos ángulos. La noche catorcena rozó la arteria pulmonar con el índice y luego todo el corazón, desde afuera y adentro. El examen lo satisfizo. Deliberadamente no soñó durante una noche: luego retomó el corazón, invocó el nombre de un planeta y emprendió la visión de otro de los órganos principales. Antes de un año llegó al esqueleto, a los párpados. El pelo innumerable fue tal vez la tarea más difícil. Soñó un hombre íntegro, un mancebo, pero éste no se incorporaba ni hablaba ni podía abrir los ojos. Noche tras noche, el hombre lo soñaba dormido.

En las cosmogonías gnósticas, los demiurgos amasan un rojo Adán que no logra ponerse de pie; tan inhábil y rudo y elemental como ese Adán de polvo era el Adán de sueño que las noches del mago habían fabricado. Una tarde, el hombre casi destruyó toda su obra, pero se arrepintió. (Más le hubiera valido destruirla.) Agotados los votos a los númenes de la tierra y del río, se arrojó a los pies de la efigie que tal vez era un tigre y tal vez un potro, e imploró su desconocido socorro. Ese crepúsculo, soñó con la estatua. La soñó viva, trémula: no era un atroz bastardo de tigre y potro, sino a la vez esas dos criaturas vehementes y también un toro, una rosa, una tempestad. Ese múltiple dios le reveló que su nombre terrenal era Fuego, que en ese templo circular (y en otros iguales) le habían rendido sacrificios y culto y que mágicamente animarla al fantasma soñado, de suerte que todas las criaturas, excepto el Fuego mismo y el soñador, lo pensarán un hombre de carne y hueso. Le ordenó que una vez instruido en los ritos, lo enviara al otro templo despedazado cuyas pirámides persisten aguas abajo, para que alguna voz lo glorificara en aquel edificio desierto. En el sueño del hombre que soñaba, el soñado se despertó.

El mago ejecutó esas órdenes. Consagró un plazo (que finalmente abarcó dos años) a descubrirle los arcanos del universo y del culto del fuego. Intimamente, le dolía apartarse de él. Con el pretexto de la necesidad pedagógica, dilataba cada día las horas dedicadas al sueño. También

rehízo el hombro derecho, acaso deficiente. A veces, lo inquietaba una impresión de que ya todo eso había acontecido... En general, sus días eran felices; al cerrar los ojos pensaba: *Ahora estaré con mi hijo. O, más raramente: El hijo que he engendrado me espera y no existirá si no voy.*

Gradualmente, lo fue acostumbrando a la realidad. Una vez le ordenó que embanderara una cumbre lejana. Al otro día, flameaba la bandera en la cumbre. Ensayó otros experimentos análogos, cada vez más audaces. Comprendió con cierta amargura que su hijo estaba listo para nacer —y tal vez impaciente—. Esa noche lo besó por primera vez y lo envió al otro templo cuyos despojos blanquean río abajo, a muchas leguas de inextricable selva y de ciénaga. Antes (para que no supiera nunca que era un fantasma, para que se creyera un hombre como los otros) le infundió el olvido total de sus años de aprendizaje.

Su victoria y su paz quedaron empañadas de hastío. En los crepúsculos de la tarde y del alba, se prosternaba ante la figura de piedra, tal vez imaginando que su hijo irreal ejecutaba idénticos ritos, en otras ruinas circulares, aguas abajo; de noche no soñaba, o soñaba como lo hacen todos los hombres. Percibía con cierta palidez los sonidos y formas del universo: el hijo ausente se nutría de esas disminuciones de su alma. El propósito de su vida estaba colmado; el hombre persistió en una suerte de éxtasis. Al cabo de un tiempo que ciertos narradores de su historia prefieren computar en años y otros en lustros, lo

despertaron dos remeros a medianoche: no pudo ver sus caras, pero le hablaron de un hombre mágico en un templo del Norte, capaz de hollar el fuego y de no quemarse. El mago recordó bruscamente las palabras del dios. Recordó que de todas las criaturas que componen el orbe, el fuego era la única que sabía que su hijo era un fantasma. Ese recuerdo, apaciguador al principio, acabó por atormentarlo. Temió que su hijo meditara en ese privilegio anormal y descubriera de algún modo su condición de mero simulacro. No ser un hombre, ser la proyección del sueño de otro hombre ¡qué humillación incomparable, qué vértigo! A todo padre le interesan los hijos que ha procreado (que ha permitido) en una mera confusión o felicidad; es natural que el mago temiera por el porvenir de aquel hijo, pensado entraña por entraña y rasgo por rasgo, en mil y una noches secretas.

El término de sus cavilaciones fue brusco, pero lo prometieron algunos signos. Primero (al cabo de una larga sequía) una remota nube en un cerro, liviana como un pájaro; luego hacia el Sur, el cielo que tenía el color rosado de la ceniza de los leopardos; luego las humaredas que herrumbraron el metal de las noches; después la fuga pánica de las bestias. Porque se repitió lo acontecido hace muchos siglos. Las ruinas del santuario del dios del fuego fueron destruidas por el fuego. En un alba sin pájaros el mago vio cernirse contra los muros el incendio concéntrico. Por un instante, pensó refugiarse en las aguas, pero luego com-

prendió que la muerte venía a coronar su vejez y a absolverlo de sus trabajos. Caminó contra los jirones de fuego. Éstos no mordieron su carne, éstos lo acariciaron y lo inundaron sin calor y sin combustión. Con alivio, con humillación, con terror, comprendió que él también era una apariencia, que otro estaba soñándolo.

*El cuento fantástico en Hispanoamérica, antes de que apareciera Borges, no había recibido la atención que se le daba en Europa y otras regiones. El venezolano Eduardo Blanco publicó en 1875 un par de relatos de contenido fantástico, y en México Roa Bárcena publica su "Lanchitas", que tiene más de leyenda que de cuento. Los modernistas, sobre todo Neruo y Lugones, son los que primero toman el género en serio; lo que no hizo Alfonso Reyes, cuyo cuento "La cena", es uno de los primeros en México. En Chile, entre 1913 y 1921, Alberto Edwards escribe sus Cuentos fantásticos, libro que, a pesar del título, es más bien una colección de narraciones legendarias, históricas y policíales. Es necesario, por lo tanto, esperar hasta la década de los años treinta para que Borges le dé al género la debida atención y lo ponga de moda.*

*Para que un cuento pueda ser considerado como fantástico es necesario que gire en torno a una anécdota sobrenatural, esto es, que no pueda ser explicada por la razón o las leyes naturales. Si los acontecimientos no son el resultado de causas naturales, nos encontramos frente a lo fantástico. En los cuentos recogidos en este apartado encontramos anécdotas que la lógica no nos ayuda a explicar: en Borges la doble muerte del protagonista; en Fuentes la transformación del idolo en ser humano y en Cortázar la existencia del personaje en dos épocas separadas por el tiempo.*

El hombre que desembarcó en Buenos Aires en 1871 se llamaba Johannes Dahlmann y era pastor de la iglesia evangélica; en 1939, uno de sus nietos, Juan Dahlmann, era secretario de una biblioteca municipal en la calle Córdoba y se sentía hondamente argentino. Su abuelo materno había sido aquel Francisco Flores, del 2 de infantería de línea, que murió en la frontera de Buenos Aires, lanceado por indios de Catriel; en la discordia de sus dos linajes, Juan Dahlmann (tal vez a impulsos de la sangre germánica) eligió el de ese antepasado romántico, o de muerte romántica. Un estuche con el daguerrotipo de un hombre inexpresivo y barbado, una vieja espada, la dicha y el coraje de ciertas músicas, el hábito de estrofas del *Martín Fierro*, los años, el desgano y la soledad, fomentaron ese criollismo algo voluntario, pero nunca ostentoso. A costa de algunas privaciones, Dahlmann había logrado salvar el casco de una estancia en el Sur, que fue de los Flores; una de las costumbres de su memoria era la imagen de los eucaliptos balsámicos y de la larga casa rosada que alguna vez fue carmesí. Las tareas y acaso la indolencia lo retenían en la ciudad. Verano tras verano se contentaba con la idea abstracta de posesión y con la certidumbre de que su casa estaba esperándolo, en un sitio preciso de la llanura. En los últimos días de febrero de 1939, algo le aconteció.

Ciego a las culpas, el destino puede ser despiadado con las mínimas distracciones. Dahlmann había conseguido, esa tarde, un ejemplar descabalado de *las Mil y una Noches* de Weil; ávido de examinar ese hallazgo, no esperó que bajara el ascensor y subió con apuro las escaleras; algo en la oscuridad le rozó la frente ¿un murciélago, un pájaro? En la cara de la mujer que le abrió la puerta vio grabado el horror, y la mano que se pasó

por la frente salió roja de sangre. La arista de un batiente recién pintado que alguien se olvidó de cerrar le había hecho esa herida. Dahlmann logró dormir, pero a la madrugada estaba despierto y desde aquella hora el sabor de todas las cosas fue atroz. La fiebre lo gastó y las ilustraciones de las *Mil y una Noches* sirvieron para decorar pesadillas. Amigos y parientes lo visitaban y con exagerada sonrisa le repetían que lo hallaban muy bien. Dahlmann los oía con una especie de débil estúpido y le maravillaba que no supieran que estaba en el infierno. Ocho días pasaron como ocho siglos. Una tarde, el médico habitual se presentó con un médico nuevo y lo condujeron a un sanatorio de la calle Ecuador, porque era indispensable sacarle una radiografía. Dahlmann, en el coche de plaza que los llevó, pensó que en una habitación que no fuera la suya podría, al fin, dormir. Se sintió feliz y conversador; en cuanto llegó lo desvistieron, le raparon la cabeza, lo sujetaron con metales a una camilla, lo iluminaron hasta la ceguera y el vértigo, lo auscultaron y un hombre enmascarado le clavó una aguja en el brazo. Se despertó con náuseas, vendado, en una celda que tenía algo de pozo y, en los días y noches que siguieron a la operación, pudo entender que apenas había estado, hasta entonces, en un arrabal del infierno. El hielo no dejaba en su boca el menor rastro de frescura. En esos días, Dahlmann minuciosamente se odió: odió su identidad, sus necesidades corporales, su humillación, la barba que le erizaba la cara. Sufrió con estoicismo las curaciones, que eran muy dolorosas, pero cuando el cirujano le dijo que había estado a punto de morir de una septicemia, Dahlmann se echó a llorar, concolido de su destino. Las miserias físicas y la incesante previsión de las malas noches no le habían dejado pensar en algo tan abstracto como la muerte. Otro día, el cirujano le dijo que estaba reponiéndose y que, muy pronto, podría ir a convalecer a la estancia. Increíblemente, el día prometido llegó.

A la realidad le gustan las simetrías y los leves anacronismos; Dahlmann había llegado al sanatorio en un coche de plaza y ahora un coche de plaza lo llevaba a Constitución. La primera fresca del otoño, después de la opresión del verano, era como un símbolo natural de su destino rescatado de la muerte

y la fiebre. La ciudad a las siete de la mañana, no había perdido ese aire de casa vieja que le infunde la noche; las calles eran como largos zaguanes, las plazas como patios. Dahlmann la reconocía con felicidad y con un principio de vértigo; unos segundos antes de que las registraran sus ojos, recordaba las esquinas, las carteleras, las modestas diferencias de Buenos Aires. En la luz amarilla del nuevo día, todas las cosas regresaban a él.

Nadie ignora que el Sur empieza del otro lado de Rivadavia. Dahlmann solía repetir que ello no es una convención y que quien atraviesa esa calle entra en un mundo más antiguo y más firme. Desde el coche buscaba entre la nueva edificación, la ventana de rejas, el llamador, el arco de la puerta, el zaguán, el íntimo patio.

En el *hall* de la estación advirtió que faltaban treinta minutos. Recordó bruscamente que en un café de la calle Brasil (a pocos metros de la casa Yrigoyen) había un enorme gato que se dejaba acariciar por la gente, como una divinidad desdeñosa. Entró. Ahí estaba el gato, dormido. Pidió una taza de café, la endulzó lentamente, la probó (ese placer le había sido vedado en la clínica) y pensó, mientras alisaba el negro pelaje, que aquel contacto era ilusorio y que estaban separados por un cristal, porque el hombre vive en el tiempo, en la sucesión, y el mágico animal, en la actualidad, en la eternidad del instante.

A lo largo del penúltimo andén el tren esperaba. Dahlmann recorrió los vagones, y dio con uno casi vacío. Acomodó en la red la valija; cuando los coches arrancaron, la abrió y sacó, tras alguna vacilación, el primer tomo de las *Mil y una Noches*. Viajar con este libro, tan vinculado a la historia de su desdicha, era una afirmación de que esa desdicha había sido anulada y un desafío alegre y secreto a las frustradas fuerzas del mal.

A los lados del tren, la ciudad se desgarraba en un suburbio; esta visión y luego la de jardines y quintas demoraron el principio de la lectura. La verdad es que Dahlmann leyó poco; la montaña de piedra imán y el genio que ha jurado matar a su bienhechor eran, quién lo niega, maravillosos, pero no mucho más que la mañana y que el hecho de ser. La felicidad lo distraía de Sharazad y de sus milagros superfluos; Dahlmann cerraba el libro y se dejaba simplemente vivir.

El almuerzo (con el caldo servido en boles de metal reluciente, como en los ya remotos veraneos de la niñez) fue otro goce tranquilo y agradecido.

Mañana me despertaré en la estancia, pensaba, y era como si a un tiempo fuera dos hombres: el que avanzaba por el día otoñal y por la geografía de la patria, y el otro, encarcelado en un sanatorio y sujeto a metódicas servidumbres. Vio casas de ladrillo sin revocar, esquinadas y largas, infinitamente mirando pasar los trenes; vio jinetes en los terrosos caminos; vio zanzas y lagunas y haciendas; vio largas nubes luminosas que parecían de mármol, y todas estas cosas eran casuales, como sueños de la llanura. También creyó reconocer árboles y sembrados que no hubiera podido nombrar, porque su directo conocimiento de la campiña era harto inferior a su conocimiento nostálgico y literario.

Alguna vez durmió y en sus sueños estaba el ímpetu del tren. Ya el blanco sol intolerable de las doce del día era el sol amarillo que precede al anochecer y no tardaría en ser rojo. También el coche era distinto; no era el que fue en Constitución, al dejar el andén: la llanura y las horas lo habían atravesado y transfigurado. Afuera la móvil sombra del vagón se alargaba hacia el horizonte. No turbaban la tierra elemental ni poblaciones ni otros signos humanos. Todo era vasto, pero al mismo tiempo era íntimo y, de alguna manera, secreto. En el campo desahogado, a veces no había otra cosa que un toro. La soledad era perfecta y tal vez hostil, y Dahlmann pudo sospechar que viajaba al pasado y no sólo hacia el Sur. De esa conjetura fantástica lo distrajo el inspector, que, al ver su boleto, le advirtió que el tren no lo dejaría en la estación de siempre, sino en otra, un poco anterior y apenas conocida por Dahlmann. (El hombre añadió una explicación que Dahlmann no trató de entender ni siquiera de oír, porque el mecanismo de los hechos no le importaba).

El tren laboriosamente se detuvo, casi en medio del campo. Del otro lado de las vías quedaba la estación, que era poco más que un andén con un cobertizo. Ningún vehículo tenían, pero el jefe opinó que tal vez pudiera conseguir uno en un comercio que le indicó a unas diez, doce cuadras.

Dahlmann aceptó la caminata como una pequeña aventu-

ra. Ya se había hundido el sol, pero un esplendor final exaltaba la viva y silenciosa llanura, antes de que la borrara la noche. Menos para no fatigarse que para hacer durar esas cosas, Dahlmann caminaba despacio, aspirando con grave facilidad el olor del trébol.

El almacén, alguna vez, había sido punzó, pero los años habían mitigado para su bien ese color violento. Algo en su pobre arquitectura le recordó un grabado en acero, acaso de una vieja edición de *Pablo y Virginia*. Atados al palenque había unos caballos. Dahlmann, adentro, creyó reconocer al patrón; luego comprendió que lo había engañado su parecido con uno de los empleados del sanatorio. El hombre, oído el caso, dijo que le haría atar la jardinera; para agregar otro hecho a aquel día y para llenar ese tiempo, Dahlmann resolvió comer en el almacén.

En una mesa comían y bebían ruidosamente unos muchachos, en los que Dahlmann, al principio, no se fijó. En el suelo, apoyado en el matorral, se acurrucaba, inmóvil como una cosa, un hombre muy viejo. Los muchos años lo habían reducido y pulido como las aguas a una piedra o las generaciones de los hombres a una sentencia. Era oscuro, chico y reseco, y estaba, como fuera del tiempo, en una eternidad. Dahlmann registró con satisfacción la vincha, el poncho de bayeta, el largo chiripá y la bofa de potro y se dijo, rememorando inútiles discusiones con gente de los partidos del Norte o con enterrrianos, que gauchos de éstos ya no quedan más que en el Sur.

Dahlmann se acomodó junto a la ventana. La oscuridad fue quedándose con el campo, pero su olor y sus rumores aún le llegaban entre los barrotes de hierro. El patrón le trajo sardinas y después carne asada; Dahlmann las empujó con unos vasos de vino tinto. Ocioso, paladeaba el áspero sabor y dejaba errar la mirada por el local; ya un poco soñolienta. La lámpara de kerosén pendía de uno de los tirantes; los parroquianos de la otra mesa eran tres: dos parecían peones de chacra; otro, de rasgos achinados y torpes, bebía con el chambergo puesto. Dahlmann, de pronto, sintió un leve roce en la cara. Junto al vaso ordinario de vidrio turbio, sobre una de las rayas del mantel, había una bolita de miga. Eso era todo, pero alguien se la había tirado.

Los de la otra mesa parecían ajenos a él. Dahlmann perplejo, decidió que nada había ocurrido y abrió el volumen de las *Mil y una Noches*, como para tapar la realidad. Otra bolita lo alcanzó a los pocos minutos, y esta vez los peones se rieron. Dahlmann se dijo que no estaba asustado, pero que sería un disparate que él, un convaléciente, se dejara arrastra: por desconocidos a una pelea confusa. Resolvió salir; ya estaba de pie cuando el patrón se le acercó y lo exhortó con voz alarmada.

—Señor Dahlmann, no les haga caso a esos mozos, que están medio alegres.

Dahlmann no se extrañó de que el otro ahora lo conociera, pero sintió que estas palabras conciliadoras agravaban, de hecho, la situación. Antes, la provocación de los peones era a una cara accidental, casi a nadie; ahora iba contra él y contra su nombre y lo sabrían los vecinos. Dahlmann hizo a un lado al patrón, se enfrentó con los peones y les preguntó qué andaban buscando.

El compadrito de la cara achinada se paró, tambaleándose. A un paso de Juan Dahlmann, lo injurió a gritos, como si estuviera muy lejos. Jugaba a exagerar su borrachera y esa exageración era una ferocidad y una burla. Entre malas palabras y obscenidades, tiró al aire un largo cuchillo, lo siguió con los ojos, lo barajó, e invitó a Dahlmann a pelear. El patrón objetó con trémula voz que Dahlmann estaba desarmado. En ese punto, algo imprevisible ocurrió.

Desde un rincón, el viejo gaucho extático, en el que Dahlmann vio una cifra del Sur (del Sur que era suyo) le tiró una daga desnuda que vino a caer a sus pies. Era como si el Sur hubiera resuelto que Dahlmann aceptara el duelo. Dahlmann se inclinó a recoger la daga y sintió dos cosas. La primera que ese acto casi instintivo lo comprometía a pelear. La segunda, que el arma en su mano torpe, no serviría para defenderlo, sino para justificar que lo mataran. Alguna vez había jugado con un puñal, como todos los hombres, pero su esgrima no pasaba de una noción de que los golpes deben ir hacia arriba y con el filo para adentro. No hubieran permitido en el sanatorio que me pasaran estas cosas, pensó.

—Vamos saliendo —dijo el otro.

Salieron, y si en Dahlmann no había esperanza, tampoco había temor. Sintió, al atravesar el umbral, que morir en una pelea a cuchillo, a cielo abierto y acometiendo, hubiera sido una liberación para él, una felicidad y una fiesta, en la primera noche del sanatorio, cuando le clavarán la aguja. Sintió que si él, entonces, hubiera podido elegir o soñar su muerte, ésta es la muerte que hubiera elegido o soñado.

Dahlmann empuña con firmeza el cuchillo, que acaso no sabrá manejar, y sale a la llanura.

la casa se ponía callada y a media luz, hasta pisábamos más despacio para no molestarnos. Yo creo que era por eso que de noche, cuando Irene empezaba a soñar en alta voz, me desvelaba en seguida.)

Es casi repetir lo mismo salvo las consecuencias. De noche siento sed, y antes de acostarnos le dije a Irene que iba hasta la cocina a servirme un vaso de agua. Desde la puerta del dormitorio (ella tejía) oí ruido en la cocina; tal vez en la cocina o tal vez en el baño porque el codo del pasillo apagaba el sonido. A Irene le llamó la atención mi brusca manera de detenerme, y vino a mi lado sin decir palabra. Nos quedamos escuchando los ruidos, notando claramente que eran de este lado de la puerta de roble, en la cocina y el baño, o en el pasillo mismo donde empezaba el codo casi al lado nuestro.

No nos miramos siquiera. Apreté el brazo de Irene y la hice correr conmigo hasta la puerta cancel, sin volvernos hacia atrás. Los ruidos se oían más fuerte pero siempre sordos, a espaldas nuestras. Cerré de un golpe la cancel y nos quedamos en el zaguán. Ahora no se oía nada.

—Han tomado esta parte —dijo Irene. El tejido le colgaba de las manos y las hebras iban hasta la cancel y se perdían debajo. Cuando vio que los ojos habían quedado del otro lado, soltó el tejido sin mirarlo.

—¿Tuviste tiempo de traer alguna cosa? —le pregunté inútilmente.

—No, nada.

Estábamos con lo puesto. Me acordé de los quince mil pesos en el armario de mi dormitorio. Ya era tarde ahora.

Como me quedaba el reloj pulsera, vi que eran las once de la noche. Rodeé con mi brazo la cintura de Irene (yo creo que ella estaba llorando) y salimos así a la calle. Antes de alejarnos tuve lástima, cerré bien la puerta de entrada y tiré la llave a la alcantarilla. No fuese que a algún pobre diablo se le ocurriera robar y se metiera en la casa, a esa hora y con la casa tomada.

Hubo un tiempo en que yo pensaba mucho en los axolotl. Iba a verlos al acuario del Jardín des Plantes y me quedaba horas mirándolos, observando su inmovilidad, sus oscuros movimientos. Ahora soy un axolotl.

El azar me llevó hasta ellos una mañana de primavera en que París abría su cola de pavorreal después de la lenta invernada. Bajé por el bulevar de Port-Royal, tomé St. Marcel y L'Hôpital, vi los verdes entre tanto gris y me acordé de los leones. Era amigo de los leones y las panteras, pero nunca había entrado en el húmedo y oscuro edificio de los acuarios. Dejé mi bicicleta contra las rejas y fui a ver los tulipanes. Los leones estaban feos y tristes y mi pantera dormía. Opté por los acuarios, soslayé peces vulgares hasta dar inesperadamente con los axolotl. Me quedé una hora mirándolos y salí, incapaz de otra cosa.

En la biblioteca Sainte-Geneviève consulté un diccionario y supe que los axolotl son formas larvales, provistas de branquias, de una especie de batracios del género amblistoma. Que eran mexicanos lo sabía ya por ellos mismos, por sus pequeños rostros rosados aztecas y el



cartel en lo alto del acuario. Leí que se han encontrado ejemplares en África capaces de vivir en tierra durante los períodos de sequía, y que continúan su vida en el agua al llegar la estación de las lluvias. Encontré su nombre español, ajolote, la mención de que son comestibles y que su aceite se usaba (se diría que no se usa más) como el de hígado de bacalao.

No quise consultar obras especializadas, pero volví al día siguiente al Jardín des Plantes. Empecé a ir todas las mañanas, a veces de mañana y de tarde. El guardián de los acuarios sonreía perplejo al recibir el billete. Me apoyaba en la barra de hierro que bordea los acuarios y me ponía a mirarlos. No hay nada de extraño en esto, porque desde un primer momento comprendí que estábamos vinculados, que algo infinitamente perdido y distante seguía sin embargo uniéndonos. Me había bastado darme cuenta aquella primera mañana ante el cristal donde unas burbujas corrían en el agua. Los axolotl se amontonaban en el mezquino y angosto (sólo yo puedo saber cuán angosto y mezquino) piso de piedra y musgo del acuario. Había nueve ejemplares, y la mayoría apoyaba la cabeza contra el cristal, mirando con sus ojos de oro a los que se acercaban. Turbado, casi avergonzado, sentí como una impudicia asomarme a esas figuras silenciosas e inmóviles aglomeradas en el fondo del acuario. Aislé mentalmente una, situada a la derecha y algo separada de las otras, para estudiarla mejor. Vi un cuerpecito rosado y como translúcido (pensé en las estatuillas chinas de cristal lechoso), semejante a un pequeño lagarto de quince centímetros, terminado en una cola de pez de una delicadeza extraordinaria, la parte más sensible de nuestro cuerpo. Por el lomo corría una aleta transparente que se fusionaba con la cola, pero lo que me obsesionó fueron las patas, de una finura sutilísima, acabadas en menudos dedos, en uñas minuciosamente humanas. Y entonces descubrí sus ojos, su cara. Un rostro inexpresivo, sin otro rasgo que los ojos, dos orificios como cabezas de alfiler, enteramente de un oro transparente, carentes de toda vida pero mirando, dejándose penetrar por mi mirada que parecía pasar a través del punto áureo y perderse en un diáfano

misterio interior. Un delgadísimo halo negro rodeaba el ojo y lo inscribía en la carne rosa, en la piedra rosa de la cabeza vagamente triangular pero con lados curvos e irregulares, que le daban una total semejanza con una estatuilla corroída por el tiempo. La boca estaba disimulada por el plano triangular de la cara, sólo de perfil se adivinaba su tamaño considerable; de frente una fina hendidura rasgaba apenas la piedra sin vida. A ambos lados de la cabeza, donde hubieran debido estar las orejas, le crecían tres ramitas rojas como de coral, una extrerencia vegetal, las branquias, supongo. Y era lo único vivo en él, cada diez o quince segundos las ramitas se enderezaban rígidamente y volvían a bajarse. A veces una pata se movía apenas, yo veía los diminutos dedos posándose con suavidad en el musgo. Es que no nos gusta movernos mucho, y el acuario es tan mezquino; apenas avanzamos un poco nos damos con la cola o la cabeza de otro de nosotros; surgen dificultades, peleas, fatiga. El tiempo se siente menos si nos estamos quietos.

Fue su quietud lo que me hizo inclinarme fascinado la primera vez que vi a los axolotl. Oscuramente me pareció comprender su voluntad secreta, abolir el espacio y el tiempo con una inmovilidad indiferente. Después supe mejor la contacción de las branquias, el tanteo de las finas patas en las piedras, la repentina natación (algunos de ellos nadan con la simple ondulación del cuerpo) me probó que eran capaces de evadirse de ese sopor mineral en que pasaban horas enteras. Sus ojos sobre todo, me obsesionaban. Al lado de ellos, en los restantes acuarios, diversos peces me mostraban la simple estupidez de sus hermosos ojos semejantes a los nuestros. Los ojos de los axolotl me decían de la presencia de una vida diferente, de otra manera de mirar. Pegando mi cara al vidrio (a veces el guardián tosía, inquieto) buscaba ver mejor los diminutos puntos áureos, esa entrada al mundo infinitamente lento y remoto de las criaturas rosadas. Era inútil golpear con el dedo en el cristal, delante de sus caras; jamás se advertía la menor reacción. Los ojos de oro seguían ardiendo con su dulce, terrible luz; seguían mirándome desde una profundidad insondable que me daba vértigo.

Y sin embargo estaban cerca. Lo supe antes de esto, antes de ser un axolotl. Lo supe el día en que me acerqué a ellos por primera vez. Los rasgos antropomórficos de un mono revelan, al revés de lo que cree la mayoría, la distancia que va de ellos a nosotros. La absoluta falta de semejanza de los axolotl con el ser humano me probó que mi reconocimiento era válido, que no me apoyaba en analogías fáciles. Sólo las manecitas... Pero una lagartija tiene también manos así, y en nada se nos parece. Yo creo que era la cabeza de los axolotl, esa forma triangular rosada con los ojillos de oro. Eso miraba y sabía. Eso reclamaba. No eran *animales*.

Parecía fácil, casi obvio, caer en la mitología. Empecé viendo en los axolotl una metamorfosis que no conseguía anular una misteriosa humanidad. Los imaginé conscientes, esclavos de su cuerpo, infinitamente condenados a un silencio abisal, a una reflexión desesperada. Su mirada ciega, el diminuto disco de oro inexpressivo y sin embargo terriblemente lúcido, me penetraba como un mensaje: «Sálvanos, sálvanos.» Me sorprendía musitando palabras de consuelo, transmitiendo pueriles esperanzas. Ellos seguían mirándome, inmóviles; de pronto las ramillas rosadas de las branquias se enderezaban. En ese instante yo sentía como un dolor sordo; tal vez me veían, captaban mi esfuerzo por penetrar en lo impenetrable de sus vidas. No eran seres humanos, pero en ningún animal había encontrado una relación tan profunda conmigo. Los axolotl eran como testigos de algo, y a veces como horribles jueces. Me sentía innoble frente a ellos; había una pureza tan espantosa en esos ojos transparentes. Eran larvas, pero larva quiere decir máscara y también fantasma. Detrás de esas caras aztecas, inexpressivas y sin embargo de una crueldad implacable, ¿qué imagen esperaba su hora?

Les temía. Creo que de no haber sentido la proximidad de otros visitantes y del guardián, no me hubiese atrevido a quedarme solo con ellos. «Usted se los come con los ojos», me decía riendo el guardián, que debía suponerme un poco desequilibrado. No se daba cuenta de que eran ellos los que me devoraban lentamente por los ojos, en

un canibalismo de oro. Lejos del acuario no hacía más que pensar en ellos, era como si me influyeran a distancia. Llegué a ir todos los días, y de noche los imaginaba inmóviles en la oscuridad, adelantando lentamente una mano que de pronto encontraba la de otro. Acaso sus ojos veían en plena noche, y el día continuaba por ellos indefinidamente. Los ojos de los axolotl no tienen párpados.

Ahora sé que no hubo nada de extraño, que eso tenía que ocurrir. Cada mañana, al inclinarme sobre el acuario, el reconocimiento era mayor. Sufrían, cada fibra de mi cuerpo alcanzaba ese sufrimiento amordazado, esa tortura rígida en el fondo del agua. Espiaban algo, un remoto señorio aniquilado, un tiempo de libertad en que el mundo había sido de los axolotl. No era posible que una expresión tan terrible que alcanzaba a vencer la inexpressividad forzada de sus rostros de piedra, no portara un mensaje de dolor, la prueba de esa condena eterna, de ese infierno líquido que padecían. Inútilmente quería probarme que mi propia sensibilidad proyectaba en los axolotl una conciencia inexistente. Ellos y yo sabíamos. Por eso no hubo nada de extraño en lo que ocurrió. Mi cara estaba pegada al vidrio del acuario, mis ojos trataban una vez más de penetrar el misterio de esos ojos de oro sin iris y sin pupila. Veía de muy cerca la cara de un axolotl inmóvil junto al vidrio. Sin transición, sin sorpresa, vi mi cara contra el vidrio, en vez del axolotl vi mi cara contra el vidrio, la vi fuera del acuario, la vi del otro lado del vidrio. Entonces mi cara se apartó y yo comprendí.

Sólo una cosa era extraña: seguir pensando como antes, saber. Darle cuenta de eso fue en el primer momento como el horror del enterrado vivo que despierta a su destino. Afuera, mi cara volvía a acercarse al vidrio, veía mi boca de labios apretados por el esfuerzo de comprender a los axolotl. Yo era un axolotl y sabía ahora instantáneamente que ninguna comprensión era posible. El estaba fuera del acuario, su pensamiento era un pensamiento fuera del acuario. Conociéndolo, siendo él mismo, yo era un axolotl y estaba en mi mundo. El horror venía —lo supe en el mismo momento— de crearme prisionero en un cuerpo de axolotl, transmigrado a él con mi pensa-

miento de hombre, enterrado vivo en un axolotl, condenado a moverme lúcidamente entre criaturas insensibles. Pero aquello cesó cuando una pata vino a rozarme la cara, cuando moviéndome apenas a un lado vi a un axolotl junto a mí que me miraba, y supe que también él sabía, sin comunicación posible pero tan claramente. C y estaba también en él, o todos nosotros pensábamos como un hombre, incapaces de expresión, limitados al resplandor dorado de nuestros ojos que miraban la cara del hombre pegada al acuario.

El volvió muchas veces, pero viene menos ahora. Pasa semanas sin asomarse. Ayer lo vi, me miró largo rato y se fue bruscamente. Me pareció que no se interesaba tanto por nosotros, que obedecía a una costumbre. Como lo único que hago es pensar, pude pensar mucho en él. Se me ocurre que al principio continuamos comunicados, que él se sentía más que nunca unido al misterio que lo obsesionaba. Pero los puentes están cortados entre él y yo, porque lo que era su obsesión es ahora un axolotl, ajeno a su vida de hombre. Creo que al principio yo era capaz de volver en cierto modo a él —ah, sólo en cierto modo— y mantener alerta su deseo de conocernos mejor. Ahora soy definitivamente un axolotl, y si pienso como un hombre es sólo porque todo axolotl piensa como un hombre dentro de su imagen de piedra rosa. Me parece que de todo esto alcancé a comunicarle algo en los primeros días, cuando yo era todavía él. Y en esta soledad final, a la que él ya no vuelve, me consuela pensar que acaso va a escribir sobre nosotros, creyendo imaginar un cuento va a escribir todo esto sobre los axolotl.

En su casa no le decían nada, pero cada vez le extrañaba más que no se hubiesen dado cuenta. Al principio podía pasar inadvertido y él mismo pensaba que la alucinación o lo que fuera no iba a durar mucho; pero ahora que ya caminaba metido en la tierra hasta los codos no podía ser que sus padres y sus hermanas no lo vieran y tomaran alguna decisión. Ciertamente que hasta entonces no había tenido la menor dificultad para moverse, y aunque eso parecía lo más extraño de todo, en el fondo lo que a él lo dejaba pensativo era que sus padres y sus hermanas no se dieran cuenta de que andaba por todos lados metido hasta los codos en la tierra.

Monótono que, como casi siempre, las cosas sucedieran progresivamente, de menos a más. Un día había tenido la impresión de que al cruzar el patio iba llevándose algo por delante, muy suavemente, como quien empuja unos algodones. Al mirar con atención descubrió que los cordones de los zapatos sobresalían apenas del nivel de las baldosas. Se quedó tan asombrado que no pudo ni hablar ni decirse a nadie, temeroso de hundirse bruscamente

\* Reproducido con autorización de «Siglo XXI, S. A.», México.

del todo, preguntándose si a lo mejor el patio se habría ablandado a fuerza de lavarlos, porque su madre lo lavaba todas las mañanas y a veces hasta por la tarde. Después se animó a sacar un pie y a dar cautelosamente un paso; todo anduvo bien, salvo que el zapato volvió a meterse en las baldosas hasta el moño de los cordones. Dio varios pasos más y al final se encogió de hombros y fue hasta la esquina a comprar *La Razón* porque quería leer la crónica de una película.

En general, evitaba la exageración, y quizás al final hubiera podido acostumbrarse a caminar así, pero unos días después dejó de ver los cordones de los zapatos, y un domingo ni siquiera descubrió la botamanga de los pantalones. A partir de entonces, la única manera de cambiarse de zapatos y de medias consistió en sentarse en una silla y levantar la pierna hasta apoyar el pie: en otra silla o en el borde de la cama. Así conseguía lavarse y cambiarse, pero apenas se movía de pie volvía a enterrarse hasta los tobillos y de esa manera andaba por todas partes, incluso en las escaleras de la oficina y los andenes de la estación Retiro. Ya en esos primeros tiempos no se animaba a preguntarle a su familia, y ni siquiera a un desconocido de la calle, si le notaban alguna cosa rara; a nadie le gusta que lo miren furtivamente y después piensen que está loco. Parecía obvio que sólo él notaba cómo se iba hundiendo cada vez más, pero lo insoportable (y por eso mismo lo más difícil de decirle a otro) era admitir que hubiera más testigos de esa lenta sumersión. Las primeras horas en que había podido analizar despacio lo que le estaba sucediendo, a salvo en su cama, las dedicó a asombrarse de esa inconcebible alienación frente a su madre, su novia y sus hermanas. Su novia, por ejemplo, ¿cómo no se daba cuenta por la presión de su mano en el codo que él tenía varios centímetros menos de estatura? Ahora estaba obligado a empinarse para besarla cuando se despedían en una esquina, y en ese momento en que sus pies se enderezaban sentía palpablemente que se hundía un poco más, que resbalaba más fácilmente hacia lo hondo, y por eso la besaba lo menos posible y se despedía con una frase amable y liviana que la desconcertaba un poco;

acabó por admitir que su novia debía ser muy tonta para no quedarse de una pieza y protestar por ese frívolo tratamiento. En cuanto a sus hermanas, que nunca lo habían querido, tenían una oportunidad única para humillarlo ahora que apenas les llegaba al hombro, y sin embargo seguían tratándolo con esa irónica amabilidad que siempre habían creído tan espiritual. Nunca pensó demasiado en la ceguera de sus padres porque de alguna manera siempre habían estado ciegos para con sus hijos, pero el resto de la familia, los colegas, Buenos Aires, seguían ahí y lo veían. Pensó lógicamente que todo era ilógico, y la consecuencia rigurosa fue una chapa de bronce en la calle Serrano y un médico que le examinó las piernas y la lengua, lo xilofonó con su martillito de goma y le hizo una broma sobre unos pelos que tenía en la espalda. En la camilla todo era normal, pero el problema recomenzaba al bajarse; se lo dijo, se lo repitió. Como si descendiera, el médico se agachó para palparle los tobillos bajo tierra; el piso de parquet debía ser transparente e intangible para él porque no sólo le exploró los tendones y las articulaciones sino que hasta le hizo cosquillas en el empeine. Le pidió que se acostara otra vez en la camilla y le auscultó el corazón y los pulmones; era un médico caro y desde luego empleó concienzudamente una buena media hora antes de darle una receta con calmantes y el consabido consejo de cambiar de aire por un tiempo. También le cambió un billete de diez mil pesos por seis de mil.

Después de cosas así no le quedaba otro camino que seguir aguantándose, ir al trabajo todas las mañanas y empinarse desesperadamente para alcanzar los labios de su novia y el sombrero en la percha de la oficina. Dos semanas más tarde ya estaba metido en la tierra hasta las rodillas, y una mañana, al bajarse de la cama, sintió de nuevo como si estuviera empujando suavemente unos algodones, pero ahora los empujaba con las manos y se dio cuenta de que la tierra le llegaba hasta la mitad de los muslos. Ni siquiera entonces pudo notar nada raro en la cara de sus padres o de sus hermanas, aunque hacía tiempo que los observaba para sorprenderlos en plena hipocresía. Una vez le había parecido que una de sus

hermanas se agachaba un poco para devolverle el frío beso en la mejilla que cambiaban al levantarse, y sospechó que habían descubierto la verdad y que disimulaban. No era así; tuvo que seguir empujándose cada vez más hasta el día en que la tierra le llegó a las rodillas, y entonces dijo algo sobre la tontería de esos saludos bucales que no pasaban de reminiscencias de salvajes, y se limitó a los buenos días acompañados de una sonrisa. Con su novia hizo algo peor, consiguió arrastrarla a un hotel y allí, después de ganar en veinte minutos una batalla contra dos mil años de virtud, la besó interminablemente hasta el momento de volver a vestirse; la fórmula era perfecta y ella no pareció reparar en que él se mantenía distante en los intervalos. Renunció al sombrero para no tener que colgarlo en la percha de la oficina; fue hallando una solución para cada problema, modificándolas a medida que seguía hundiéndose en la tierra, pero cuando le llegó a los codos sintió que había agotado sus recursos y que de alguna manera sería necesario pedir auxilio a alguien.

Llevaba ya una semana en cama fingiendo una gripe; había conseguido que su madre se ocupara todo el tiempo de él y que sus hermanas le instalaran el televisor a los pies de la cama. El cuarto de baño estaba al lado, pero por las dudas sólo se levantaba cuando no había nadie cerca; después de esos días en que la cama, balsa de naufragos, lo mantenía enteramente a flote, le hubiera resultado más inconcebible que nunca ver entrar a su padre y que no se diera cuenta de que apenas le asomaba el tronco del piso y que para llegar al vaso donde se ponían los cepillos de los dientes tenía que encaramarse al bidé o al inodoro. Por eso se quedaba en cama cuando sabía que iba a entrar alguien, y desde ahí telefonaba a su novia para tranquilizarla. Imaginaba de a ratos, como en una ilusión infantil, un sistema de camas comunicantes que le permitieran pasar de la suya a esa otra donde lo esperaba su novia, y de ahí a una cama en la oficina y otra en el cine y en el café, un puente de camas por encima de la tierra de Buenos Aires. Nunca se hundiría del todo en esa tierra mientras con ayuda de las manos pudiera treparse a una cama y simular una bronquitis.

Esa noche tuvo una pesadilla y se despertó gritando con la boca llena de tierra; no era tierra, apenas saliva y mal gusto y espanto. En la oscuridad pensó que si se quedaba en la cama podría seguir creyendo que eso no había sido más que una pesadilla, pero que bastaría ceder por un solo segundo a la sospecha de que en plena noche se había levantado para ir al baño y se había hundido hasta el cuello en el piso, para que ni siquiera la cama pudiera protegerlo de lo que iba a venir. Se convenció poco a poco de que había soñado porque en realidad era así, había soñado que se levantaba en la oscuridad, y sin embargo cuando tuvo que ir al baño esperó a estar solo y se pasó a una silla, de la silla a un taburete, desde el taburete adelantó la silla, y así alternando llegó al baño y se volvió a la cama; daba por supuesto que cuando se olvidara de la pesadilla podría levantarse otra vez, y que hundirse tan sólo hasta la cintura sería casi agradable por comparación con lo que acababa de soñar.

Al día siguiente se vio obligado a hacer la prueba porque no podía seguir faltando a la oficina. Desde luego el sueño había sido una exageración puesto que en ningún momento le entró tierra en la boca, el contacto no pasaba de la misma sensación algodonosa del comienzo y el único cambio importante lo percibían sus ojos casi al nivel del piso: descubrió a muy corta distancia una escupidera, sus zapatillas rojas y una pequeña cucaracha que lo observaba con una atención que jamás le habían dedicado sus hermanas o su novia. Lavarse los dientes, afeitarse, fueron operaciones arduas porque el solo hecho de alcanzar el borde del bidé y trepar a fuerza de brazos lo dejó extenuado. En su casa el desayuno se tomaba colectivamente, pero por suerte su silla tenía dos barrotes que le sirvieron de apoyo para encaramarse lo más rápidamente posible. Sus hermanas leían *Clarín* con la atención propia de todo lector de tan patriótico matutino, pero su madre lo miró un momento y lo encontró un poco pálido por los días de cama y la falta de aire puro. Su padre le dijo que era la misma de siempre y que lo echaba a perder con sus mimos; todo el mundo estaba de buen humor porque el nuevo gobierno que tenían ese mes

había anunciado aumentos de sueldos y reajustes de las jubilaciones. «Comprate un traje nuevo —ir aconsejó la madre—, total podés renovar el crédito ahora que van a aumentar los sueldos.» Sus hermanas ya habían decidido cambiar la heladora y el televisor; se fijó en que había dos mermeladas diferentes en la mesa. Se iba distraendo con esas noticias y esas observaciones, y cuando todos se levantaron para ir a sus empleos él estaba todavía en la etapa anterior a la pesadilla, acostumbrado a hundirse solamente hasta la cintura; de golpe vio muy cerca los zapatos de su padre que pasaban rozándole la cabeza y salían al patio. Se refugió debajo de la mesa para evitar las sandalias de una de sus hermanas que levantaba el mantel, y trató de serenarse. «¿Se te cayó algo?», le preguntó su madre. «Los cigarrillos», dijo él, alejándose lo más posible de las sandalias y las zapatillas que seguían dando vueltas alrededor de la mesa. En el patio había hormigas, hojas de malvón y un pedazo de vidrio que estuvo a punto de cortarle la mejilla; se volvió rápidamente a su cuarto y se trepó a la cama justo cuando sonaba el teléfono. Era su novia que preguntaba si seguía bien y si se encontrarían esa tarde. Estaba tan perturbado que no pudo ordenar sus ideas a tiempo y cuando acordó ya la había citado a las seis en la esquina de siempre, para ir al cine o al hotel según les pareciera en el momento. Se tapó la cabeza con la almohada y se durmió; ni siquiera él se escuchó llorar en sueños.

A las seis menos cuarto se vistió sentado al borde de la cama, y aprovechando que no había nadie a la vista cruzó el patio lo más lejos posible de donde dormía el gato. Cuando estuvo en la calle le costó hacerse a la idea de que los innumerables pares de zapatos que le pasaban a la altura de los ojos no iban a golpearlo y a pisotearlo, puesto que para los dueños de esos zapatos él no parecía estar allí donde estaba; por eso las primeras cuerdas fueron un zigzag permanente, un esquivar de zapatos de mujer, los más peligrosos por las puntas y los tacos; después se dio cuenta de que podía caminar sin preocuparse tanto, y llegó a la esquina antes que su novia. Le dolía el cuello de tanto alzar la cabeza para distinguir

algo más que los zapatos de los transeúntes, y al final el dolor se convirtió en un calambre tan agudo que tuvo que renunciar. Por suerte conocía bien los diferentes zapatos y sandalias de su novia, porque entre otras cosas la había ayudado muchas veces a quitárselos, de modo que cuando vio venir los zapatos verdes no tuvo más que sonreír y escuchar atentamente lo que fuera ella a decirle para responder a su vez con la mayor naturalidad posible. Pero su novia no decía nada esa tarde, cosa bien extraña en ella; los zapatos verdes se habían inmovilizado a medio metro de sus ojos y aunque no sabía por qué tuvo la impresión de que su novia estaba como esperando; en todo caso el zapato derecho se había movido un poco hacia adentro mientras el otro sostenía el peso del cuerpo; después hubo un cambio, el zapato derecho se abrió hacia afuera mientras el izquierdo se afirmaba en el suelo. «Qué calor ha hecho todo el día», dijo él para abrir la conversación. Su novia no le contestó, y quizá por eso sólo en ese momento, mientras esperaba una respuesta trivial como su frase, se dio cuenta del silencio. Todo el bullicio de la calle, de los tacos golpeando en las baldosas hasta un segundo antes: de golpe nada. Se quedó esperando un poco y los zapatos verdes avanzaron acordemente y volvieron a inmovilizarse; las suelas estaban ligeramente gastadas, su pobre novia tenía un empleo mal remunerado. Enternecido, queriendo hacer algo que le probara su cariño, rascó con dos dedos la suela más estropeada, la del zapato izquierdo; su novia no se movió, como si siquiera esperando absurdamente su llegada. Debía ser el silencio que le daba la impresión de estirar el tiempo, de volverlo interminable, y a la vez el cansancio de sus ojos tan pegados a las cosas iba como alejando las imágenes. Con un dolor insoportable pudo todavía alzar la cabeza para buscar el rostro de su novia, pero sólo vio las suelas de los zapatos a tal distancia que ya ni siquiera se notaban las imperfecciones. Estiró un brazo y luego el otro, tratando de acariciar esas suelas que tanto decían de la existencia de su pobre novia; con la mano izquierda alcanzó a rozarlas; pero ya la derecha no llegaba, y después ninguna de las dos. Y ella, por supuesto, seguía esperando.

## CONTINUIDAD DE LOS PARQUES

Había empezado a leer la novela unos días antes. La abandonó por negocios urgentes, volvió a abrirla cuando regresaba en tren a la finca; se dejaba interesar lentamente por la trama, por el dibujo de los personajes. Esa tarde, después de escribir una carta a su apoderado y discutir con el mayordomo una cuestión de aparcerías, volvió al libro en la tranquilidad del estudio que miraba hacia el parque de los robles. Arrellanado en su sillón favorito, de espaldas a la puerta que lo hubiera molestado como una irritante posibilidad de intrusiones, dejó que su mano izquierda acariciara una y otra vez el terciopelo verde y se puso a leer los últimos capítulos. Su memoria retenía sin esfuerzo los nombres y las imágenes de los protagonistas; la ilusión novelesca lo ganó casi en seguida. Gozaba del placer casi perverso de irse desgajando línea a línea de lo que lo rodeaba, y sentir a la vez que su cabeza descansaba cómodamente en el terciopelo del alto respaldo, que los cigarrillos seguían al alcance de la mano, que más allá de los ventanales danzaba el aire del atardecer bajo los robles. Palabra a palabra, absorbido por la sórdida disyuntiva de los héroes, dejándose ir hacia las imágenes que se concertaban y adquirían color y movimiento, fue testigo del último encuentro en la cabaña del monte. Primero entraba la mujer, recelosa; ahora llegaba el amante, lastimada la cara por el chicotazo de una rama. Admirablemente restañaba ella la sangre con sus besos, pero él rechazaba las caricias, no había venido para repetir las ceremonias de una pasión secreta, protegida por un mundo

de hojas secas y senderos furtivos. El puñal se entibiaba contra su pecho, y debajo latía la libertad agazapada. Un diálogo anhelante corría por las páginas como un arroyo de serpientes, y se sentía que todo estaba decidido desde siempre. Hasta esas caricias que enredaban el cuerpo del amante como queriendo retenerlo y disuadirlo, dibujaban abominablemente la figura de otro cuerpo que era necesario destruir. Nada había sido olvidado: coartadas, azares, posibles errores. A partir de esa hora cada instante tenía su empleo minuciosamente atribuido. El doble repaso despiadado se interrumpía apenas para que una mano acariciara una mejilla. Empezaba a anochecer.

Sin mirarse ya, atados rigidamente a la tarea que los esperaba, se separaron en la puerta de la cabaña. Ella debía seguir por la senda que iba al norte. Desde la senda opuesta él se volvió un instante para verla correr con el pelo suelto. Corrió a su vez, parapetándose en los árboles y los setos, hasta distinguir en la bruma malva del crepúsculo la alameda que llevaba a la casa. Los perros no debían ladrar, y no ladraron. El mayordomo no estaría a esa hora, y no estaba. Subió los tres peldaños del porche y entró. Desde la sangre galopando en sus oídos le llegaban las palabras de la mujer: primero una sala azul, después una galería, una escalera alfombrada. En lo alto, dos puertas. Nadie en la primera habitación, nadie en la segunda. La puerta del salón, y entonces el puñal en la mano, la luz de los ventanales, el alto respaldo de un sillón de terciopelo verde, la cabeza del hombre en el sillón leyendo una novela.

## NO SE CULPE A NADIE

El frío complica siempre las cosas, en verano se está tan cerca del mundo, tan piel contra piel, pero ahora a las seis y media su mujer lo espera en una tienda para elegir un regalo de casamiento, ya es tarde y se da cuenta de que hace fresco, hay que ponerse el pulóver azul, cualquier cosa que vaya bien con el traje gris, el otoño es un ponerse y sacarse pulóveres, irse encerrando, alejando. Sin ganas silba un tango mientras se aparta de la ventana abierta, busca el pulóver en el armario y empieza a ponérselo delante del espejo. No es fácil, a lo mejor por culpa de la carnisa que se adhiere a la lana del pulóver, pero le cuesta hacer pasar el brazo, poco a poco va avanzando la mano hasta que al fin asoma un dedo fuera del puño de lana azul, pero a la luz del atardecer el dedo tiene un aire como de arrugado y metido para adentro, con una uña negra terminada en punta. De un tirón se arranca la manga del pulóver y se mira la mano como si no fuese suya, pero ahora que está fuera del pulóver se ve que es su mano de siempre y él la deja caer al extremo del brazo flojo y se le ocurre que lo mejor será meter el otro brazo en la otra manga a ver si así resulta más sencillo. Parecería que no lo es porque apenas la lana del pulóver se ha pegado otra vez a la tela de la camisa, la falta de costumbre de empezar por la otra manga dificulta todavía más la operación, y aunque se ha puesto a silbar de nuevo para distraerse siente que la mano avanza apenas y que sin alguna maniobra complementaria no conseguirá hacerla llegar nunca a la salida. Mejor todo al



O yo estaba también en él, o todos nosotros pensábamos como un hombre, incapaces de expresión, limitados al resplandor dorado de nuestros ojos que miraban la cara del hombre pegada al acuario.

El volvió muchas veces, pero viene menos ahora. Pasa semanas sin asomarse. Ayer lo vi, me miró largo rato y se fue bruscamente. Me pareció que no se interesaba tanto por nosotros, que obedecía a una costumbre. Como lo único que hago es pensar, pude pensar mucho en él. Se me ocurre que al principio continuamos comunicados, que él se sentía más que nunca unido al misterio que lo obsesionaba. Pero los puentes están cortados entre él y yo, porque lo que era su obsesión es ahora un axolotl, ajeno a su vida de hombre. Creo que al principio yo era capaz de volver en cierto modo a él —ah, sólo en cierto modo— y mantener alerta su deseo de conocernos mejor. Ahora soy definitivamente un axolotl, y si pienso como un hombre es sólo porque todo axolotl piensa como un hombre dentro de su imagen de piedra rosa. Me parece que de todo esto alcancé a comunicarle algo en los primeros días, cuando yo era todavía él. Y en esta soledad final, a la que él ya no vuelve, me consuela pensar que acaso va a escribir sobre nosotros, creyendo imaginar un cuento va a escribir todo esto sobre los axolotl.

## LA NOCHE BOCA ARRIBA

Y salían en ciertas épocas a cazar enemigos; le llamaban la guerra florida.

A mitad del largo zaguán del hotel pensó que debía ser tarde, y se apuró a salir a la calle y sacar la motocicleta del rincón donde el portero de al lado le permitía guardarla. En la joyería de la esquina vio que eran las nueve menos diez; llegaría con tiempo sobrado adonde iba. El sol se filtraba entre los altos edificios del centro, y él —porque para sí mismo, para ir pensando, no tenía nombre— montó en la máquina saboreando el paseo. La moto ronroneaba entre sus piernas, y un viento fresco le chicleaba los pantalones.

Dejó pasar los ministerios (el rosa, el blanco) y la serie de comercios con brillantes vitrinas de la calle Central. Ahora entraba en la parte más agradable del trayecto, el verdadero paseo: una calle larga, bordeada de árboles, con poco tráfico y amplias villas que dejaban venir los jardines hasta las aceras, apenas demarcadas por setos bajos. Quizá algo distraído, pero corriendo sobre la derecha como correspondía, se dejó llevar por la tersura, por la leve crispación de ese día apenas empezado. Tal vez su involuntario relajamiento le impidió prevenir el accidente. Cuando vio que la mujer parada en la esquina se lanzaba a la calzada a pesar de las luces verdes, ya era tarde para las soluciones fáciles. Frenó con el pie y la mano, desviándose a la izquierda; oyó el grito de la mujer, y junto con

el choque perdió la visión. Fue como dormirse de golpe.

Volvió bruscamente del desmayo. Cuatro o cinco hombres jóvenes lo estaban sacando de debajo de la moto. Sentía gusto a sal y sangre, le dolía una rodilla, y cuando lo alzaron gritó, porque no podía soportar la presión en el brazo derecho. Voces que no parecían pertenecer a las caras suspendidas sobre él, lo alentaban con bromas y seguridades. Su único alivio fue oír la confirmación de que había estado en su derecho al cruzar la esquina. Preguntó por la mujer, tratando de dominar la náusea que le ganaba la garganta. Mientras lo llevaban boca arriba hasta una farmacia próxima, supo que la causante del accidente no tenía más que rasguños en las piernas. «Usted la agarró apenas, pero el golpe le hizo saltar la máquina de costado...» Opiniones, recuerdos, despacio, éntrenlo de espaldas, así va bien, y alguien con guardapolvo dándole a beber un trago que lo alivió en la penumbra de una pequeña farmacia de barrio.

La ambulancia policial llegó a los cinco minutos, y lo subieron a una camilla blanda donde pudo tenderse a gusto. Con toda lucidez, pero sabiendo que estaba bajo los efectos de un shock terrible, dio sus señas al policía que lo acompañaba. El brazo casi no le dolía; de una cortadura en la ceja goteaba sangre por toda la cara. Una o dos veces se lamio los labios para beberla. Se sentía bien, era un accidente, mala suerte; unas semanas quieto y nada más. El vigilante le dijo que la motocicleta no parecía muy estropeada. «Natural», dijo él. «Como que me la ligué encima...» Los dos se rieron, y el vigilante le dio la mano al llegar al hospital y le deseó buena suerte. Ya la náusea volvía poco a poco; mientras lo llevaban en una camilla de ruedas hasta un pabellón del fondo, pasando bajo árboles llenos de pájaros, cerró los ojos y deseó estar dormido o cloroformado. Pero lo tuvieron largo rato en una pieza con olor a hospital, llenando una ficha, quitándole la ropa y vistiéndolo con una camisa grisácea y dura. Le movían cuidadosamente el brazo, sin que le doliera. Las enfermeras bromeaban todo el tiempo, y si no hubiera sido por las contracciones del estómago se habría sentido muy bien, casi contento.

Lo llevaron a la sala de radio, y veinte minutos después, con la placa todavía húmeda puesta sobre el pecho como una lápida negra, pasó a la sala de operaciones. Alguien de blanco, alto y delgado, se le acercó y se puso a mirar la radiografía. Manos de mujer le acomodaron la cabeza, sintió que lo pasaban de una camilla a otra. El hombre de blanco se le acercó otra vez, sonriendo, con algo que le brillaba en la mano derecha. Le palmeó la mejilla e hizo una seña a alguien parado atrás.

Como sueño era curioso porque estaba lleno de olores y él nunca soñaba olores. Primero un olor a pantano, ya que a la izquierda de la calzada empezaban las marismas, los tembladerales de donde no volvía nadie. Pero el olor cesó, y en cambio vino una fragancia compuesta y oscura como la noche en que se movía huyendo de los aztecas. Y todo era tan natural, tenía que huir de los aztecas que andaban a caza de hombre, y su única probabilidad era la de esconderse en lo más denso de la selva, cuidando de no apartarse de la estrecha calzada que sólo ellos, los motecas, conocían.

Lo que más lo turmentaba era el olor, como si aun en la absoluta aceptación del sueño algo se rebelara contra eso que no era habitual, que hasta entonces no había participado del juego. «Huele a guerra», pensó, tocando instintivamente el puñal de piedra atravesado en su ceñidor de lana tejida. Un sonido inesperado lo hizo agacharse y quedar inmóvil, temblando. Tener miedo no era extraño, en sus sueños abundaba el miedo. Esperó, tapado por las ramas de un arbusto y la noche sin estrellas. Muy lejos probablemente del otro lado del gran lago, debían estar ardiendo fuegos de vivac; un resplandor rojizo teñía esa parte del cielo. El sonido no se repitió. Había sido como una rama quebrada. Tal vez un animal que escapaba como él del olor de la guerra. Se enderezó despacio, venteando. No se oía nada, pero el miedo seguía allí como el olor, ese incienso dulzón de la guerra florida. Había que seguir, llegar al corazón de la selva evitando las ciénagas. A tientas, agachándose a cada instante para tocar el suelo

más duro de la calzada, dio algunos pasos. Hubiera querido echar a correr, pero los tembladerales palpitaban a su lado. En el sendero en tinieblas, buscó el rumbo. Entonces sintió una bocanada horrible del olor que más temía, y saltó desesperado hacia adelante.

—Se va a caer de la cama —dijo el enfermo de al lado—. No brinque tanto, amigazo.

Abrió los ojos y era de tarde, con el sol ya bajo en los ventanales de la larga sala. Mientras trataba de sonreír a su vecino, se despegó casi físicamente de la última visión de la pesadilla. El brazo, enyesado, colgaba de un aparato con pesas y poleas. Sintió sed, como si hubiera estado corriendo kilómetros, pero no querían darle mucha agua, apenas para mojarle los labios y hacer un buche. La fiebre lo iba ganando despacio y hubiera podido dormirse otra vez, pero saboreaba el placer de quedarse despierto, entornados los ojos, escuchando el diálogo de los otros enfermos, respondiendo de cuando en cuando a alguna pregunta. Vio llegar un carrito blanco que pusieron al lado de su cama, una enfermera rubia le frotó con alcohol la cara anterior del muslo y le clavó una gruesa aguja conectada con un tubo que subía hasta un frasco lleno de líquido opalino. Un médico joven vino con un aparato de metal y cuero que le ajustó al brazo sano para verificar alguna cosa. Caía la noche, y la fiebre lo iba arrastrando blandamente a un estado donde las cosas tenían un relieve como de gemelos de teatro, eran reales y dulces y a la vez ligeramente repugnantes; como estar viendo una película aburrida y pensar que sin embargo en la calle es peor; y quedarse.

Vino una taza de maravilloso caldo de oro oliendo a puerro, a apio, a perejil. Un trocito de pan, más precioso que todo un banquete, se fue desmigajando poco a poco. El brazo no le dolía nada y solamente en la ceja, donde le habían suturado, chirriaba a veces una punzada caliente y rápida. Cuando los ventanales de enfrente viraron a manchas de un azul oscuro, pensó que no le iba a ser difícil dormirse. Un poco incómodo, de espaldas, pero al pasarse la lengua por los labios resecos y calientes sintió el sabor del caldo, y suspiró de felicidad, abandonándose.

Primero fue una confusión, un atraer hacia sí todas las sensaciones por un instante embotadas o confundidas. Comprendía que estaba corriendo en plena oscuridad, aunque arriba el cielo cruzado de copas de árboles era menos negro que el resto. «La calzada», pensó. «Me salí de la calzada.» Sus pies se hundían en un colchón de hojas y barro, y ya no podía dar un paso sin que las ramas de los arbustos le azotaran el torso y las piernas. Jadeante, sabiéndose acorralado a pesar de la oscuridad y el silencio, se agachó para escuchar. Tal vez la calzada estaba cerca, con la primera luz del día iba a verla otra vez. Nada podía ayudarlo ahora a encontrarla. La mano que sin saberlo él aferraba el mango del puñal, subió como el escorpión de los pantanos hasta su cuello, donde colgaba el amuleto protector. Moviendo apenas los labios musitó la plegaria del maíz que trae las lunas felices, y la súplica a la Muy Alta, a la dispensadora de los bienes motecas. Pero sentía al mismo tiempo que los tobillos se le estaban hundiendo despacio en el barro, y la espera en la oscuridad del chaparral desconocido se le hacía insoportable. La guerra florida había empezado con la luna y llevaba ya tres días y tres noches. Si conseguía refugiarse en lo profundo de la selva, abandonando la calzada más allá de la región de las ciénagas, quizá los guerreros no le siguieran el rastro. Pensó en los muchos prisioneros que ya habrían hecho. Pero la cantidad no contaba, sino el tiempo sagrado. La caza continuaría hasta que los sacerdotes dieran la señal del regreso. Todo tenía su número y su fin, y él estaba dentro del tiempo sagrado, del otro lado de los cazadores.

Oyó los gritos y se enderezó de un salto, puñal en mano. Como si el cielo se incendiara en el horizonte, vio antorchas moviéndose entre las ramas, muy cerca. El olor a guerra era insoportable, y cuando el primer enemigo le saltó al cuello casi sintió placer en hundirle la hoja de piedra en pleno pecho. Ya lo rodeaban las luces, los gritos alegres. Alcanzó a cortar el aire una o dos veces, y entonces una soga lo atrapó desde atrás.

—Es la fiebre —dijo el de la cama de al lado—. A

mí me pasaba igual cuando me operé del duodeno. Tome agua y va a ver que duerme bien.

Al lado de la noche de donde volvía, la penumbra tibia de la sala le pareció deliciosa. Una lámpara violeta velaba en lo alto de la pared del fondo como un ojo protector. Se oía toser, respirar fuerte, a veces un diálogo en voz baja. Todo era grato y seguro, sin ese acoso, sin... Pero no quería seguir pensando en la pesadilla. Había tantas cosas en qué entretenerse. Se puso a mirar el yeso del brazo, las poleas que tan cómodamente se lo sostenían en el aire. Le habían puesto una botella de agua mineral en la mesa de noche. Bebió del gollete, golosamente. Distinguía ahora las formas de la sala, las treinta camas, los armarios con vitrinas. Ya no debía tener tanta fiebre, sentía fresca la cara. La ceja le dolía apenas, como un recuerdo. Se vio otra vez saliendo del hotel, sacando la moto. ¿Quién hubiera pensado que la cosa iba a acabar así? Tratava de fijar el momento del accidente, y le dio rabia advertir que había ahí como un hueco, un vacío que no alcanzaba a rellenar. Entre el choque y el momento en que lo habían levantado del suelo, un desmayo o lo que fuera no le dejaba ver nada. Y al mismo tiempo tenía la sensación de que ese hueco, esa nada, había durado una eternidad. No, ni siquiera tiempo, más bien como si en ese hueco él hubiera pasado a través de algo o recorrido distancias inmensas. El choque, el golpe brutal contra el pavimento. De todas maneras al salir del pozo negro había sentido casi un alivio mientras los hombres lo alzaban del suelo. Con el dolor del brazo roto, la sangre de la ceja partida, la contusión en la rodilla; con todo eso, un alivio al volver al día y sentirse sostenido y auxiliado. Y era raro. Le preguntaría alguna vez al médico de la oficina. Ahora volvía a ganarlo el sueño, a tirarlo despacio hacia abajo. La almohada era tan blanda, y en su garganta afiebrada la fresca del agua mineral. Quizá pudiera descansar de veras, sin las malditas pesadillas. La luz violeta de la lámpara en lo alto se iba apagando poco a poco.

Como dormía de espaldas, no lo reconoció la posición en que volvía a reconocerse, pero en cambio el olor a

humedad, a piedra rezumante de filtraciones, le cerró la garganta y lo obligó a comprender. Inútil abrir los ojos y mirar en todas direcciones; lo envolvía una oscuridad absoluta. Quiso enderezarse y sintió las sogas en las muñecas y los tobillos. Estaba estaqueado en el suelo, en un piso de lasjas helado y húmedo. El frío le ganaba la espalda desnuda, las piernas. Con el mentón buscó torpemente el contacto con su amuleto, y supo que se lo habían arrancado. Ahora estaba perdido, ninguna plegaria podía salvarlo del final. Lejanamente, como filtrándose entre las piedras del calabozo, oyó los atabales de la fiesta. Lo habían traído al teocalli, estaba en las mazmorras del templo a la espera de su turno.

Oyó gritar, un grito ronco que rebotaba en las paredes. Otro grito, acabando en un quejido. Era él que gritaba en las tinieblas, gritaba porque estaba vivo, todo su cuerpo se defendía con el grito de lo que iba a venir, del final inevitable. Pensó en sus compañeros que llenarían otras mazmorras, y en los que ascendían ya los peldaños del sacrificio. Gritó de nuevo sofocadamente, casi no podía abrir la boca, tenía las mandíbulas agarrotadas y a la vez como si fueran de goma y se abrieran lentamente, con un esfuerzo interminable. El chirriar de los cerrojos lo sacudió como un látigo. Convulso, retorciéndose, luchó por zafarse de las cuerdas que se le hundían en la carne. Su brazo derecho, el más fuerte, tiraba hasta que el dolor se hizo intolerable y tuvo que ceder. Vio abrirse la doble puerta, y el olor de las antorchas le llegó antes que la luz. Apenas ceñidos con el taparrabos de la ceremonia, los acólitos de los sacerdotes se le acercaron mirándolo con desprecio. Las luces se reflejaban en los torsos sudados, en el pelo negro lleno de plumas. Cedieron las sogas, y en su lugar lo aferraron manos calientes, duras como bronce; se sintió alzado, siempre boca arriba tironeado por los cuatro acólitos que lo llevaban por el pasadizo. Los portadores de antorchas iban adelante, alumbrado vagamente el corredor de paredes mojadas y techo tan bajo que los acólitos debían agachar la cabeza. Ahora lo llevaban, lo llevaban, era el final. Boca arriba, a un metro del techo de roca viva que por momentos se ilumina

naba con un reflejo de antorcha. Cuando en vez del techo nacieran las estrellas y se alzara frente a él la escalinata incendiada de gritos y danzas, sería el fin. El pasadizo no acababa nunca, pero ya iba a acabar, de repente olería el aire libre lleno de estrellas, pero todavía no, andaban llevándolo sin fin en la penumbra roja, tironeándolo brutalmente, y él no quería, pero cómo impedirlo si le habían arrancado el amuleto que era su verdadero corazón, el centro de la vida.

Salió de un brinco a la noche del hospital, al alto cielo raso dulce, a la sombra blanda que lo rodeaba. Pensó que debía haber gritado, pero sus vecinos dormían callados. En la mesa de noche, la botella de agua tenía algo de burbuja, de imagen traslúcida contra la sombra azulada de los ventanales. Jadeó, buscando el alivio de los pulmones, el olvido de esas imágenes que seguían pegadas a sus párpados. Cada vez que cerraba los ojos las veía formarse instantáneamente, y se enderezaba aterrado pero gozando a la vez del saber que ahora estaba despierto, que la vigilia lo protegía, que pronto iba a amanecer, con el buen sueño profundo que se tiene a esa hora, sin imágenes, sin nada... Le costaba mantener los ojos abiertos, la modorra era más fuerte que él. Hizo un último esfuerzo, con la mano sana esbozó un gesto hacia la botella de agua; no llegó a tomarla, sus dedos se cerraron en un vacío otra vez negro, y el pasadizo seguía interminable, roca tras roca, con súbitas fulguraciones rojizas, y él boca arriba gimió apagadamente porque el techo iba a acabarse, subía, abriéndose como una boca de sombra, y los acólitos se enderezaban y de la altura una luna meneguante le cayó en la cara donde los ojos no querían verla, desesperadamente se cerraban y abrían buscando pasar al otro lado, descubrir de nuevo el cielo raso protector de la sala. Y cada vez que se abrían era la noche y la luna mientras lo subían por la escalinata, ahora con la cabeza colgando hacia abajo, y en lo alto estaban las hogueras, las rojas columnas de humo perfumado, y de golpe vio la piedra roja, brillante de sangre que chorreaba, y él vaivén de los pies del sacrificado que arrastraban para tirarlo rodando por las escalinatas del norte. Con una úl-

tima esperanza apretó los párpados, gimiendo por despertar. Durante un segundo creyó que lo lograría, porque otra vez estaba inmóvil en la cama, a salvo del balanceo cabeza abajo. Pero olía la muerte, y cuando abrió los ojos vio la figura ensangrentada del sacrificador que venía hacia él con el cuchillo de piedra en la mano. Alcanzó a cerrar otra vez los párpados, aunque ahora sabía que no iba a despertarse, que estaba despierto, que el sueño maravilloso había sido el otro, absurdo como todos los sueños; un sueño en el que había andado por extrañas avenidas de una ciudad asombrosa, con luces verdes y rojas que ardían sin llama ni humo, con un enorme insecto de metal que zumbaba bajo sus piernas. En la mentira infinita de ese sueño también lo habían alzado del suelo, también alguien se le había acercado con un cuchillo en la mano, a él tendido boca arriba, a él boca arriba con los ojos cerrados entre las hogueras.

## Carlos Fuentes

Hace poco tiempo, Filiberto murió ahogado en Acapulco. Sucedió en Semana Santa. Aunque despedido de su empleo en la Secretaría, Filiberto no pudo resistir la tentación burocrática de ir, como todos los años, a la pensión alemana, comer el *choucrout* endulzado por el sudor de la cocina tropical, bailar el sá-bado de gloria en La Quebrada, y sentirse "gente conocida" en el oscuro anonimato vespertino de la playa de Hornos. Claro, sabíamos que en su juventud había nadado bien, pero ahora, a los cuarenta, y tan desmejorado como se le veía, ¿intentar salvar, y a medianoche, un trecho tan largo! Frau Müller no permitió que se velara —cliente tan antiguo— en la pensión; por el contrario, esa noche organizó un baile en la terracita so-focada, mientras Filiberto esperaba, muy pálido en su caja, a que saliera el camión matutino de la terminal, y pasó acompañado de huacales y fardos la primera noche de su nueva vida. Cuando llegué, temprano, a vigilar el embarque del féretro, Filiberto estaba bajo un túmulo de cocos; el chofer dijo que lo acomodáramos rápidamente en el toldo y lo cubriéramos de lonas, para que no se espantaran los pasajeros, y a ver si no le habíamos echado la sal al viaje.

Salimos de Acapulco, todavía con la brisa. Hasta Tierra Colorada nacieron el calor y la luz. Con el desayuno de huevos y chorizo, abrí el cartapacio de Filiberto, recogido el día anterior, junto con sus otras pertenencias, en la pensión de los Müller. Doscientos pesos. Un periódico viejo; cachos de lotería; el pasaje de ida —¿sólo de ida?—, y el cuaderno barato, de hojas cuadrículadas y tapas de papel mármol.

Me aventuré a leerlo, a pesar de las curvas, el hedor a vómito, y cierto sentimiento natural de respeto a la vida privada

de mi difunto amigo. Recordaría —sí, empezaba con eso— nuestra cotidiana labor en la oficina; quizá sabría por qué fue declinando, olvidando sus deberes, por qué dictaba oficios sin sentido, ni número, ni "Sufragio Efectivo". Por qué, en fin, fue corrido, olvidada la pensión, sin respetar los escalafones.

"Hoy fui a arreglar lo de mi pensión. El licenciado, amabilísimo. Salí tan contento que decidí gastar cinco pesos en un café. Es el mismo al que íbamos de jóvenes y al que ahora nunca concurre, porque me recuerda que a los veinte años podía darme más lujos que a los cuarenta. Entonces todos estábamos en un mismo plano, hubiéramos rechazado con energía cualquier opinión peyorativa hacia los compañeros: de hecho librábamos la batalla por aquellos a quienes en la casa discutían la baja extracción o falta de elegancia. Yo sabía que muchos (quizá los más humildes) llegarían muy alto, y aquí, en la escuela, se iban a forjar las amistades duraderas en cuya compañía cursaríamos el mar bravío. No, no fue así. No hubo reglas. Muchos de los humildes quedaron allí, muchos llegaron más arriba de lo que pudimos pronosticar en aquellas fogosas, amables tertulias. Otros, que parecíamos prometerlo todo, quedamos a la mitad del camino, destripados en un examen extracurricular, aislados por una zanja invisible de los que triunfaron y de los que nada alcanzaron. En fin, hoy volví a sentarme en las sillas, modernizadas —también, como barricada de una invasión, la fuente de sodas—, y pretendí leer expedientes. Vi a muchos, cambiados, amnésicos, retocados de luz neón, prósperos. Con el café que casi no reconocía, con la ciudad misma, habían ido cincelandose a ritmo distinto del mío. No, ya no me reconocían, o no me querían reconocer. A lo sumo —uno o dos— una mano gorda y rápida en el hombro. *Adiós, viejo, qué tal.* Entre ellos y yo, mediaban los dieciocho agujeros del Country Club. Me disfrazé en los expedientes. Desfilaron los años de las grandes ilusiones, de los pronósticos felices, y, también, todas las omisiones que impidieron su realización. Sentí la angustia de no poder meter los dedos en el pasado y pegar los trozos de algún rompecabezas abandonado; pero el arcón de los juguetes se va olvidando, y al cabo, quién sabrá a dónde fueron a dar los soldados de plomo, los cascos, las espadas de madera. Los disfraces tan queri-

dos, no fueron más que eso. Y sin embargo, había habido constancia, disciplina, apego al deber. ¿No era suficiente, o sobraba? No dejaba, en ocasiones, de asaltarme el recuerdo de Rilke. La gran recompensa de la aventura de juventud debe ser la muerte; jóvenes, debemos partir con todos nuestros secretos. Hoy, no tendría que volver la vista a las ciudades de sal. ¿Cinco pesos? Dos de propina.

"Pepe, aparte de su pasión por el derecho mercantil, gusta de teorizar. Me vio salir de Catedral, y juntos nos encaminamos a Palacio. Él es descreído, pero no le basta: en media cuadra tuvo que fabricar una teoría. Que si no fuera mexicano, no adoraría a Cristo, y —No, mira, parece evidente. Llegan los españoles y te proponen adores a un Dios, muerto hecho un cógulo, con el costado herido, clavado en una cruz. Sacrificado. Ofrendado. ¿Qué cosa más natural que aceptar un sentimiento tan cercano a todo tu ceremonial, a toda tu vida?... Figúrate, en cambio, que México hubiera sido conquistado por budistas o mahometanos. No es concebible que nuestros indios veneraran a un individuo que murió de indigestión. Pero un Dios al que no le basta que se sacrifiquen por él, sino que incluso va a que le arranquen el corazón, ¡caramba, jaque mate a Huitzilopochtli! El cristianismo, en su sentido cálido, sangriento, de sacrificio y liturgia, se vuelve una prolongación natural y novedosa de la religión indígena. Los aspectos de caridad, amor, y la otra mejilla, en cambio, son rechazados. Y todo en México es eso: hay que matar a los hombres para poder creer en ellos.

"Pepe conocía mi afición, desde joven, por ciertas formas del arte indígena mexicano. Yo colecciono estatuillas, ídolos, cacharros. Mis fines de semana los paso en Tlaxcala, o en Teotihuacán. Acaso por esto le guste relacionar todas las teorías que elabora para mi consumo con estos temas. Por cierto que busco una réplica razonable del Chac Mool desde hace tiempo, y hoy Pepe me informa de un lugar en la Lagunilla donde venden uno de piedra y parece que barato. Voy a ir el domingo.

"Un guasón pintó de rojo el agua del garrafón en la oficina, con la consiguiente perturbación de las labores. He debido consignarlo al director, a quien sólo le dio mucha risa. El culpable se ha valido de esta circunstancia para hacer sar-

casmos a mis costillas el día entero, todos en torno al agua. Ch...!"

"Hoy, domingo, aproveché para ir a la Lagunilla. Encontré el Chac Mool en la tienducha que me señaló Pepe. Es una pieza preciosa, de tamaño natural, y aunque el marchante asegura su originalidad, lo dudo. La piedra es corriente, pero ello no aminora la elegancia de la postura o lo macizo del bloque. El desleal vendedor le ha embarrado salsa de tomate en la barriga para convencer a los turistas de la autenticidad sangrienta de la escultura.

"El traslado a la casa me costó más que la adquisición. Pero ya está aquí, por el momento en el sótano mientras reorganizo mi cuarto de trofeos a fin de darle cabida. Estas figuras necesitan sol, vertical y fogoso; ése fue su elemento y condición. Pierde mucho en la oscuridad del sótano, como simple bulto agónico, y su mueca parece reprocharme que le niegue la luz. El comerciante tenía un foco exactamente vertical a la escultura, que recortaba todas las aristas, y le daba una expresión más amable a mi Chac Mool. Habrá que seguir su ejemplo."

"Amanecí con la tubería descompuesta. Incauto, dejé correr el agua de la cocina, y se desbordó, corrió por el suelo y llegó hasta el sótano, sin que me percatara. El Chac Mool resiste la humedad, pero mis maletas sufrieron, y todo esto, en día de labores, me ha obligado a llegar tarde a la oficina."

"Vinieron, por fin, a arreglar la tubería. Las maletas, torcidas. Y el Chac Mool, con lama en la base."

"Desperté a la una: había escuchado un quejido terrible. Pensé en ladrones. Pura imaginación."

"Los lamentos nocturnos han seguido. No sé a qué atribuirlo, pero estoy nervioso. Para colmo de males, la tubería volvió a descomponerse, y las lluvias se han colado, inundando el sótano."

"El plomero no viene, estoy desesperado. Del Departamento del Distrito Federal, más vale no hablar. Es la primera vez que el agua de las lluvias no obedece a las coladeras y viene a dar a mi sótano. Los quejidos han cesado: vaya una cosa por otra."

"Secaron el sótano, y el Chac Mool está cubierto de lama. Le da un aspecto grotesco, porque toda la masa de la escultura

parece padecer de una crisis verde, salvo los ojos, que han permanecido de piedra. Voy a aprovechar el domingo para raspar el musgo. Pepe me ha recomendado cambiarme a un apartamento, y en el último piso, para evitar estas tragedias acuáticas. Pero no puedo dejar este caserón, ciertamente muy grande para mí solo, un poco lúgubre en su arquitectura porfiriana, pero que es la única herencia y recuerdo de mis padres. No sé qué me daría ver una fuente de sodas con sinfonola en el sótano y una casa de decoración en la planta baja."

"Fui a raspar la lama del Chac Mool con una espátula. El musgo parecía ya parte de la piedra; fue labor de más de una hora, y sólo a las seis de la tarde pude terminar. No era posible distinguir en la penumbra, y al dar fin al trabajo, con la mano seguí los contornos de la piedra. Cada vez que repasaba el bloque parecía reblandecerse. No quise creerlo: era ya casi una pasta. Este mercader de la Lagunilla me ha timado. Su escultura precolombina es puro yeso, y la humedad acabará por arruinarla. Le he puesto encima unos trapos, y mañana la pasará a la pieza de arriba, antes de que sufra un deterioro total."

"Los trapos están en el suelo. Increíble. Volví a palpar a Chac Mool. Se ha endurecido, pero no vuelve a la piedra. No quiero escribirlo: hay en el torso algo de la textura de la carne, lo aprieto como goma, siento que algo corre por esa figura recostada... Volví a bajar en la noche. No cabe duda: el Chac Mool tiene vello en los brazos."

"Esto nunca me había sucedido. Tergiversé los asuntos en la oficina: giré una orden de pago que no estaba autorizada, y el director tuvo que llamarme la atención. Quizá me mostré hasta descortés con los compañeros. Tendré que ver a un médico, saber si es imaginación, o delirio, o qué, y deshacerme de ese maldito Chac Mool."

Hasta aquí, la escritura de Filiberto era la vieja, la que tantas veces vi en memoranda y formas, ancha y ovalada. La entrada del 25 de agosto, parecía escrita por otra persona. A veces como niño, separando trabajosamente cada letra; otras, nerviosa, hasta diluirse en lo ininteligible. Hay tres días vacíos, y el relato continúa:

"Todo es tan natural; y luego, se cree en lo real... pero esto

lo es, más que lo creído por mí. Si es real un garrafón, y más, porque nos damos mejor cuenta de su existencia, o estar, si un bromista pinta de rojo el agua... Real bocanada de cigarro effmera, real imagen monstruosa en un espejo de circo, reales, ¿no lo son todos los muertos, presentes y olvidados...? Si un hombre atravesara el Paraíso en un sueño, y le dieran una flor como prueba de que había estado allí, y si al despertar encontrara esa flor en su mano...? ¿entonces, qué...? Realidad: cierto día la quebraron en mil pedazos, la cabeza fue a dar allá, la cola aquí, y nosotros no conocemos más que uno de los trozos desprendidos de su gran cuerpo. Océano libre y ficticio, sólo real cuando se le aprisiona en un caracol. Hasta hace tres días, mi realidad lo era al grado de haberse borrado hoy: era movimiento reflejo, rutina, memoria, cartapacio. Y luego, como la tierra que un día tiembla para que recordemos su poder, o la muerte que llegará, recriminando mi olvido de toda la vida, se presenta otra realidad que sabíamos estaba allí, mostrenca, y que debe sacudirnos para hacerse viva y presente. Creía, nuevamente, que era imaginación: el Chac Mool, blando y elegante, había cambiado de color en una noche; amarillo, casi dorado, parecía indicarme que era un dios, por ahora laxo, con las rodillas menos tensas que antes, con la sonrisa más benévola. Y ayer, por fin, un despertar sobresaltado, con esa seguridad espantosa de que hay dos respiraciones en la noche, de que en la oscuridad laten más pulsos que el propio. Sí, se escuchaban pasos en la escalera. Pesadilla. Vuelta a dormir... No sé cuánto tiempo pretendí dormir. Cuando volví a abrir los ojos, aún no amanecía. El cuarto olía a horror, a incienso y sangre. Con la mirada negra, recorrí la recámara, hasta detenerme en dos orificios de luz parpadeante, en dos flámulas crueles y amarillas.

"Casi sin aliento encendí la luz.

"Allí estaba Chac Mool, erguido, sonriente, ocre, con su barriga encarnada. Me paralizaban los dos ojillos, casi bizcos, muy pegados a la nariz triangular. Los dientes inferiores, mordiendo el labio superior, inmóviles; sólo el brillo del casquetón cuadrado sobre la cabeza anormalmente voluminosa, delataba vida. Chac Mool avanzó hacia la cama; entonces empezó a llover."



Recuerdo que a fines de agosto, Filiberto fue despedido de la Secretaría, con una recriminación pública del director, y rumores de locura y aun robo. Esto no lo creía. Si vi unos oficios descabellados, preguntando al Oficial Mayor si el agua podía olerse, ofreciendo sus servicios al Secretario de Recursos Hidráulicos para hacer llover en el desierto. No supe qué explicación darme; pensé que las lluvias excepcionalmente fuertes, de ese verano, lo habían enervado. O que alguna depresión moral debía producir la vida en aquel caserón antiguo, con la mitad de los cuartos bajo llave y empolvados, sin criados ni vida de familia. Los apuntes siguientes son de fines de septiembre:

"Chac Mool puede ser simpático cuando quiere..., un gluglú de agua embelesada... Sabe historias fantásticas sobre los monzones, las lluvias ecuatoriales, el castigo de los desiertos; cada planta arranca de su paternidad mítica: el sauce, su hija descarriada; los lotos, sus nimados; su suegra: el cacto. Lo que no puedo tolerar es el olor, extrahumano, que emana de esa carne que no lo es, de las chancas llamas de ancianidad. Con risa estridente, el Chac Mool revela cómo fue descubierto por Le Plongeon, y puesto, físicamente, en contacto con hombres de otros símbolos. Su espíritu ha vivido en el cántaro y la tempestad, natural; otra cosa es su piedra, y haberla arrancado al escondite es artificial y cruel. Creo que nunca lo perdonará el Chac Mool. Él sabe de la inminencia del hecho estético.

"He debido proporcionarle sapollo para que se lave el estómago que el mercader le untó de *Ketchup* al creerlo azteca. No pareció gustarle mi pregunta sobre su parentesco con Tláloc, y, cuando se enoja, sus dientes, de por sí repulsivos, se afilan y brillan. Los primeros días, bajó a dormir al sótano; desde ayer, en mi cama.

"Ha empezado la temporada seca. Ayer, desde la sala en la que duermo ahora, comencé a oír los mismos lamentos roncós del príncipio, seguidos de ruidos terribles. Subí y entreabrí la puerta de la recámara: el Chac Mool estaba rompiendo las lámparas, los muebles; saltó hacia la puerta con las manos arañadas, y apenas pude cerrar e irme a esconder al baño... Luego, bajó jadeante y pidió agua; todo el día tiene corriendo las llaves, no queda un centímetro seco en la casa. Tengo que dor-

mir muy abrigado, y le he pedido no empapar la sala más. \*

"El Chac Mool inundó hoy la sala. Exasperado, dije que lo iba a devolver a la Lagunilla. Tan terrible como su risilla —horrorosamente distinta a cualquier risa de hombre o animal— fue la bofetada que me dio, con ese brazo cargado de brazaletes pesados. Debo reconocerlo: soy su prisionero. Mi idea original era distinta: yo dominaría al Chac Mool, como se domina a un juguete; era, acaso, una prolongación de mi seguridad infantil; pero la niñez —¿quién lo dijo?— es fruto comido por los años, y yo no me he dado cuenta... Ha tomado mi ropa, y se pone las batas cuando empieza a brotarle musgo verde. El Chac Mool está acostumbrado a que se le obedezca, por siempre; yo, que nunca he debido mandar, sólo puedo doblegarme. Mientras no llueva —¿y su poder mágico?— vivirá colérico o irritable.

"Hoy descubrí que en las noches el Chac Mool sale de la casa. Siempre, al oscurecer, canta una canción chirriona y anciana, más vieja que el canto mismo. Luego, cesa. Toqué varias veces a su puerta, y cuando no me contestó, me atreví a entrar. La recámara, que no había vuelto a ver desde el día en que intentó atacarme la estatua, está en ruinas, y allí se concentra ese olor a incienso y sangre que ha permeado la casa. Pero, detrás de la puerta, hay huesos: huesos de perros, de ratones y gatos. Esto es lo que roba en la noche el Chac Mool para sustentarse. Esto explica los ladridos espantosos de todas las madrugadas.

"Febrero, seco. Chac Mool vigila cada paso mío; ha hecho que telefonee a una fonda para que me traigan diariamente arroz con pollo. Pero lo sustraído de la oficina ya se va a acabar. Sucedió lo inevitable: desde el día primero, cortaron el agua y la luz por falta de pago. Pero Chac ha descubierto una fuente pública a dos cuadras de aquí; todos los días hago diez o doce viajes por agua, y él me observa desde la azotea. Dice que si intento huir me fulminará; también es Dios del Rayo. Lo que él no sabe es que estoy al tanto de sus correrías nocturnas... Como no hay luz, debo acostarme a las ocho. Ya debería estar acostumbreado al Chac Mool, pero hace poco, en la oscuridad, me

\* Filiberto no explica en qué lengua se entendía con el Chac Mool.

topé con él en la escalera, sentí sus brazos helados, las escarnas de su piel renovada, y quise gritar.

"Si no llueve pronto, el Chac Mool va a convertirse en piedra otra vez. He notado su dificultad reciente para moverse; a veces se reclina durante horas, paralizado, y parece ser, de nuevo, un ídolo. Pero estos reposos sólo le dan nuevas fuerzas para vejarme, arañarme, como si pudiera arrancar algún líquido de mi carne. Ya no tienen lugar aquellos intermedios amables en que relataba viejos cuentos; creo notar un resentimiento concentrado. Ha habido otros indicios que me han puesto a pensar: se está acabando mi bodega; acaricia la seda de las batas; quiere que traiga una criada a la casa; me ha hecho enseñarle a usar jabón y lociones. Creo que el Chac Mool está cayendo en tentaciones humanas, incluso hay algo viejo en su cara que antes parecía eterna. Aquí puede estar mi salvación: si el Chac se humaniza, posiblemente todos sus siglos de vida se acumulen en un instante y caiga fulminado. Pero también, aquí, puede germinar mi muerte: el Chac no querrá que asista a su derrumbe, es posible que desee matarme.

"Hoy aprovecharé la excursión nocturna de Chac para huir. Me iré a Acapulco; veremos qué puede hacerse para adquirir trabajo, y esperar la muerte de Chac Mool: sí, se avecina; está canoso, abotagado. Necesito asolearme, nadar, recuperar fuerza. Me quedan cuatrocientos pesos. Iré a la Pensión Müller, que es barata y cómoda. Que se adueñe de todo el Chac Mool: a ver cuánto dura sin mis baldes de agua."

Aquí termina el diario de Filiberto. No quise volver a pensar en su relato; dormí hasta Cuernavaca. De ahí a México pretendí dar coherencia al escrito, relacionarlo con exceso de trabajo, con algún motivo psicológico. Cuando a las nueve de la noche llegamos a la terminal, aún no podía concebir la locura de mi amigo. Contraté una camioneta para llevar el féretro a casa de Filiberto, y desde allí ordenar su entierro.

Antes de que pudiera introducir la llave en la cerradura, la puerta se abrió. Apareció un indio amarillo, en bata de casa, con bufanda. Su aspecto no podía ser más repulsivo; despedía un olor a loción barata; su cara, polvada, quería cubrir las arru-

gas; tenía la boca embarrada de lápiz labial mal aplicado, y el pelo daba la impresión de estar teñido.

—Perdone..., no sabía que Filiberto hubiera...

—No importa; lo sé todo. Dígale a los hombres que lleven el cadáver al sótano.

## NOSOTRAS

SONÉ que venían de la compañía a cambiar el número del teléfono. "Me alegro mucho —dije—, porque se pasan el día llamando a un número parecido y porque otros, cualquiera sabe quién o quiénes, llaman; justamente los sábados a las tres de la madrugada. . ." Bueno, a ellos no les interesó mucho mi alegría. Lo cambiaron y eso fue todo. Y yo, en vez de mirar al redondelito del centro del aparato, ahí donde se escribe el número, les pregunté: "¿Qué número es?" Y me respondieron: "El 20-58."

Brumas. Algo incoherente. Brumas. Despierto y doy los pasos de siempre: desayuno, me lavo los dientes, tiendo la cama. . . Empieza un día como otro. Sin saber por qué, nunca se sabe exactamente por qué, al mediodía un número surge en mi cerebro aletargado en la blandura de la hora. "El 20. . ." Ligerero gesto de extrañeza. ¿El 20. . . ? Brumas. Algo incoherente. Brumas. ¡El 20-58! Sonrisa. . . ¡Es verdad, el 20-58! E inmediatamente, el gesto fatal: coger el teléfono y canalizar una infantil curiosidad. . . Rac-rac-rac-rac. Y un timbrazo opaco y lejano inicia la conversación. Alguien descuelga y pese a los vericuetos del hilo, la voz llega extrañamente lisa, extrañamente familiar.

—Oigo.

—¿Qué pasa?

—¿A quién desea?

—¿Es el 20-58?

—Sí.

Esa voz, esa voz. . . Bueno, continuemos la tontería. Si se supone que ése es mi nuevo número, preguntaré por mí misma.

—Con. . . Fulana.

—Es la que habla.

Claro, algo de estupor. Estas cosas nunca pueden evitarse. Momento de vacilación. Algo incoherente pero ahora sin brumas. Insistencia desde el otro lado.

—Sí, soy yo, ¿quién es?

Total desconcierto. Mi misma imagen devuelta. . . Bueno, hay que salir de esto. No se me ocurre nada más que la verdad y la digo no sin cierto temor.

—Soy yo, Fulana.

Me arriesgo.

—Pero oye. . . soy Fulana. . . de Tal.

—Sí, ya lo sé. También yo soy Fulana de Tal.

Es demasiado. Un estremecimiento me recorre el espinazo. . . Ahora ya no sé qué decir. Esta vez, sin contenerme, sin esperar a que la otra cuelgue, cuelgo yo y me quedo con la mano sobre el auricular, mirando el aparato, como si fuera un animalejo que de un momento a otro pudiera echar a andar. Suspiro. Me recuesto en el sofá. ¿Una broma? ¿Habré hablado en sueños? ¿Se enteraría alguien de. . . ? ¡Pero si es imposible!

Y ya todo gira como el rac-rac-rac del 20-58. Puedo ir y venir por la casa, arreglar este adorno, enderezar aquel marco, calentar el café, pero es como si estuviera vigilada. Como si los ojos que me siguen salieran del teléfono; no que estuvieran agazapados en él, sino que simplemente esperaron su momento. Había dicho, "Al fin me llamas" y pudiera creerse que llevaba esperando mil años, por sólo hablar de los últimos tiempos. Voy y vengo; rehuyo cruzar muy cerca del teléfono y después me río de mis aprensiones. "¡Como si tuviera garras que fueran a cogermé por la sayal!" Hacia las seis de la tarde, ya no puedo más. Descuelgo. Me falta un poco la respiración. Rac-rac-rac. El corazón tamborilea mientras aguardo. Cuando al fin oigo su voz ya no sé qué me pasa.

—Oigo.

No puedo evitarlo, tartamudeo:

—¿El 20. . . . 58. . . ?

—Sí.

—¿Quién habla?

La voz me salió valiente, pero la respuesta tuvo el mismo efecto de un cubito de hielo concienzudamente pasado a lo largo de la columna vertebral.

—Sí, soy yo. Ya sé que eres tú otra vez.

—¿Yo? ¿Quién?

—Yo misma.

Esto parece complicarse. Ahora me acometen deseos de discutir. Digo con acento de poner las cosas en su lugar:

—Tú misma, no. Yo misma.

—Es igual.

—Pero aunque todo esto fuera algo juicioso, yo estoy primero.

—¿Por qué? ¿No eres Fulana de Tal?

—Sí, desde luego.

—Pero es que yo soy Fulana de Tal.

—Aunque sea verdad, hay que aclarar que tú eres también Fulana de Tal.

—¿Y por qué? Yo soy Fulana de Tal. Tú eres Fulana de Tal también.

Ahora ya no me desconcierta, me molesta. Estoy enfureciéndome, pero de pronto. . . Sí, pudiera ser. . . Hay que investigar un poco más, eso es todo. Han sido coincidencias, pero las coincidencias acaban por fallar cuando se razona. Mi voz suena conciliadora, casi gentil, cuando digo:

—Es mejor ir despacio. Vamos: las dos nos llamamos Fulana de Tal y eso es ya una casualidad.

—¿Tú crees?

Su tono irónico, desafiante, me desarma. Continúo todo lo gentil que puedo, dadas las circunstancias.

Yo nací en el pueblo de. . .

—De X, exactamente. Yo nací allí; hija de Zutana y Esperancejo.

Trago en seco, pero no me dejo abatir. Le espeto como un fiscal:

—¿Segundo apellido?

—Tal, querida. Soy Tal y Tal.

Ahora ya empiezo a sentirme decididamente mal. ¿Quién puede saber todo eso? ¿De quién es la broma? ¿De quién el ardid? Ella toma la iniciativa:

—¿Qué te pasa? ¿Por qué ponerse así? ¿Ves que no mienta? ¿Por qué habría de hacerlo?

Quisiera contenerme. Si en definitiva es cierto lo que ocurre, no hay razón para que ella lo tome así, tranquilamente, y yo lo tome así, arrebataadamente. Pero me siento engañada. Siento que alguien se ha confabulado. No puedo evitarlo. Entonces, jugándome el todo por el todo, pregunto:

—Si somos la misma, debemos serlo en todo, ¿no? ¿Cómo estoy vestida?

—Con mi bata. . . es decir, voy a evitar el posesivo. Con la bata de casa azul. Por cierto que ya el descosido de la manga molesta.

—Sí, molesta, pero. . .

Me detengo. ¿Por qué camino estoy tomando? ¿Es que voy a transigir? No, no. Ahora ella habla otra vez, es decir, no tengo constancia de que sea "ella". Para ser más exacta, me escucho decir:

—La aguja está en una esquina de la gaveta superior de la mesita de noche. La dejaste allí la última vez que la usaste, y yo, desde luego, la volví a colocar. Cuando creíste que se había perdido, era que yo estaba zurciendo la sayuela rosada.

Ahora empiezo a flaquear. Ayer me sorprendió ver la sayuela cosida y deduje que lo había hecho la lavandera, lo que es muy extraño, pero no le vi otra explicación. Sea como sea, algo se ha ablandado en mí. Casi estoy a punto de suplicar cuando digo:

—¿A qué conduce esto?  
—No sé. Fuiste tú quien llamé, ¿recuerdas? ¿Por qué lo hiciste?

¿Qué puedo contestarle? ¿Decirle lo del sueño? De pronto me siento infeliz. Todas las fuerzas ceden ante esa repentina autoconmisericordia. . . Ella me hace dar un salto:

—Por favor, me haces sentir mal. ¿Por qué este estado de ánimo?

Ya no puedo menos que indignarme.

—¿Hasta cuándo va a durar esto?

—Hasta que tú quieras. Hasta que cuelgues. Nunca te he molestado, ¿no?

¿Por qué balbuceo? No lo sé.

—¿Y si. . . si cuelgo?

—No volverás a saber de mí, como hasta ahora. Todo esto lo empezaste tú.

Estoy dispuesta a colgar. Hay algo irritante en. . . en. . . ¡bueno, en ella! Pero ha sido tan comprensiva, tan paciente, ¿qué derecho tengo para enojarme? Sin embargo, aun a riesgo de parecer infantil, pregunto:

—¿Puedo saber cuál es tu dirección?

—Está en la guía.

—¿A nombre de quién?

—Mío, desde luego.

Estoy a punto de caer en la trampa, pero reacciono:

—Si tu nombre es el mío, lo buscaré y encontraré mi propia dirección.

—Es lógico.

Ya vuelvo a desesperarme.

—Pero y entonces, ¿cómo puedes tener un teléfono distinto?

—La que lo tiene distinto eres tú.

¿Se estará poniendo agresiva? Su tono ha sido ya algo molesto. Sonríe. Me empiezo a adueñar de la situación. Quizá con un poco de sangre fría llegue a desconcertarla.

Quizá me lo diga todo. Quizá. . . ¡pero ahora recuerdo que tengo que hacer una salida urgente! Voy a decirselo cuando ella me interrumpa:

—Bueno, creo que por hoy es bastante. Tengo que hacer. Cuando quieras, ya sabes dónde me tienes.

—Sí, sí. . . yo también tengo que. . .

¡Qué curioso! Cuando recuerdo que se hace tarde, ella parece recordar lo mismo. Bueno, no sé si despedirme o no. No quisiera ser grosera, pero tampoco tengo por qué ser amable. Ella, sin embargo, apresura las cosas. En el fondo se lo agradezco.

—Hasta otra ocasión, ¿eh?

Y cuelga. Me quedo con el auricular en la mano. Lo miro. Me paso la otra mano por la frente. Otra vez lo inexplicable me cerca, como esas pesadillas en las que no podemos despegar los pies del suelo. La urgencia del tiempo me decide. Cuelgo de una vez y voy a mi habitación, a vestirme. No sé exactamente qué traje ponerme, pero voy directamente hacia el claro, de algodón. . . Es como si alguien ya hubiera decidido por mí. La idea me desconcierta, pero entonces ya tengo presencia de ánimo para desecharla. "No, no —me digo—, mejor es no pensar en eso. Si está, en el caso de que "esté", es allí, en el teléfono, esperando en el 20-58." El razonamiento es desesperadamente pobre, pero lo hago por tranquilizarme y me tranquiliza, al menos mientras me visto. Sin embargo. . . el germenito no ha muerto; la raicilla de la misma idea se agita buscando el sol. Hasta que aflora: "¿Y si la llamo, sin teléfono?" Bastará decir su nombre, que es el mío, y esperar. . . ¿Contestará? En esto he terminado de vestirme y voy al tocador. Cuando alzo los ojos, estoy a punto de retroceder. Esos ojos, esos ojos, los míos que acaban de reflejarse en el espejo, no parecen haberse alzado en este momento. Es como si ya hubiesen estado mirándome. Me apoyo en la mesa del tocador. ¿Es sensación de vahído?

Sé que estoy a punto de gritar y no quiero, sencillamente no quiero. Así que cojo la cartera y echo a correr hacia la puerta.

Ya en la escalera estoy casi en disposición de sonreír: como si me hubiera escapado de una trampa. Pienso que el aire de la calle me refrescará, que todo esto ha de pasar, como si la salida de la casa pudiera significar un cambio en las cosas y al regreso todo está olvidado.

Empiezo a bajar la escalera. Aún el ipraml de la puerta al cerrarse resuena en el fondo de mis tímpanos, cuando me detengo. Sé que he hecho ese gesto de sorpresa, un gesto cortado que nos mantiene con la mirada fija al frente por un instante y que hace que los labios baibuceen algo. . .

— Las llaves. . . no metí las llaves en la cartera.

Suspiro. Estoy casi derrotada. Hago memoria y veo las llaves, claramente, encima del aparador. Allí las dejé anoche, cuando volví del cine. Allí estaban mientras hablé por teléfono. . . esa maldita conversación! Desde el sofá las veía cada vez que mis ojos recorrían la pieza, mientras hablaba. Y la salida precipitada, la estúpida huida de mi casa, me hizo olvidarlas. . . ¿Y ahora? De momento siento la necesidad imperiosa de volver. No puedo irme sabiendo que al regreso no podré entrar. Subo los dos o tres escalones que he bajado. Me paro a mirar tontamente la puerta cerrada. Vacilo. De pronto se me ocurre y no me doy tiempo a rechazar la idea. Toco el timbre y retrocedo expectante. . . No sé si la sangre ha aumentado su velocidad dentro de cada vena, de cada arteria, de cada humilde vasito capilar. No sé si por el contrario, se ha detenido. Como tampoco sé si es frío o calor lo que me invade, deseos de refir tranquila o de echar a correr despavorida, cuando la puerta empieza a abrirse, lentamente, frente a mí.



## CUARTA PARTE

### LITERATURA ESOTÉRICA

### III

Pero no lo atraparón. Nunca lo atraparán. Y ahora lo temo, como si fuera un animal feroz, que me persiguiera.

Aunque lo esperen en su casa, no lo encontrarán. Yo sólo puedo encontrarlo. Y no quiero.

Y si vuelve, si vuelve a su tienda, ¿quién probará que mis muebles estaban ahí? Sólo hay mi testimonio, y me doy cuenta que empiezan a no creerme.

Así, la vida era intolerable. No podía guardar el secreto de lo que había visto. No podía seguir viviendo como todos, bajo el temor de que tales cosas se repitieran.

Vine a ver al médico que dirige este sanatorio y le referí todo. Después de un largo interrogatorio me dijo:

—¿Consentiría usted, señor, en permanecer algún tiempo aquí?

—Encantado, señor.

—¿Usted dispone de medios?

—Sí, señor.

—¿Quiere usted un pabellón aislado?

—Sí, señor.

—¿Desea usted recibir amigos?

—No, señor, a nadie.

El hombre de Rouen puede atreverse, por venganza, a perseguirme aquí...

### IV

Hace tres meses que estoy solo. Estoy más o menos tranquilo. Sólo tengo un temor. Si el hombre de Rouen enloqueciera, si lo trajeran aquí...

No hay seguridad, ni en las cárceles.

GUY DE MAUPASSANT  
*L'Inutile Beauté* (1899)

## LA SOMBRA DE LAS JUGADAS

En uno de los cuentos que integran la serie de los *Mabinogion*, dos reyes enemigos juegan al ajedrez, mientras en un valle cercano sus ejércitos luchan y se destrozan. Llegan mensajeros con noticias de la batalla; los reyes no parecen oírlos e, inclinados sobre el tablero de plata, mueven las piezas de oro. Gradualmente se aclara que las vicisitudes del combate siguen las vicisitudes del juego. Hacia el atardecer, uno de los reyes derriba el tablero, porque le han dado jaque mate y poco después un jinete ensangrentado le anuncia: Tu ejército huye, has perdido el reino.

EDWIN MORGAN

## EL GATO

H. A. MURENA, nacido en Buenos Aires. Ha publicado: *Primer Testamento* (relatos, 1946); *La Vida Nueva* (poesía, 1951); *El juez* (teatro, 1953); *El Pecado Original de América* (ensayos, 1954); *La Fatalidad de los Cuerpos* (novela, 1955); *El Centro del Infierno* (relatos, 1956); *Las Leyes de la Noche* (novela, 1958); *El Círculo de los Paraísos* (poesía, 1958); *El Escándalo y el Fuego* (poesía, 1959); *Homo Atomicus* (ensayos, 1961); *Relámpago de la Duración* (poesía, 1962); *Ensayos Sobre Subversión* (ensayos, 1963); *El Demonio de la Armonía* (poesía, 1964).

¿Cuánto tiempo llevaba encerrado?

La mañana de mayo velada por la neblina en que había ocurrido aquello le resultaba tan irreal como el día de su na-

cimiento, ese hecho acaso más cierto que ninguno, pero que sólo atinamos a recordar como una increíble idea. Cuando descubrió, de improviso, el dominio secreto e impresionante que el otro ejercía sobre ella, se decidió a hacerlo. Se dijo que quizá iba a obrar en nombre de ella, para librarla de una seducción inútil y envilecedora. Sin embargo, pensaba en sí mismo, seguía un camino iniciado mucho antes. Y aquella mañana, al salir de esa casa, después que todo hubo ocurrido, vio que el viento había expulsado la neblina, y, al levantar la vista ante la claridad enceguecedora, observó en el cielo una nube negra que parecía una enorme araña huyendo por un campo de nieve. Pero lo que nunca olvidaría era que a partir de ese momento el gato del otro, ese gato del que su dueño se había jactado de que jamás lo abandonararía, empezó a seguirlo, con cierta indiferencia, con paciencia casi ante sus intentos iniciales por ahuyentarlo, hasta que se convirtió en su sombra.

Encontró esa pensión suya, no demasiado sucia ni incómoda, pues aún se preocupaba por ello. El gato era grande y musculoso, de pelaje gris, en partes de un blanco sucio. Causaba la sensación de un dios viejo y degradado, pero que no ha perdido toda la fuerza para hacer daño a los hombres; no les gustó, lo miraron con repugnancia y temor, y, con la autorización de su accidental amo, lo echaron. Al día siguiente, cuando regresó a su habitación, encontró al gato instalado allí; sentado en el sillón, levantó apenas la cabeza, lo miró y siguió dormitando. Lo echaron por segunda vez, y volvió a meterse en la casa, en la pieza, sí: que nadie supiera cómo. Así ganó la partida, porque desde entonces la dueña de la pensión y sus acólitos renunciaron a la lucha.

¿Se concibe que un gato influya sobre la vida de un hombre, que consiga modificarla?

Al principio él salía mucho; los largos hábitos de una vida regalada hacían que aquella habitación, con su lamparita de luz amarillenta y débil, que dejaba en la sombra muchos rincones, con sus muebles sorprendentemente feos y desvenci-

jados si se los miraba bien, con las paredes cubiertas por un papel listeadado de colores chillones, le resultaba poco tolerable. Salía y volvía más inquieto; andaba por las calles, andaba, esperando que el mundo le devolviera una paz ya prohibida. El gato no salía nunca. Una tarde que él estaba apurado por cambiarse y presenció desde la puerta cómo limpiaba la habitación la sirvienta, comprobó que ni siquiera en ese momento dejaba la pieza: a medida que la mujer avanzaba con su trapo y su plumero, se iba desplazando hasta que se instalaba en un lugar definitivamente limpio; raras veces había descuidos, y entonces la sirvienta soltaba un chistido suave, de advertencia, no de amenaza, y el animal se movía. ¿Se resistía a salir por miedo de que aprovecharan la ocasión para echarlo de nuevo o era un simple reflejo de su instinto de comodidad? Fuera lo que fuese, él decidió imitarlo, aunque para forjarse una especie de sabiduría con lo que en el animal era miedo o molición.

En su plan figuraba privarse primero de las salidas matutinas y luego también de las de la tarde; y, pese a que al principio le costó ciertos accesos de sorda nerviosidad habituarse a los encierros, logró cumplirlo. Leía un librito de tapas negras que había llevado en el bolsillo; pero también se paseaba durante horas por la pieza, esperando la noche, la salida. El gato apenas sí lo miraba; al parecer tenía suficiente con dormir, comer y lamerse con su rápida lengua. Una noche muy fría, sin embargo, le dio pereza vestirse y no salió; se durmió en seguida. Y a partir de ese momento todo le resultó sumamente fácil, como si hubiese llegado a una cumbre desde la que no tenía más que descender. Las persianas de su cuarto sólo se abrieron para recibir la comida; su boca, casi únicamente para comer. La barba le creció, y al cabo puso también fin a las caminatas por la habitación.

Tirado por lo común en la cama, mucho más gordo, entró en un período de singular beatitud. Tenía la vista casi siempre fija en las polvorientas rosetas de yeso que ornaban el cielo raso, pero no las distinguía, porque su necesidad de



ver quedaba satisfecha con los cotidianos diez minutos de observación de las tapas del libro. Como si se hubieran despartado en él nuevas facultades, los reflejos de la luz amarillenta de la bombita sobre esas tapas negras le hacían ver sombras tan complejas, matices tan sutiles que ese solo objeto real bastaba para saturarlo, para sumirlo en una especie de hipnotismo. También su olfato debía hacer crecido, pues los más leves olores se levantaban como grandes fantasmas y lo envolvían, lo hacían imaginar vastos bosques violáceos, el sonido de las olas contra las rocas. Sin saber por qué comenzó a poder contemplar agradables imágenes: la luz de la lamparita —eternamente encendida— menguaba hasta desvanecerse, y, flotando en los aires, aparecían mujeres cubiertas por largas vestimentas, de rostro color sangre o verde pálido, caballos de piel intensamente celeste...

El gato, entretanto, seguía tranquilo en su sillón.

Un día oyó frente a su puerta voces de mujeres. Aunque se esforzó, no pudo entender qué decían, pero los tonos le bastaron. Fue como si tuviera una enorme barriga fofa y le clavarán en ella un palo, y sintiera el estímulo, pero tan remoto, pese a ser sumamente intenso, que comprendiese que iba a tardar muchas horas antes de poder reaccionar. Porque una de las voces correspondía a la dueña de la pensión, pero la otra era la de *ella*, que finalmente debía haberlo descubierto.

Se sentó en la cama. Deseaba hacer algo, y no podía.

Observó al gato: también él se había incorporado y miraba hacia la persiana, pero estaba muy sereno. Eso aumentó su sensación de impotencia.

Le latía el cuerpo entero, y las voces no paraban. Quería hacer algo. De pronto sintió en la cabeza una tensión tal que parecía que cuando cesara él iba a deshacerse, a disolverse.

Entonces abrió la boca, permaneció un instante sin saber qué buscaba con ese movimiento, y al fin maulló, agudamente, con infinita desesperación, maulló.

H. A. MURENA

## HISTORIA DE ZORROS

NIU CHIAO, letrado y poeta chino, del siglo IX. Su obra abarca treinta libros.

Wang vio dos zorros parados en las patas traseras y apoyados contra un árbol. Uno de ellos tenía una hoja de papel en la mano y se reían como compartiendo una broma.

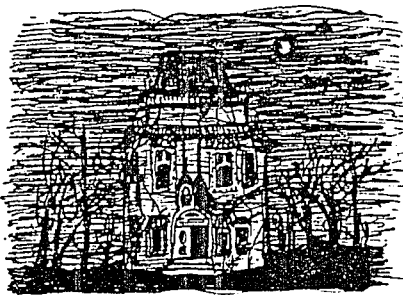
Trató de espantarlos, pero se mantuvieron firmes y él disparó contra el del papel; lo hirió en el ojo y se llevó el papel. En la posada, refirió su aventura a los otros huéspedes. Mientras estaba hablando, entró un señor, que tenía un ojo lastimado. Escuchó con interés el cuento de Wang y pidió que le mostraran el papel. Wang ya iba a mostrárselo, cuando el posadero notó que el recién llegado tenía cola. ¡Es un zorro!, exclamó y en el acto el señor se convirtió en un zorro y huyó.

Los zorros intentaron repetidas veces recuperar el papel, que estaba cubierto de caracteres ininteligibles; pero fracasaron. Wang resolvió volver a su casa. En el camino se encontró con toda su familia, que se dirigía a la capital. Declararon que él les había ordenado ese viaje, y su madre le mostró la carta en que le decía que vendiera todas las propiedades y se juntara con él en la capital. Wang examinó la carta y vio que era una hoja en blanco. Aunque ya no tenían techo que los cobijara; Wang ordenó: Regresemos.

Un día apareció un hermano menor que todos habían tenido por muerto. Preguntó por las desgracias de la familia y Wang le refirió toda la historia. Ah, dijo el hermano, cuando Wang llegó a su aventura con los zorros, ahí está la raíz de todo el mal. Wang mostró el documento. Arrancándoselo, su hermano lo guardó con apuro. Al fin

## ALFRED NOYES

"EL TREN de medianoche" de Alfred Noyes, es uno de los cuentos más perfectos que se han escrito sobre el tema del doble, sin rodeos ni detalles innecesarios. Su estructura simbólica e iniciática nos comunica el necesario escalofrío, la momentánea "suspensión de la incredulidad" que es esencial para gozar de un buen relato fantástico. Noyes, poeta inglés (1880-1958), es autor de algunos cuentos de horror incluidos en *Sombras ambulantes* (1918) y *El jugador oculto* (1924). "El tren de medianoche" no figura en ninguno de estos libros. Fue descubierto en una revista literaria por Dorothy L. Sayers.



La casa del relato "El tren de medianoche", de Alfred Noyes.

## EL TREN DE MEDIANOCHE

ERA un libro antiguo, empastado en tela roja. Lo había encontrado, a los doce años, en la biblioteca de su padre, en uno de los estantes superiores, y contra todas las reglas, lo había llevado a su habitación para leerlo a la luz de una vela, mientras el resto de la vieja casa isabelina, llena de crujidos, se hundía en la oscuridad. Así había sido siempre la escena para Mortimer. Era su habitación una pequeña alcoba aislada, en la que la luz de dos cabos de vela robados ahuyentaba las tinieblas que habían invadido el sueño de los otros. Entonces, a diferencia de ellos, sus mayores, sentía vivir cada fibra y cada nervio de su joven cerebro con una intensidad especial. El tic-tac del reloj de la planta baja, el latido de su propio corazón, todo eso lo llenaba de un sentimiento de profundo misterio.

El antiguo libro ejercía sobre él una rara fascinación, si bien nunca logró captar con exactitud el sentido de la historia. *El tren de medianoche* era el título del libro, y había en la página quince un grabado insoportable para el niño. Lo horrorizaba. El pequeño Mortimer no había entendido nunca por qué la imagen le producía esa impresión. Ciertamente era un niño imaginativo, pero de ningún modo enfermo. Y pasaba la página quince como había pasado antes los rincones sombríos de la escalera, cuando aún no tenía seis años, o como el personaje del *Virgo mariner*, que, tras de haber mirado una sola vez en torno suyo el camino desierto, sigue su marcha sin volver jamás la cabeza. Aparentemente no había en la imagen nada que pudiera justificar ese pavor obsesivo. La penum-

bra que bañaba la imagen: eso era lo más impresionante. Mostraba el andén de una estación ferroviaria desierta, iluminado por la luz de una bombilla; un andén desierto que sugería un empalme perdido en una región aislada. No había sino una silueta en el andén: la silueta oscurísima de un hombre de pie a unos cuantos pasos de la bombilla, con el rostro invisible, vuelto hacia la negra boca de un túnel que, por alguna secreta razón, sumergía al niño en un abismo de terror. El hombre parecía escuchar. Tenía la actitud de un hombre en tensión, a la espera de algo, quizá de un drama espantoso. En lo que el niño había podido leer o entender del texto, nada había que justificara la impresión de pesadilla que evocaba la imagen. De cualquier manera, no podía resistir a la fascinación del libro, ni enfrentarse a la imagen en el silencio y la soledad de la noche. Y para no verla más, la sujetó a la página anterior con ayuda de dos alfileres largos. Después decidió leer la historia hasta el final. Pero siempre se dormía antes de llegar a la página 50; los contornos de lo que había leído la víspera se desvanecían; y a la noche siguiente comenzaba de nuevo y, una vez más, se dormía antes de llegar a la página 50.

Pasaron los años; Mortimer creció, lo olvidó todo: libro e imagen.

Sin embargo, un día llegó a encontrarse, poco antes de la medianoche, en el andén de una estación de trenes, en un empalme aislado. Y cuando el reloj de la estación dio las doce, recordó. . .

Recordó como un hombre que saliera de un sueño prolongado. . . Allí, bajo la única, siniestra luz, en el largo andén, se hallaba la silueta oscura y solitaria que ya conocía. Un hombre cuyo rostro invisible estaba vuelto hacia la negra boca del túnel. Parecía escuchar, tenso, al acecho, exactamente igual que treinta y ocho años atrás.

Pero Mortimer no sentía ya el pavor de aquel entonces. Iría hacia la silueta solitaria para desenmascararla, para ver al fin ese rostro que se le había ocultado por tanto tiempo. Caminaría con calma, hallaría un pretexto para abordar al desconocido: le preguntaría, por ejemplo, si el tren venía retrasado. Sería algo simple para un adulto actuar así. Pero sus manos estaban crispadas cuando dio el primer paso, como si también él estuviera tenso, al acecho de algo. Lentamente, presa una vez más de la obsesión de sus recuerdos, se dirigió hacia la silueta, la pasó y se volvió de súbito para abordarla. Y entonces vio. . . sin hablar, sin poder hablar: la silueta. . . era él mismo. . . sus ojos se toparon con. . . sus ojos, como un eco de burla, su propia mirada viviendo en su propio rostro pálido lo miraba. . . Todos los músculos de su corazón se estremecieron, como si la misma descarga los fuera a paralizar. Lo invadió una ola de pánico. Se volvió, jadeante, y luego se precipitó en una huída ciega, atravesó la sala de espera de la estación, corrió hacia el largo camino iluminado por la luna. Los alrededores parecían totalmente desiertos. La luna reflejaba sobre toda el área su propia desolación.

Se detuvo un instante y entonces oyó, como el eco de los suyos, los pasos entrecortados de un ser que lo seguía y atravesaba en ese momento la sala de espera. Después, sin sentir vergüenza, se abandonó a su angustia: empapado en sudor como una bestia acosada, echó a correr a lo largo del camino, lívido, entre dos hileras interminables de álamos fantasmas que se respondían una a la otra a través de una distancia aparentemente infinita. A un costado del camino, las aguas de un canal recto y largo reflejaban inexorablemente cada uno de los álamos. Oía resonar los pasos a su espalda. Parecían lentos, pero impreciables. Más allá, cerca del camino, vio una casa blanca de ventanas oscuras y una puerta que imitaba la expresión de un rostro humano. Pensó que si llegaba a

tiempo a la casa, podría encontrar abrigo, una oportunidad de escapar.

Los pasos que respondían a los suyos resonaban todavía lejanos cuando se arrojó, sofocado, contra la puerta: sacudió el picaporte, quiso abrir, pero fue en vano. No había timbre ni aldaba. Con los puños golpeó la madera hasta que le sangraron los nudillos. Al fin, oyó pisadas en el interior de la casa. Esas pisadas bajaron lentamente la escalera. Despacio, una mano tiró del cerrojo de la puerta. Una silueta alta apareció en la sombra. Tenía una vela en la mano, pero de tal manera que le resultaba difícil a Mortimer distinguir el rostro de esa silueta. Después, horrorizado, comprendió que el rostro estaba cubierto por una capucha.

No cambiaron ni una sola palabra. Mediante un gesto, la silueta lo invitó a pasar. Cuando Mortimer lo hizo, la silueta volvió a colocar el cerrojo tras de sí. Luego, invitándole de nuevo con un gesto, la silueta cruzó delante de él para subir la escalera carcomida.

Entraron en una pieza donde ardía el fuego en la chimenea. En cada lado del vestíbulo había un sillón. Y cerca de uno de ellos, una pequeña mesa de roble sobre la cual descansaba un libro antiguo, empastado en tela roja. Era como si el huésped hubiese sido esperado por mucho tiempo y todo estuviera listo para él.

La silueta señaló uno de los sillones, colocó la vela junto al libro y se retiró sin una palabra, echando el cerrojo de la puerta.

Mortimer miró la vela, que le pareció familiar. El olor de la cera derretida lo llevó de nuevo a la pequeña habitación de la casa isabelina de su infancia. Tomó el libro, temblando. Lo reconoció de inmediato, si bien hacía mucho tiempo que había olvidado la historia. Recordó de pronto la mancha de tinta sobre la página del título. Más tarde, sintió un estremecimiento al llegar a la página quin-

ce, que había prendido con alfileres para ocultarla cuando aún era niño. Los alfileres seguían ahí. Tocó nuevamente los alfileres que sus dedos de niño asustado habían puesto en ese lugar.

Volvió a comenzar el libro. Estaba resuelto a leerlo ahora hasta el final y a descubrir el significado de todo aquello. Sentía que todo estaba en esas páginas, negro sobre blanco.

*El tren de medianoche* era el título del libro. Y mientras leía, las cosas se aclaraban lenta, inexorablemente.

Era la historia de un hombre que en su infancia había encontrado un libro, una de cuyas imágenes lo aterrizzaba. Había crecido, perdiendo ese recuerdo. Pero una noche, sobre el andén de una estación desierta, se hallaba en la misma escena representada en la imagen; veía la silueta solitaria bajo la bombilla, y luego de reconocerla, emprendía la fuga, horrorizado. Se refugiaba en una casa al borde de la carretera; era conducido a una pieza donde lo esperaba el libro. Finalmente, se ponía a leer desde la primera hasta la última línea. . . Y ese libro llevaba también por título *El tren de medianoche*. Y era la historia de un hombre que en su infancia. . . Así, para siempre, al infinito. No había salida posible.

Sin embargo, cuando Mortimer encontró por tercera vez la historia de la casa junto a la carretera, una sospecha más aguda lo invadió lenta, inexorablemente. Aunque no hubiera salida, al menos podía tratar de comprender mejor los detalles del extraño círculo en el que estaba atrapado. Pero los detalles no tenía nada de particular. Existían desde siempre. Simplemente, Mortimer nunca había captado su sentido profundo. Eso era todo.

El ser misterioso e inquietante que lo había conducido por la vieja escalera. . . ¿quién era?

En cuanto a esto, la historia mencionaba algo que se le había escapado a Mortimer. Este bizarro anfitrión que le había dado asilo era más o menos de su misma talla.

¿Acaso también él. . .? ¿Era por eso que llevaba el rostro oculto?

En el momento mismo en que se planteaba esta pregunta, oyó el ruido de la llave en la puerta cerrada. El misterioso anfitrión se le acercó por las espaldas.

Ahora estaba allí, sentado frente a Mortimer, al otro lado del fuego. Con una horrible indolencia, como una mujer que se dispone a arrancarse un velo, levantó la mano para quitarse la capucha. Mortimer sabía qué rostro era ése. Pero ¿estaría muerto o vivo?

No había sino una salida, una sola. Cuando Mortimer se precipitó hacia adelante y se aferró a su atormentador, fue atrapado a su vez por la garganta con la misma fuerza brutal. Los ecos de sus gritos estrangulados se confundieron indistintamente. Y cuando se apagaron se hizo en el cuarto un silencio tal, que habrían podido oírse. . . el tic-tac del reloj de la planta baja, el latido de su propio corazón, la queja larga y cadenciosa del mar sobre la costa lejana, igual que treinta y ocho años atrás.

Pero Mortimer pudo escapar al fin. Después de todo, quizá logró tomar el tren de media noche.



Versión de Beatriz Alvarez Klein y Emiliano González.

## ERNEST DOWSON

Fue uno de los poetas más importantes del simbolismo inglés. Como sus colegas Arthur Symons y W. B. Yeats, experimentó con el hashish, la mescalina, el ajenjo (acompañado a veces por el psicólogo Havelock Ellis). Presentamos un texto de él sobre el ajenjo, bebida alucinógena de efectos similares a los del hashish. También presentamos un poema en prosa en que Dowson se burla, con todo derecho, de una joven convencional. Sus poesías fueron ilustradas por Beardsley. Uno de los versos de su poema sobre "Cynara" ("*He cried for madder music and for stronger wine*") fue transformado por H. P. Lovecraft en otro ("*He cries for madder music and for stranger drugs*"), en una nota sobre Leonard Cline que figura en su libro *Supernatural Horror in Literature*. Es interesante señalar que en la novela de Cline reseñada por Lovecraft (*The Dark Chamber*, 1927) se habla bastante de Dowson y de su vida. En esta novela de Cline, inspirada también por la vida de Crowley (que aparece mencionado junto con Bécquer y Eliphas Levi) y por las ideas de Osman Spare acerca de la memoria ancestral, el personaje principal, Richard Pride, viaja a través del tiempo sirviéndose de esfuerzos mentales y de viejos documentos, oye música folklórica y jazz, fuma marihuana y usa el pelo muy largo. A este respecto viene al caso mencionar una canción del grupo de música pop, "H. P. Lovecraft", de 1968, titulada "*The Time Machine*", que al ritmo de los veintes se refería a la marihuana. Tal vez se basaron en la historia de Pride al escribir esta curiosa canción. El mundo de Dowson está dominado por la magia del color verde y por una bella obsesión erótica.

## BIBLIOGRAFIA

### I. LIBROS

- ALVERMANN, Dona E.

Discutir para comprender. El uso de la discusión en el aula  
Madrid, Visor, 1990. 93p.

- BARRIENTOS, Juan José.

Borges y la imaginación. México, Bellas Artes-Katún, 1986.  
148p.

- BEARD, Ruth.

Psicología evolutiva de Jean Piaget. Buenos Aires, Kapelusz,  
1988.

- BETTELHEIM, Bruno y Karen Zelan.

Aprender a leer. México, Grijalbo-CONACULTA, 1990. 249p.

- BORGES, Jorge Luis.

"Las ruinas circulares". En: Ficciones. Barcelona, Planeta-De  
Agostini, 1985. p.p.61-69

- \_\_\_\_\_.

"El Sur". En: Leal, Luis., Op. Cit. p.p. 69-75

- BORGES, Jorge Luis et al.

Antología de la literatura fantástica. México, Hermes, 1990.

- BOTTON BURLA, Flora.

Los juegos fantásticos. México, UNAM, 1983. 217p.

- CASTILLO, Gerardo.

Los adolescentes y sus problemas. 7 ed. México, Editora de revistas, 1990.

- CELORIO, Gonzalo.

La épica sordina. México, Cal y Arena, 1990. 169p.

- CORTAZAR, Julio.

"Continuidad de los parques". En: Ceremonias. Barcelona, Seix Barral, 1989. p.p.11-12

- \_\_\_\_\_.

"La noche boca arriba". En: Ceremonias. Barcelona, Seix Barral, 1989. p.p. 131-139

- \_\_\_\_\_.

"Axolotl". En: Los relatos 3. Pasajes. México, Alianza, 1984. p.p.13-18 (224p.)

- \_\_\_\_\_.

"La caricia más profunda". En: Los relatos 3. Pasajes. México, Alianza, 1984. p.p.19-26 (224p.)

- DOLTO, Françoise. La causa de los adolescentes. El verdadero lenguaje para dialogar con los jóvenes. Barcelona, Seix Barral, 1990. 285p.
  
- FERREIRO, Emilia.  
Los sistemas de escritura en el desarrollo del niño. México, Siglo XXI, 1979. 367p.
  
- FERREIRO, Emilia y Ana Teberosky. (comp.)  
Nuevas perspectivas sobre los procesos de lectura y escritura. México, Siglo XXI, 1984. 354p.
  
- FREIRE, Paulo.  
La importancia de leer y el proceso de liberación. 3 ed. México, Siglo XXI, 1985. 176p.
  
- FREUD, Ana et al.  
El desarrollo del adolescente. Buenos Aires, Hormé, 1980. 200p.
  
- FREUD, Sigmund.  
"Tres ensayos sobre una teoría sexual". En: Obras Completas  
Tomo II. Madrid, Biblioteca Nueva, s/f. 1170-2421p.
  
- FUENTES, Carlos.  
"Chac Mool". En: Leal, Luis., Op. Cit. p.p.76-85



- GLAZMAN, Raquel et al.  
Propuesta de lineamientos generales para el currículum complementario. Tercera etapa. (Proyecto). México, ILCE, Mayo 1986. 38p.
  
- GONZALES, Emiliano y Beatriz Alvarez Klein.  
El libro de lo insólito. (Antología). México, FCE, 1988. 552p.
  
- HELD, Jaqueline.  
Los niños y la literatura fantástica. Barcelona, Paidós, 1981. 188p.
  
- INHELDER, Barbel y Jean Piaget.  
De la lógica del niño a la lógica del adolescente. Argentina, Paidós, 1972. 294p.
  
- JIMENEZ MIER Y TERAN, Fernando.  
Freinet una pedagogía de sentido común. Antología. México, SEP-Caballito, 1985. 160p.
  
- JITRIK, Noé.  
Lectura y cultura. (Colecc. Biblioteca del editor). México, UNAM, 1990. 89p.

- JOLIBERT, Josette y Robert Gloton.

El poder de leer. Técnicas, procedimientos y orientaciones para la enseñanza y aprendizaje de la lectura. Barcelona, Gedisa, 1978. 336p.

- LADRON DE GUEVARA, Moisés. La lectura. México, SEP-Caballito, 1985. 156p.

- LEAL, Luis. (Selección, prólogo y notas).

Cuento hispanoamericano contemporáneo. México, UNAM-Premiá, 1988. 174p.

- LLANA, Ma. Elena.

"Nosotras". En: Gonzáles, E. y B. Alvarez K., Op. Cit. p.p.76-85

- MANONI, Maud.

La educación imposible. México, Siglo XXI, 1979. 272p.

- MOLINA A., Alicia.

Del aula y sus muros. Cuentos. (Antología). México, SEP-Caballito, 1985. 158p.

- \_\_\_\_\_.

Diálogo e interacción en el proceso pedagógico. México, SEP-Caballito, 1985. 156p.

- MONSON, Dianne L. y DayAnn K. Mc. Clenathan. (comp.)  
Crear lectores activos: Propuestas para los padres, maestros y bibliotecarios. Madrid, Visor, 1988. 127p.
  
- MURENA, H.A.  
"El gato". En: Borges, Jorge Luis et al., Op. Cit. p.p.301-304.
  
- NOYES, Alfred.  
"El tren de media noche". En: González, E. y B. Alvarez K., Op. Cit. p.p.21-26
  
- PIAGET, Jean.  
Seis estudios de psicología. Barcelona, Barral, 1971. 198p.
  
- REIMOND-RIVIER, Berthe.  
El desarrollo social del niño y del adolescente. Barcelona, Herder, 1982. 277p.
  
- ROBERT DIAZ, Mauricio.  
Antonio Machado y la educación. México, SEP-Caballito, 1985. 157p.
  
- \_\_\_\_\_.  
Unamuno y la educación. México, SEP-Caballito, 1985. 160p.

- RODRIGUEZ, Julián.

Antología de literatura universal comparada: Materiales para la enseñanza práctica de la literatura a través de la experiencia literaria, visual y musical. Murcia: Universidad, Secretariado de Publicaciones, 1991. 574 p.

- SARTO, Ma. Montserrat.

La animación a la lectura para hacer al niño lector. 6 ed. Madrid, Ediciones SM, 1989. 137p.

- TENTI, Emilio.

El arte del buen maestro. México, Pax-México, 1988. 309p.

- TODOROV, Tzvetan.

Introducción a la literatura fantástica. 3 ed. México, Premiá, 1987. 138p.

## II. REVISTAS Y ARTICULOS

- Básica O.

México, Fundación SNTE, Nov-Dic 1991. 60p.

- Cero en conducta.

México, Año 3, Núm.13-14, Jul-Oct 1988. 106p.

- Puntos y Líneas. Boletín informativo de la Asociación Mexicana para el Fomento del Libro Infantil y Juvenil.

México, Año 2, Vol.1, Núm.5, Verano 1988. 47p.

- Puntos y Líneas. Boletín informativo de la Asociación Mexicana para el Fomento del Libro Infantil y Juvenil.

México, Año 3, Vol.1, Primavera 1989. 42p.

- Universidad Futura.

México, Vol.2, Núm.6-7, Primavera 1991.

- ENDE, Michael.

"Reflexiones de un salvaje". En: La jornada semanal. México, Nueva época, Núm.95, 7 abr 1991. p.p.31-35

- HENRIQUEZ COSALVI, Katya.

"Entrevista con Alfredo Bryce Echenique". En: La jornada semanal. México, Nueva época, Núm.109, 14 jul 1991. p.p.43-44

- SIN AUTOR.

"Juan Villoro habla de literatura y chavos". En: Básica Q.  
México, Fundación SNTE, Nov-Dic 1991. p.p.11-14